COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

EL

HIPNOTISMO

POR

CÉSAR LOMBROSO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cta. de Sto. Domingo, 16.
Tel. 260.

Agustín Avrial.—Impr. de la Comp. de Imp. y Libr.,
S. Bernardo, 92.—**Teléfono núm. 3.074.**

EL HIPNOTISMO [1]

Demos á conocer los primeros resultados de algunas investigaciones acerca del hipnotismo.

Memoria.—Los fenómenos de la memoria son los que más nos han llamado la atención, entre todos, por las singulares variedades individuales y ocasionales.

A pesar de que, según veremos, la inteligencia dista mucho de agu-

(1) Con investigaciones oftalmoscópicas por el profesor Reymond, y acerca de la polarización psiquica por los profesores Bianchi y Sommer.

zarse en el estado hipnótico, es curioso advertir que la memoria puede estarlo, á veces, de un modo asombroso.

Habiendo enumerado á Chiarloni, hipnotizado, doce grupos de cifras, me repitió los primeros seis grupos con un solo error al cabo de media hora, en virtud de una orden sugestiva. No conocía el alemán, y, sin embargo, habiéndole ordenado que leyese una línea de un autor en ese idioma y que al cabo de algún tiempo (media hora) la reprodujese en la pizarra, escribió, ó, más bien, retrató los caracteres de imprenta alemanes con tres errores nada más en sesenta letras. Cerrado el libro, obedeciendo á una orden, supo encontrar la página y la línea que había leído media hora antes.

He comprobado la recientísima observación de Delbœuf de que la memoria de un ensueño provocado

se conserva en el sujeto ya despierto, mientras conserve en las manos un objeto relacionado con el mismo sueño. Así Chiarloni, á quien se le hizo escribir un trozo de música, diciéndole que era Rossini, despertado mientras lo escribía se acordó de ella después de pronto; y lo mismo sucedió cuando se le hizo creer que fumaba un cigarro (que era una barrita de tiza), y el cual había hecho un agujero en un pañuelo, despertándole mientras fumaba.

Nunca he comprobado que la orden de conservar el recuerdo del hecho ejecutado durante el sueño sirviese de ayuda para lograr este fin.

He notado que algunas veces se obtenía un recuerdo confuso, sin dar orden y sin interrupción á mitad del acto; por ejemplo: L., al que se le ordenó que fuese una buena madre de familia, y el cual daba

excelentes consejos á su hija, al despertarle y ver su carta dijo que le parecía haber sido padre y no madre.

Sugiriéndole que es una niña que sabe escribir mal, escribe malísimamente, con mano trémula é infantil (y después de haberse subido en una silla):

«*Querida mamita:*

»Dame los cinco céntimos, porque hoy he sido buena. — CLEMEN... »

Despertado en el momento de acabar la carta, dice recordar tan sólo que escribía.

Se le sugirió á Col. que era Garibaldi, y dictó una alocución:

«*Soldados:*

»Hoy esperamos prodigios de valor. — GARIBALDI. »

Y para ir al combate empuña un

bastón, haciéndosele creer que es una espada.

Al despertarle en aquel momento recuerda tener la espada en la mano en vez del bastón, pero no se acuerda de haber sido Garibaldi.

Col. recordó después, teniendo en la mano una pluma que creía fuese un arma, haber tenido aquel puñal con el cual quería matar á una niña, pero no este último propósito.

Me fijé en la memoria del tiempo.

La mayor parte (cinco de siete veces) de las sugestiones á plazo, después de ocho minutos, de media hora y tres segundos, etc., se efectuaron con rara exactitud. Distraídos ú ocupados en asuntos que les interesaban muchísimo, una vez despiertos los hipnotizados, turbábanse de repente é interrumpían sus ocupaciones en el momento preciso designado para efectuar el acto sugerido.

Esto es ya muy sabido, en especial lo que sucede con las histéricas, quienes después de haber previsto semanas y aun meses antes el día, la hora y hasta el minuto en que había de manifestarse en ellas un fenómeno histérico dado (1), les acaecía éste con exactitud, aun cuando los relojes hubieran sido parados y las distrajesen por completo hechos graves, ya fueren éstos acaecidos por sí mismos, ya provocados con toda intención.

Este hecho, señalado por Richet antes que por ningún otro, parecía inexplicable porque la división del tiempo es obra artificial del hombre y la de los minutos y segundos depende nada más que de los mecanismos para subdividir el tiempo, introducidos pocos siglos ha en las razas civilizadas. Para explicarlo

(1) Véase el apéndice III, y *Arch. di psich.*, III, 232.

es preciso admitir que, así como para la escritura (que falta en los pueblos bárbaros) se ha ido formando en el hombre civilizado un centro cortical especial, otro tanto habrá ocurrido con la memoria del tiempo, y que en tales estados se aguza este centro, lo mismo que el de la memoria gráfica.

Sin embargo, existen excepciones. Chiarloni, que ofrece tantas excepciones, también tenía ésta; igualmente la tuvo La Verol: á menudo se equivocaron en el tiempo que se les dió para ejecutar el acto sugerido, aun cuando fuese para dentro de breve plazo; pero no dejó de notarse casi siempre en ambos, entretanto, una inquietud (como uno que sabe que tiene que hacer una cosa y no la recuerda con precisión), la cual se desvanecía si se ayudaba á la memoria, aunque fuese de un modo indirecto; entonces

se ponían inmediatamente á ejecutar el acto sugerido con verdadera prisa, como quien, no sólo cumple un deber, sino que desahoga una necesidad irresistible. Por ejemplo: se ordena á Chiarloni que veintiocho minutos y dos segundos más tarde lea cierta línea de un libro alemán revuelto con otros muchos objetos, y cuando llega el momento preciso se muestra preocupado, mira acá y allá, pero sin hacer nada; después, cuando ante su vista se hojea el libro, se nos echa encima, y con un suspiro de satisfacción lo abre y lee la línea.

Así también, cuando se le ordena que en una página de un libro de anatomía ha de leer cierto canto de Rossini que había escrito él mismo creyéndose Rossini, al llegar la época prefijada se queda como confuso y no hace ninguna cosa sino cuando se le presenta ante sus ojos

aquel libro. En este caso verifícase en el hipnotismo el usual curso fisiológico de las asociaciones de ideas que se despiertan la una á la otra y á su vez determinan á los actos volitivos (1).

Esta misma reproducción de las leyes fisiológicas normales de la asociación la he hallado en otro error de la memoria de los hipnotizados.

Habiendo sugerido al señor Col. que fuese el bandido La Gala, no lo consiguió sino con gran repugnancia; pero una vez aceptada la sugestión, se hizo cruel, blandió una pluma á guisa de puñal, hiriendo con ella á imaginarios ene-

(1) Ocurrió aquí una extraña mezcla de la impresión sensitiva con la cortical; donde las figuras anatómicas estaban muy cargadas de tinta, leía aquellas imaginarias notas con dificultad y distinguía la causa del obstáculo; donde las figuras eran pálidas, leía con claridad.

migos, y escribió una carta pidiendo rescate.

Habiéndole ordenado que veintiún minutos después de despertarlo rehiciese la misma carta, cambié de pronto la sugestión y le mandé que se convirtiese en una niña que por escrito pedía dulces á su madre, lo cual aceptó con bastante gusto; y la carta fué escrita con placer y con letra de niña. Despertósele después y discurrió tranquilo acerca de muchas cosas con nosotros; al llegar el tiempo prescrito se manifestó irritado y confuso, como quien tiene que hacer una cosa que le repugna; habiéndole dejado entrever una hoja de papel, inmediatamente agarró la pluma y comenzó á escribir una carta con caracteres medio de bandido y medio infantiles, en la cual la niña amenazaba como de broma si no le daban bombones; en resumen, el carácter del bandido se in-

gertaba y fundía en el de la niña. Pero arrepentido inmediatamente después, borró á escape todas las frases que aludían á golosinas, se volvió de nuevo feroz, y en el estado hipnótico convirtióse en un verdadero bandido, no sin que quedasen en su caligrafía algunas huellas de una delicadeza mayor que en la otra misiva (1).

Aquí tenemos una prueba de la llamada estratificación del carácter (Sergi). La primera sugestión influye sobre la segunda, haciendo olvidar la idea precedente y más ingrata, la de ser bandido y pedir rescate, y haciendo prevalecer la idea más grata de la niñez. Haré notar aquí que todos los hipnotizados, hasta los más ambiciosos, has-

(1) Nótese que el nombre se convierte de femenino en masculino, y se ve borrado el nombre propio puesto inconscientemente encima del nombre del bandido.

ta los más obstinados en no aceptar todos los partidos poco honoríficos, acogen con gran placer la identificación con la niñez; lo cual puede explicarse por los rosados recuerdos de la infancia, por la simpatía general que inspira esta tierna edad, y, sobre todo, porque la identificación con dicha edad corresponde mejor á ese estado de inhibición en que se encuentra el cerebro de los hipnotizados. También influye haciendo modificar la segunda idea en la dirección de la primera; así en otro caso en que á una mujer se el hizo creer que era coronel, habiéndole sugerido antes que era soldado raso de infantería, explicósele la sugestión diciendo que éste había ascendido. Lo mismo sucedió cuando, habiendo sugerido á Lesc. que era una mujer desposada, escribió, en verdad, con carácter femenino, y pidió á su mamá que le enviase

pronto el esposo, pero con un *lapsus* (que dependió del recuerdo de su verdadero estado anterior), en vez de escribir «quiero á mi esposo», escribió: «*quiero desposarme con mi mujer*».

Lo mismo sucede cuando se provocan sugestiones sucesivas cambiando las actitudes musculares. Así, habiendo hecho contraer el músculo superciliar derecho, se produjo en la histérica Verol. la desagradable idea de que en la plaza de San Carlos unos rateros estaban pegándose cruelmente; pero haciendo luego contraer el músculo risorio, aquella alucinación se convirtió en una jocosa, como era la de que los granujas estaban descubriéndose unos á otros las nalgas: era una estratificación y superposición de ambas sugestiones.

Otro tanto se observó en el hipnotismo provocado en los sanos.

Chiarloni, á quien simultáneamente se le hacía contraer el músculo risorio y el superciliar, contaba riendo y llorando, que una mona ahogaba á su amo á fuerza de monadas; aquí la estratificación se ha producido con rapidez y se ha fusionado en seguida.

Esta última observación no es nueva, puesto que la hicieron primero Dumontpallier y después el doctor Silva (1); pero en el presente caso se verificó, no en histéricas, como en los de aquellos dos, sino en un hipnotizado.

Escritura. — Una curiosísima prueba de una observación reciente de Richet (2) he podido hacer respecto á la escritura en sus relaciones con el carácter moral, tanto en

(1) *Revista clínica*, 1885-86.

(2) *Bulletin de la Société de psychol. physiol.*, II, 1886.

una histérica, como en los hipnotizados.

Una histérica de mediana cultura, á quien se le mandó redactar una carta con la sugestión de que era una niña, escribió con caracteres infantiles, y cuando se le hizo convertir en un coronel, escribió después con caracteres varoniles aunque poco elegantes.

Pero la experiencia más notable fué con tres estudiantes de mucho ingenio.

En menos de una hora hicimos que Chiarloni cambiase su carácter de letra y su moral en los de un niño, de una aldeana que lleva palomas, de Napoleón, de Garibaldi, de un calígrafo, de una vieja de noventa años. Lesc. cambió su carácter verdadero en el de un niño, en el de una novia con prisa por casarse, carácter absolutamente femenino, y en el de un aldeano;

Col. se trocó en una niña y en un bandido, ambos caracteres muy diferentes del normal.

Aun cuando la sugestión hiciese cambiar de sexo y de las más diversas condiciones, no sólo las ideas, no sólo la ortografía, sino el tipo caligráfico cambiaron por completo de lo habitual. Y no sólo encontramos el carácter de niña, que muchos sabrían adquirir, sino, lo que es más difícil, de una mujer joven, de una vieja, de un labriego, de un militar enérgico (Garibaldi, Napoleón). Curioso es ver cómo quien de honrado estudiante se trueca en un bandido, adquiere el carácter típico, en la robustez de la T y en la tosquedad de las letras, que había yo asignado á los criminales.

Es la primera vez que toman un verdadero sello experimental aquellas observaciones mías, á decir verdad poco numerosas, y que die-

ron margen á tantos malévolos comentarios.

Esta es, pues, una nueva dificultad que se añade para perseguir ciertos delitos de venganza, de calumnia anónima, cuando hubiesen sido hechos ejecutar en el estado hipnótico.

Ahora que un bello descubrimiento de Bianchi demostró la gran frecuencia de las cartas anónimas en los histéricos, casi como carácter específico del histerismo (hecho basado especialmente en la observación en muchos procesos de histéricos, en especial de Conte, que enviaba cartas (1) firmadas por imaginarios enemigos y redactadas de modo que constituyesen una prueba contra ellos, prueba que hasta produjo un efecto jurídico, y eso por sugestión involuntaria de su hipnotizador ó por

(1) Bianchi: *Conte e la grande isteria*. Napoli, 1886.

autosugestión), es muy probable que en estos casos se añada una dificultad más para el descubrimiento del delito y de su autor, quien poseyéndose por completo de su papel, llegue hasta cambiar de caligrafía; y, por consiguiente, se agregue una prueba más para remachar la calumnia con la semejanza del carácter de letra y con la falta completa de analogía con el carácter original.

Los hipnotismos provocados, lo mismo que los producidos por enfermedad, presentan grandes variedades, aun cuando convienen siempre en las líneas generales. Lo vimos ya respecto á la memoria; veámoslo ahora en la

Voluntad.—La voluntad está en la mayor parte abolida y con frecuencia sustituida por la del hipnotizador, pero no es cierto que lo esté siempre. Era ya sabido que muchas veces los hipnotizados pue-

den rebelarse, cuando la sugestión está en perfecto antagonismo con el propio carácter; y, por consiguiente, hasta cierto punto puede servir esto de medida de la fuerza del carácter de un hombre.

Así, una mujer muy poco moral, histérica, hipnotizada, me obedecía con pasión cuando le ordenaba que fuese un ratero y hasta un amante, un mujeriego, un coronel, pero se rebelaba cuando quería que fuese un científico, un predicador de moral; le repugnaba más el cambiar de carácter moral que de sexo.

La prueba más curiosa la obtuve en dos estudiantes, Col. y Chiarlioni, á quienes sugerí que fuesen ladrones, y los cuales, antes que obedecerme, huyeron con ímpetu de la estancia, corriendo como locos por el patio; habiéndoles cogido y sugerido de nuevo imperiosamente que fueran ladrones, al colocar á su alcance un

objeto de valor, se cubrieron la cara con las manos, recorrieron agitados la habitación como uno á quien duele tener que ejecutar un hecho malo, y después uno de ellos se despertó, diciendo: *No quiero serlo;* el otro agarró el objeto, se lo guardó en el bolsillo é inmediatamente lo tiró. Pero este segundo, sugerido para que fuese gran bandolero, al principio mostró repugnancia y después acabó por poseerse de aquel papel más aceptable por su lado heroico, mostrándose feroz y redactando una carta de rescate como se le ordenaba.

Después de que Chiarloni había sido Rossini, quise persuadirle de que era la mujer de éste; se nos opuso. Habiéndole dicho: «Señora Rossini, deme V. una taza de café», respondió con mal talante: «Diríjase V. á mi mujer». Habiéndole dicho después que era Chiarloni, se despertó.

Le sugerí que escribiese: «Soy un trapero», y se opuso con desdén; y cuando traté de persuadirle con argumentos de respeto al hijo del pueblo y diciéndole que yo mismo había sido obrero, etc., escribió en seguida: *Lombroso es un trapero.*

Esto se explica por la tendencia megalomaniaca, notada ya en los hipnóticos, como en los niños y en los salvajes.

Se sugirió á Chiarloni que era Napoleón, y aceptó al momento; habiéndosele ordenado que escribiese una orden del día á sus soldados, se opuso, y en lugar de ella escribió:

« *Soldados:*

»Puesto que ahora se le puede ordenar al emperador que escriba en un encerado, abdico. — NAPOLEÓN.»

El mismo estudiante tenía la sin-

gularidad de despertarse inmediatamente cuando las sugestiones estaban en completa oposición con su carácter ó cuando eran absurdas; trataba de justificar estas últimas cuando no repugnaban á su carácter, como se haría en la vida común.

Así, puso de acuerdo el ser Napoleón y el haber sido niño, diciendo que todo grande hombre pasa antes por el período de la niñez, lo que prueba que en las determinaciones humanas el carácter vale mucho más que la inteligencia.

Lo mismo le sucedió á una histérica, sugestionada primero de ser soldado y luego de ser coronel. *Fuí ascendido*, repetía.

El estudiante Lesc., sujeto muy sugestionable, á quien intenté hacerle admitir que era un niño de siete años y una madre de cuarenta y cinco, se puso intranquilo y se tapó la cara con las manos, todo

confuso, obstinándose en ser un niño, lo cual vimos ser siempre acepto á los jóvenes bien nacidos.

Hay un límite para las sugestiones, y es el carácter; pero, lo mismo que en la vida ordinaria, este límite se ensancha con la educación hipnótica.

Uno de mis estudiantes, uno solo, me declaró que tan pronto como se hubo sometido á las prácticas hipnóticas, se volvió más rebelde, lo cual prueba la gran variedad individual.

Inteligencia.—La inteligencia parece muchas veces disminuida, ó, por lo menos, debilitada; sobre todo lo queda la palabra, tanto, que difícilmente se resuelven á hablar sin que se les ordene ó sin que algunas veces reciban un estímulo intenso; en ocasiones hasta se necesita un estímulo reiterado.

Una histérica no hablaba sino

cuando se le oprimían las últimas vértebras dorsales, y á la vez se le repetía la orden de hacerlo.

Mucho más á gusto accionan y escriben. A pesar de la excitación producida por el estado de sugestión, la compenetración (puede decirse así) de la persona con quien se identifican, hace que se expresen á veces con una facundia que no les es propia en el estado de vigilia.

Así, uno á quien se le sugirió la idea de ser fotógrafo, rehizo todas las operaciones de la fotografía, en la cual apenas se había fijado nunca antes en su vida de banquero.

Véase, por ejemplo, cuando el joven Chiarloni se convierte en Napoleón, con cuánta elocuencia escribe, hasta en lengua extranjera: «La patria espera de nosotros prodigios de valor, como los que nos han asombrado leyendo las obras de los griegos.»

Habiéndosele ordenado que fuese Rossini (nótese bien que tiene nociones musicales), escribe la música debajo de estos versos:

Dal tuo stellato soglio,
Signor, ti volgi a noi, etc.

(De tu estrellado solio,
Contémplanos, Señor.)

Habiéndole dicho que tocase esa pieza musical, contesta que es más bonita que difícil, y que el piano no es bastante bueno. Mandándole que cantase al piano, al cantar corrige un error de clave que había en la música escrita, y pone el *sostenido* delante del *do,* del *stellato soglio.*

He notado que el joven L., á quien se le sugirió que fuese mujer, comenzó un bordado de puntos cruzados en semicírculos, que las señoras me dijeron estar hechos verdaderamente conformes con el arte. Nunca

había aprendido á bordar, y despierto no hubiera sabido hacerlo; pero tenía hermanas que bordaban, y debió de haberlas visto, aunque distraído, ejecutar esa labor; la percepción sentida tiempo atrás y guardada en los centros psíquicos, reaparecía y se exageraba bajo el estímulo de la sugestión.

Pero los individuos incultos, aun cuando se hallen bajo el influjo de la sugestión de ser personajes ilustres, continúan siendo siempre vulgares, y manifiestan una gran repugnancia para escribir, como les sucede durante la vigilia y aun mayor.

Dinamometría.—Hemos estudiado la fuerza muscular de algunos hipnotizados antes de y durante el estado hipnótico.

Por lo que concierne á los resultados de la fuerza muscular, no podemos decir que en el estado hipnó-

tico haya aquel aumento constante (ni siquiera después de la sugestión de atletismo) que pudiera hacer sospechar la hiperexcitabilidad neuromuscular, que así como es característica del gran histerismo, también se nota en los prodromos del gran hipnotismo. Con el dinamómetro se obtuvo en verdad en dos un notable aumento; pero en Chiarloni, que presentó tantas otras raras excepciones, se obtuvo una diminución en el estado hipnótico que, sin embargo, cesaba (sin llegar al estado de vigilia) cuando se le mandaba que aumentase la fuerza. En los otros, el mandamiento del atletismo aumenta la fuerza, aunque poco.

		Kilog. á la derecha.	Kil. á la izquierda.
Chiarl.	Estado de vigilia.....	40	35
»	Estado hipnótico.....	25	32
»	Atletismo sugerido...	29	27

	Kilog. á la derecha.	Kil. á la izquierda.
Lesc. Despierto, á dos manos, 90 (1)...........	37	44
» Hipnotizado, á dos manos, 97..............	39	44
» Atletismo sugerido, á dos manos, 98........	39,49	46
Col. Despierto...............	50	48
» Hipnotizado............	55	55
Ted. Despierto..............	40	35
» Hipnotizado............	25	32 (2)

Pero habiendo probado, por consejo de mi amigo el profesor Mosso, á medir cuántos segundos podían tener tenso el brazo sosteniendo un peso de 7 kilogramos, se notó en todos diminución de tiempo, aun á pesar de darles orden de tenerlo levantado más largo tiempo.

(1) Con el pequeño dinamómetro de Broca:

Despierto................	50 kil. dra.	48 izq.
Hipnotizado............	55 »	30 »
Atletismo sugerido......	45 »	35 »
Histérica C. Despierta....	32 »	36 »
» Hipnotizada.	43 »	41 »

(Véase Apéndice II).

(2) Predominio de la izquierda durante el estado hipnótico.

Lesc. Despierto....	48"	dra.	45"	izq.	*Chiarl.*	32"
» Hipnotizado..	45"	»	45"	»	»	32"
» Atletismo sugerido	45"	»	35"	»		

Psicómetro.—Con el psicómetro de Hipp obtuve resultados no desemejantes; aunque se trataba de jóveñes de superior inteligencia, las cifras diferían poco en los estados hipnótico y de vigilia.

		Máx.	Mín.	Med.	Dif.
CHIARL.	Despierto. Vista.....	72	54	28	44
	Despierto. Oído......	22	10	4	18
	Hipnotizado. Vista...	90	61	26	4
	Hipnotizado. Sugestión de más agudeza visual.........	90	55	33	57
LESC.	Despierto. Vista.....	100	74	60	40
	Hipnotizado. Vista..	86	61	45	41
	Hipnotizado. Sugestión de agudeza visual.............	70	59	40	30
	Despierto. Oído......	22	13,6	6	16
	Hipnotizado. Oído...	25	19,6	15	10
	Hipnotizado. Sugestión de agudeza auditiva............	16	11,9	4	12

El estado hipnótico iba acompañado en el uno de obtusismo visual, y en el otro de ligero aumento de agudeza; sólo en uno de ellos se obtuvo por la sugestión mayor agudeza.

Una tal Via., de diez y siete años, hija de un borracho y hermana de un somnámbulo, histérica desde dos años antes y somnámbula admirablemente estudiada por el doctor Silva, la cual cae en somnambulismo á la más leve presión en los globos oculares, ó sin más que mirarse al espejo, da las cifras siguientes:

	Med.	Máx.	Mín.	Dif.
Estado normal. Vista...	55	100	39	61
» » Oído....	40	72	12	60
Estado hipnótico. Vista.	66,6	104	40	64
» » Oído..	39,8	60	10	50

Resultados: mayor agudeza, y menor diferencia entre máxima y mínima, en el oído; menor agudeza, y mayor diferencia entre las ci-

fras extremas, en la vista. Conviene advertir aquí el singularísimo hecho de que durante el examen en estado hipnótico no sólo tenía cerrados los ojos, sino que nosotros mismos se los cerramos con las manos; y, sin embargo, los resultados de la visión fueron muy poco diferentes del estado de vigilia.

Sensibilidad tactil.—Esta misma histérica presenta la sensibilidad tactil común:

Despierta: lado derecho, 1,6; izquierdo, 1,9.—Hipnotizada: mano derecha, 0,5; izquierda, 1,1 (mayor agudeza).—Hipnotizada: lengua, 1,0.—Despierta: sensibilidad general eléctrica (carrete Dubois-Reymond), 30 milímetros.—Despierta: mano derecha, 56; mano izquierda, 56 milím.—Despierta: sensibilidad dolorosa, mano derecha, 48; mano izquierda, 55 milímetros.—Hipnotizada: sensibilidad

dolorosa, mano derecha, 45; mano izquierda, 46 milím. (poco más obtusa).

Sugiriéndola que estaba paralítica, se quedó insensible por completo (0 milímetros); al sugerirla que estaba ciega, sus ojos permanecieron insensibles á la luz, al acercarles bruscamente un puñal. Sugiriéndola que era sorda, no se conmovió al disparar de improviso un revólver detrás de sus orejas. Hipnotizada varias veces y teniéndola con los ojos cerrados, consiguió leer varias líneas de un libro.

Pulso.—He tratado de comprobar en ella la observación de Beaunis de que el pulso se acelera ó se retarda según la sugestión, y he encontrado resultados en demasía insignificantes para poderle dar la importancia que les concede aquel observador.

Presentaba 62 á 66 pulsaciones;

se le ordena que le palpite menos el corazón, y da 66,68 pulsaciones. Más tarde tiene 70 pulsaciones; se le ordena que las aumente, y no da más que 68,71; se le manda que las disminuya, y sólo da 55,59.

En cambio se obtuvieron evidentes resultados de aumento, hasta 80, cuando se le sugirió la idea de que salía de un baile público; y de diminución, hasta 53, cuando se le dijo que entrara un baño frío.

Temperatura.—Lo mismo diremos de la temperatura, que en ella es verdad que varió dándole orden de aumento, de 37°,8 á 38° y 38°,2; pero no descendió cuando se lo mandamos. Y, aparte de que Mosso nos mostrase, como veremos, su frecuente mutación bajo el imperio de las emociones, yo he advertido que el estado hipnótico va con suma frecuencia acompañado de aumento de temperatura sin causa especial.

Lesc.	Despierto..	37°,1	Hipnotizado..	37,8
Col.	»	37°,3	»	37,0
Chiarl.	»	37°,4	»	37,9
»	»	37°,1	»	38,0

Remedios.—En un solo caso (entre 7) hemos comprobado la observación de Bourru, Burot y Richet (1), acerca de la sensibilidad de los hipnotizados para los medicamentos.

Sabido que probaron la influencia de los medicamentos á distancia, cosa que muchos años ha presintieron los homeópatas. Un botecito de tintura de cantáridas, bien tapado y puesto en una mano, provocó en Victorina M. fenómenos y ademanes eróticos muy marcados, y en la joven R. eran tales, que no se pueden describir. Otro botecito, igualmente tapado y de la misma forma, con alcohol puro, provocó

(1) *Bullet. de la Soc. de psychol.*, 1886.

en ellas los signos de la embriaguez, como palabra dificultosa, movimientos inseguros, etc. Un marinero que no se descomponía tomando por la boca una pequeña cantidad de alcohol con cloral, una vez hipnotizado cayó en la embriaguez hasta el sueño sólo por el contacto del cloral y del alcohol.

Una mujer histérica, en cuyas manos se puso un frasquito con una solución de morfina en agua de laurel-cerezo al 2 por 100, se quedó adormecida y con alucinaciones alegres, alusivas á su familia; se cambió el frasquito por otro que contenía valeriana, y en seguida se sobreexcitó, protestando de que le abrasaba la mano; calmóse con un tubo de cloral. Un frasquito con alcohol la produjo alucinaciones de bestias feroces.

En una histérica sujeta, en estado de somnambulismo, á la acción

de tubos cerrados que contenían 35 agentes medicamentosos, poniéndolos detrás de la cabeza, en la nuca ó junto á una ú otra oreja, Luys ha descubierto que una misma sustancia podía dar lugar á diversas expresiones de la fisonomía según se colocase aquélla á la derecha ó á la izquierda. En un caso, el cuerpo tiroides (la glándula próxima al bocado de Adán) aumentó más de cinco centímetros, los ojós se pusieron salientes, la cara cianósica, y, por un momento, creyóse ver sucumbir la enferma.

Un frasquito con jaborandi produjo abundante salivación y sudores copiosísimos. También llegaron á revelarse algunos efectos, conocidos por pocos médicos hasta entonces, y que pueden llamarse efectos psíquicos y físicos de los remedios. Así, el agua de laurel-cerezo provocó á la vez convulsiones, éx-

tasis y visiones religiosas. El alcohol etílico produjo embriaguez alegre, y el amílico una embriaguez furiosa. La pilocarpina produjo la sacarificación de la saliva, hecho enteramente ignorado antes en la ciencia, lo cual excluye toda influencia de la sugestión.

Este método sirve hasta para curar los violentos accesos convulsivos; contracturas histéricas desaparecieron sin más que tocar tubitos cerrados llenos de valerianato amónico alcanforado. Luys ha visto disminuir en algunas histéricas el número de los accesos simplemente con la aplicación á distancia de un tubo que contuviera bromuro de sodio (*Académie de Médecine*, 1885).

Coloqué á Chiarloni detrás de la nuca un paquete de un centigramo de quinina metido dentro de un estuche de papel de cartas; inmedia-

mente acusó zumbidos de oídos y sabor amargo en la boca; repitiendo el experimento con otro estuche, acusó idénticos efectos. Por lo demás, el hecho no es del todo nuevo, porque los homeópatas (tan beneméritos por sus estudios en materia médica) habían señalado hace muchos años la acción á distancia de los medicamentos en los sanos y en los enfermos; y sabido es de todos cómo el imán puede obrar á cierta distancia de la piel.

El homeópata Ricchmann ha demostrado que muchos, teniendo en la mano una botella cerrada con tapón esmerilado y llena de mercurio, advierten al cabo de algún tiempo algunos de los fenómenos mercuriales.

Transposición de los sentidos.— Rara vez se observa en los casos de hipnotismo provocado la transposición de los sentidos.

Sólo dos veces logré sorprenderla en una mujer histérica, quien con los ojos cerrados reprodujo con corta diferencia las cifras del estado de vigilia, por medio del craneoscopio de Hipp. Pero no nos parece suficiente para estar seguros de ello.

Más constante y seguramente hemos podido comprobarla en una muchacha histérica (véase el apéndice III), por seis meses seguidos, de la vista al lóbulo de la oreja, á la nariz y algunas veces á la nuca; del olfato á la barba, á la región dorsal de los pies, del gusto á la parte interna de los muslos. Así que no me cabe la menor duda acerca de este particular.

Observadores superficiales, dados á compilar libros con los libros de los demás, me han vituperado porque registré esta observación; pero cuando he observado durante meses un hecho, no me avergüenzo de

aceptarlo, ni espero á que otros lo hagan para engalanarse después con el descubrimiento. Bien poco es aquí el mérito, porque hoy son ya muchos los autores que han debido notar el hecho, aun cuando no se lo supiesen explicar ó se lo expliquen mal con lo refinado del tacto, que en ellos es obtuso con muchísima frecuencia, ó si es más agudo no lo es extraordinariamente (véase más atrás).

En efecto, Heidenhain refiere algunos casos en que el oído, abolido en la oreja, era finísimo en el epigastrio.

Recientemente Vizioli, en su bella monografía *Del morbo hipnótico,* 1885, habla de una mujer de Sicilia, estudiada por Cervello y Raffaelli, en quien el olfato y el gusto, suprimidos en la nariz y en el paladar, se habían transportado á las manos, y la vista al brazo.

Rafaelli de Palermo y Semmola de Nápoles recuerdan una muchacha de Noto, en quien se notaba igual transposición. *(Idem.)*

En 1808 citó ya Petetni *(Electricité animale,* Lyon) ocho mujeres catalépticas en quienes los sentidos exteriores habíanse trasladado á la región epigástrica, ó á los dedos de las manos y de los pies.

En 1840 Carmagnola (en el *Giornale dell' Accademia di Medicina)* contaba un caso enteramente igual al nuestro.

Despine *(Observations de médecine pratique,* Annecy, 1839) habla de una tal Estrella, de Neuchâtel, de once años de edad, parésica á consecuencia de un traumatismo en la espalda y mejorada con los baños de Aix, la cual, después de prácticas magnéticas, presentaba transposición del oído á varios puntos del cuerpo, á la mano, al codo, al hom-

bro, y durante la crisis letárgica al epigastrio, y á la vez facilidad para la natación y la equitación; fuerza extraordinaria con la aplicación del oro, que al serle quitado la dejaba desfallecida y parésica.

Franck *(Praxis medica universal,* Turín, 1821) habla *(De catalepsia)* de un tal Baerkmann, en quien el oído se había transportado al epigastrio, á la frente, al occipucio.

El Dr. Angonova estudió en Carmagnola (en 1840) una tal G. L., de catorce años de edad, dispépsica y amenorréica á consecuencia de un disgusto, y después histérica; presa de somnambulismo hacia media noche, durante la cual distinguía las monedas acercándoselas á la nuca, y los olores con el dorso de las manos; más tarde, á fines de Abril, la vista y el oído se transportaron á la región epigástrica, así es que leyó un libro á pocos pasos de distancia de

dicha región con los ojos vendados (1).

El mismo doctor observó á una tal Piovano, de veintidós años, con catalepsia histérica y accesos epilépticos, quien en el sueño hipnótico veía con la nuca ó con el epigastrio, oía con los pies y pretendía ver dentro de su propio cuerpo treinta y tres lombrices, que después expulsó.

Sé de un físico ilustre, Govi, que hace muchos años notó en una hipnótica la transposición de la vista al epigastrio, por donde pudo hacerla leer algunas páginas de Grossi.

Se objeta que estos casos son rarísimos, y es verdad; pero es preciso fijarse en que hay en ellos una variabilidad en más ó en menos que explica esta rareza. Mientras que la mayoría de los histéricos é hipnóticos ofrece tan sólo simples fenóme-

(1) *Il magnetismo animale applicato agli infermi*. Turín, 1873.

nos de paresia ó de convulsiones, hay un corto número que llega hasta el somnambulismo, uno cortísimo que va hasta la transmisión del pensamiento, y uno más pequeño todavía que llega hasta la transposición de los sentidos y acaso á la visión á distancia.

Y preciso es recordar que, si estos figuran en documentos de autores modernos, no dejan de suministrar abundantes notas cuando se les agregan los documentos de los antiguos magnetizadores, quienes poco á poco van saliendo con bien de la guerra que les hicieron los académicos, dígase lo que se quiera. ¿Y no es imitar á estos últimos querer negar tales hechos, con el mismo aire altanero con que al principio se negaba el hipnotismo?

Añádase que, para mí, el fenómeno no resulta tan inexplicable que no me permita creer en la evi-

dencia por temor á caer en el absurdo, como sucede, por ejemplo, con el espiritismo. En efecto, aquí se trata de individuos en quienes se advierten otros fenómenos biológicos aún más extraños, como, por ejemplo, prever los propios paroxismos, ver á distancia, no ver objetos muy visibles al paso que ven otros próximos á éstos, presentar una hipermnesia tal que recuerdan largas series de números y los cuentan al revés. En resumen, hay un enorme desarrollo y desviación de la fuerza psíquica, concentración por un lado y supresión por otro. Pues bien; ¿hay en este fenómeno algo más singular que lo que existe en el llamado *transfert?* ¿Y no puede explicarse quizá con la misma anatomía patológica de las neuropatías?

Arndt (*Virchow's Archiv.*, 61, 67, 72) descubrió que «muchas célu-

las ganglionares están en los neuropáticos en un estadio de desarrollo inferior, como en los reptiles, en la salamandra; en algunos, el cilindro-eje se presenta más sutil ó cubierto de gránulos sin suficiente aislamiento con respecto á las partes que le rodean, por lo cual la excitación se irradia con más facilidad; algunas veces falta por completo parte de él, reemplazándolo acumulaciones de células protoplasmáticas; con frecuencia su vaina medular está punteada y sin el acostumbrado aspecto homogéneo de doble contorno; de aquí la interrupción de la transmisión, el éxtasis de las fuerzas moleculares y de las reacciones en las células ganglionares, y explosiones en los otros territorios nerviosos motores». No es improbable que el acúmulo de fuerza nerviosa en un punto dado de los centros nerviosos, mientras en otros queda abolida, dé

lugar á nuevas y potentes energías. Tanto más, cuanto que el pletismógrafo demostró á Salviati que en ese estado se produce una gran hiperehemia cerebral (*Arch. di psich.*, II, 409).

Y otra analogía nos la ofrece también el fenómeno recién descubierto del *transfert*. Verdad es que en nuestro caso un nervio no específico ejerce las funciones de un nervio específico; así es que á primera vista aparece que de nada sirven todas las profundas modificaciones histológicas de las expansiones retínica y olfatoria, las cuales no tienen ninguna relación con las terminaciones de las ramas segunda y tercera del quinto par. Aquí no se trata de una sustitución, sino de un *transfert*, de una conducción diversa de la sensación luminosa, evidentemente pasando por el cerebro, como en el *transfert* pasando por la medula.

Por otra parte, para explicar estos fenómenos es preciso esforzarse para concebir la apariencia de las cosas diferentemente de como estamos habituados á hacerlo.

Acostumbrados á dar toda la importancia en la sensación á los órganos de los sentidos, no damos ninguna á los centros corticales de los mismos en el cerebro; y, sin embargo, era ya sabido que las alteraciones de éstos pervierten ó suprimen la sensación. Dalton y Pierson demostraron en el perro que, extirpando el repliegue angular de un lado, cesa la visión en el opuesto. Los hechos del hipnotismo dan á esto mayor importancia todavía. Cuando por sugestión hipnótica ó por un epifenómeno del histerismo el paciente no ve, no oye ó no huele un voluminosísimo objeto dado; cuando ve los cuerpos inanimados y no ve los seres vivos (véase Apén-

dice III); cuando la pupila no se contrae, ni se cierra el ojo sugestionado de ceguera al amenazarlo con un puñal; y aún más cuando se hace leer una página dada, dictada de antemano, en una hoja de papel en blanco, con las más minuciosas particularidades; cuando quien ve algunos objetos á tres metros de distancia no los ve á dos, y viceversa, ocurre aquí un fenómeno que no puede explicarse con los comunes errores de la visión, y preciso es admitir que el centro cortical del cerebro es quien produce ó impide la visión, y que los órganos de los sentidos tienen en tal caso menor importancia de lo que hasta ahora se ha venido creyendo.

Recientemente, el distinguido doctor Brugia, al rebatirme este argumento con una razón que desde el principio era fácil de prever y que yo no podía ignorar, y es la de que los

nervios no pueden llevar á los centros lo que no han recibido, recordaba, sin embargo, algunos hechos que confirman mi teoría; por ejemplo, el de un enfermo de Taguet *(Anales médico-psychologiques*, tomo II), que por *sumo grado de agudeza visual* podía percibir reflejos en la superficie de un cartón, cual si fuera un espejo, de los más diversos objetos mantenidos á cierta distancia detrás de su cabeza. Difícil sería conciliar este hecho con las comunes leyes de la óptica, y no se concibe cómo el autor y su comentarista han hablado aquí de una agudeza visual mayor y no se hayan fijado en que, si el hecho es cierto, no existe en virtud de la agudeza visual, puesto que es tan contradictorio de las leyes ópticas y de la fisiología ocular como el ver con la piel de la nariz.

Por lo demás, eso no se sale del campo de la materia: se trata de la

transposición, no de la creación de una nueva facultad.

Lo mismo decimos de aquella otra observación, que yo sólo he podido hacer una vez: la de la visión y la transmisión del pensamiento á distancia, y que no hace mucho fué confirmada por P. Janet, Gleye y Richet (1). También aquí nos pasa que no sabemos concebir otro modo de ver y de querer sino el usual, á breve distancia; pero fenómenos comunísimos que se notan en los animales inferiores (por ejemplo, el de la orientación topográfica), nos demuestran que, sin recurrir á intervenciones suprasensibles, antes por el contrario, descendiendo hasta el nivel de los animales, puede suceder esto.

Y luego, una vez convencidos de que el pensamiento y la voluntad

(1) *Bull. de la Société de psychol. physiol.*, 1885, núm. 2.

son fenómenos de movimiento (ayudándonos á concebirlo así la música y la pintura, sublimes movimientos reflejos, igualmente que la imitación y la sugestión hipnótica), ¿qué dificultad hallamos para comprender que siendo movimiento se transmitan á distancia? Pero nosotros, á pesar de que protestamos estar enteramente libres de preocupaciones, tenemos un sagrado, seminarístico horror á cuanto aproxime el pensamiento á los fenómenos de la materia.

Una observación de P. Janet ayuda además á concebir, por medio de gradaciones, cómo se relaciona este fenómeno con las leyes del movimiento. En un caso advirtió que la transmisión volitiva podía verificarse por tocamiento con la mano y hasta por mediación de otros dos individuos que estuviesen unidos por las manos, y uno de los cuales

tocase al hipnótico; pero no se realizaba ya si la cadena aumentaba con un cuarto individuo. Evidentemente hay aquí un movimiento comunicado, el cual tiene determinados límites de transmisión, siempre mayores que cuando se verifica por contacto directo ó por la mirada, y aún más amplios que en los frecuentísimos casos en los cuales la voluntad no se transmite sino por la palabra oral ó escrita.

Del primero de estos ejemplos á la transmisión á distancia y sin contacto no hay evidentemente más que una postrera gradación, fácil de admitirse con los antedichos ejemplos.

Medicina legal.—Son bien claros los graves peligros y los grandes daños que pueden originarse por el abuso, y hasta por el simple uso del hipnotismo artificial.

El hipnotismo produce grandes

daños, como todos los hipnógenos (opio, cloral) que no llegan á provocar el sueño, y aún más el letargo profundo, sin perturbar la nutrición de la capa cortical del cerebro; además de esto, los produce porque puede uno sustraerse libremente del uso de aquéllos, habiendo también leyes que dificultan su venta, y necesitándose receta y prescripción médica; mientras que para producir el hipnotismo no sólo basta la mirada, que es gratuita, pero puede costar fatiga, sino un pedazo de vidrio, la tapa de un reloj, el mango de una pluma, y mucho más en individuos que hayan sido antes hipnotizados por otros.

Los alienistas hemos tenido ya aquí en Turín varios casos de epilepsia, de histerismo, de somnambulismo, de amnesia, que se desarrollaron y permanecieron subsistentes después de difundirse estas mani-

obras hipnóticas sin aquellas precauciones que deben y saben tomar los alienistas.

Criv., procurador del rey (fiscal) y escritor ilustre, al cabo de tres cuartos de hora de asistencia á un espectáculo dado por el hipnotizador Donato, fué presa de paresia; curóse después por el doctor Bellosta.

La señora F. fué atacada de sueño hipnótico con catalepsia, durante un espectáculo análogo.

La señora R., histérica, se cree continuamente hipnotizada, sin estarlo, y padece un verdadero delirio histérico.

La señorita X. tuvo convulsiones epileptiformes después de haber asistido al espectáculo donatista.

Col., estudiante, somnámbulo con anterioridad, pero ya curado, hipnotizado por Donato, volvió á tener accesos de somnambulismo.

Lesc. volvió á caer varias veces en hipnotismo al ver objetos relucientes. Y no pudo resistirse á la invitación de Donato de presentarse en el teatro á hora fija, á pesar de su propia voluntad manifiesta y la oposición de sus compañeros.

R., estudiante de matemáticas, se rehipnotizaba cada vez que miraba con fijeza el compás; así es que tuvo que abandonar el dibujo por algún tiempo.

Giov., teniente de artillería, que había sido hipnotizado ya por Donato, se rió de una invitacion de éste para que fuese al teatro y se diera en espectáculo; pero á la hora fijada en la esquela sintió tal impulso irresistible de ir, que la emprendió con modales violentos contra sus compañeros y superiores que le entretenían; impedido por fuerza, después de un verdadero furor, se adormeció con sueño hipnótico, ol-

vidando, al despertarse luego, lo acontecido.

Bon., estudiante de matemáticas, después de las prácticas hipnóticas, recidivó de una epilepsia, de la cual estaba curado.

R., expendedor de vinos, después de dichas prácticas, se queja de haber perdido la memoria; y la noche siguiente apareció en todo el cuello y el pecho un eczema, que le duró ocho días.

X., teniente, se ve impelido á correr por las calles detrás de todos los carruajes que llevan encendidos los faroles.

Ercol., funcionario de telégrafos, se ve primero atacado de somnambulismo, ó, mejor dicho, en un continuo estado hipnótico; después le dan convulsiones epileptiformes y delirio maniaco.

El teniente Y., de quien abusaron algunos hipnotizadores que ha-

bían aprendido la práctica de Donato, fué presa también de somnambulismo, de una especie de *miriakit*, con tendencia á imitar todos los gestos, con exageración de todos los reflejos y con ideas lipemaniacas, de que se iba á morir, etc.

Catt., joven delicado, pero no sujeto á ninguna enfermedad mental, después de dos pruebas de hipnotización por Donato, fué presa de accesos de somnambulismo y síntomas de enajenación, que duró más de un mes.

Civ., joven robusto, padece cefalea y debilidad mental.

D. T., joven de diez y ocho años, de Milán, de honradísimos antecedentes, despejado y de familia bien acomodada, después de haber sido hipnotizado y quedarle, como consecuencia de ello, formas neurósicas, advertidas por las personas de

su trato familiar (como insomnio, gritos nocturnos, desmemoriamiento, mal humor), intentó una venganza absurda contra Donato pidiéndole una cantidad de dinero si no quería que revelase su secreto, lo cual evidentemente no es más que una manifestación de una forma de locura moral.

También Richet cita dos casos de agravaciones neuropáticas después de las prácticas hipnóticas.

Drosdow (*Morbo hipnotico, Arch. für Psych. und Nervenkrankeiten*, XIII, 1) cita otros dos casos de enfermedades hipnóticas, desarrolladas á consecuencia de las prácticas del hipnotismo.

Los resultados más frecuentes suelen ser: la continuación atenuada del gran acceso provocado (ó sea un estado de somnambulismo ó de semisomnambulismo); la facilidad de recaer en él por ligerísimas

causas; la exageración de los reflejos, que llega hasta el *miriakit* (1); las convulsiones, la enajenación, la debilidad mental, la amnesia y algunas veces el eczema (lo cual no parecerá extraño á quien conozca los estrechísimos vínculos que existen entre las enfermedades cutáneas y las de los nervios).

Peor es el daño moral. Cuando se piensa en que, durante el hipnotismo, hay una completa inhibición, una suspensión de nuestras más nobles facultades, las cuales son sustituidas, no sólo por las del hipnotizador, sino por las de cualquier otro que puede mandar en vez de éste, se comprenderán los inmensos daños que pueden producir en los contratos, en los testamentos, en

(1) Vizioli, con su fino tacto, había entrevisto la analogía del *morbo hipnótico* con el «miriakit». (*Giorn. di neuropatol.*, 1886, números 2.º y 3.º).

las relaciones sexuales, y el deber que tiene el gobierno de tratar de impedir su propagación.

Sabido es cómo Liégeois pudo hacer cometer á hipnotizados, y hasta á individuos despiertos ya después de hipnotizarlos, verdaderos crímenes artificiales, completas delaciones falsas, calumnias, hurtos, y extender contratos en perjuicio de quien los firmaba. Pruebas de ello presentamos en nuestras experiencias y cartas que obtuvimos, en los cuales se ve, á pesar de su viva repugnancia, á un hombre honrado impelido á escribir una carta de rescate á lo secuestrador, sin que pueda sacarse ningún indicio de la forma caligráfica; tan cambiada está de la propia del mismo individuo en su estado normal. Los mismos ejemplos nos demuestran cómo pueden hacerse cometer, con pocos minutos de intervalo, muchas figu-

ras de delito por un mismo individuo, haciendo así todavía más difícil el descubrimiento de la delincuencia.

Un daño peor, por ser menos notado, es el de la pérdida del carácter, ya demasiado débil entre nosotros por tantas causas, á las cuales se añadiría otra nueva, y no de las menos intensas, para su debilitación.

Sabido es que el momentáneo cambio del carácter moral que se observa en los accesos, puede perpetuarse después de una serie de estas experiencias; y es natural que así sea, puesto que á cada condición de anormalidad de la capa cortical del cerebro le acompaña una modificación del carácter y de la moralidad.

Tiempo ha que todos hemos manifestado cómo estos individuos se vuelven fácilmente falsos, inmora-

les, ó, por lo menos, débiles de carácter, hasta el punto de ceder á la más mínima presión, no sólo del sugeridor, sino hasta de los demás, como se ve también en el histerismo y en toda irritación cortical.

Hemos tenido una prueba experimental de ello en aquel estudiante T., que de honrado se convirtió de improviso en peticionario de dinero con amenazas de venganza.

Estas modificaciones, que Filippi podría llamar una nueva especie de «lesiones morales», y que se notan con frecuencia hasta como resultas de traumatismos, de intoxicaciones crónicas por el alcohol, la morfina, etc., son tanto más peligrosas, cuanto que son más difíciles de comprobarse y se librarían de los rigores penales. Las sugestiones involuntarias y el hecho de que una simple invitación se convierta en una orden, á la cual no pueden re-

sistirse, indican ya una especie de reblandecimiento del carácter.

Un daño en que antes no se había caído en cuenta, es aquella especie de epidemia hipnótica que puede sobrevenir por obra y gracia de un hábil aunque vulgar hipnotizador, que, como Donato (quien provoca una sacudida violenta á toda la musculatura á continuación de una mirada hecha más eficaz por la inmovilidad de los párpados), posea por una larga práctica ó un manejo especial, gran aptitud para difundir con rapidez en vasta escala el estado hipnótico.

Un poco por ignorancia, hasta de las clases cultas, en estas materias (mientras, gracias á la llamada educación clásica puesta en uso, sabemos todos los más frívolos hechos de los ciudadanos de Tebas, estamos casi y oscuras acerca de las más importantes investigaciones

psicológicas y hasta nos oponemos á las más evidentes aplicaciones de la psiquiatría al génesis del genio y del delito), ignorancia que hace ver fenómenos nuevos y maravillosos en hechos de antiguo conocidos; un poco también por vanidad de figurar en público, aun cuando debiera más bien dar repugnancia el ofrecerse como buena presa á los pies de un hombre vulgar; y un poco, á la vez, por aquella especie de voluptuosidad que produce toda nueva modificación de nuestros grandes centros nerviosos, en virtud de la cual se recurre á los narcóticos más desagradables, que no ha mucho estigmatizó Mosso con los felicísimos de *onanismo cerebral* (véase *Antología*, Julio de 1886), hacen que una vez que la invitación sea pública y teatral se luche á porfía por acudir á ella. Y de aquí el que no sólo sean muchos los hipnotizados,

sino también los hipnotizadores de segunda mano, los cuales encuentran después fácil camino en sujetos ya habituados y abusan de eso por propia diversión, constituyendo una verdadera epidemia; no sólo los *clubs*, sino hasta las escuelas gimnásticas se llenan de gentes que ensayan ó realizan estas peligrosas maniobras. Con frecuencia los hipnotizadores se hipnotizan recíprocamente, prolongando su estado y repitiéndolo con peligro para su salud. ¿Quién puede medir los daños de una epidemia semejante, que ya no permite contar como raros individuos los hipnotizados (como lo eran antes en los laboratorios), sino por masas; y no con las reservas y precauciones de los clínicos, sino á todas las horas del día y por obra del primero que llega (1)?

(1) Fundado en tales consideraciones y por iniciativa de Baccelli (del Consejo sanitario

¿Quién calcula el daño que puede provenir á todo el país por la sugestión tácita, por la llamada transmisión de la voluntad, que en algunos individuos puede realizarse hasta á una notable distancia en tiempo y espacio? (Véase más atrás.)

Pongamos el caso posible de que un indelicado hipnotizador ó un emisario extranjero, después de hipnotizado un *club* entero de militares con el consentimiento y por invitación de los superiores, se proponga obtener por sugestión de uno de sus sujetos el plano de una fortaleza, el secreto de la marina, etc.; ¿quién podrá impedirlo? Y también, ¿quién podrá descubrirlo? Evidentemente, aquí las leyes penales de nada servirían; mientras que la

provincial de Milán y de la Sociedad de Higiene), el Consejo de Sanidad propuso al ministro del Interior la prohibición de los espectáculos públicos de hipnotismo.

preventiva impidiendo toda práctica hipnótica á los hombres que posean secretos de Estado y de los ciudadanos, so pena de dimisión, sería un poderosísimo medio de precaver abusos.

Y el fenómeno más sencillo y muy conocido de que una persona que antes hubiera sido hipnotizada, puede recaer en el acceso al ver un cuerpo brillante ó al oir un ruido fuerte, ¿se cree que cause poco daño? Hemos visto á un teniente correr detrás de los faroles de un coche. ¡Imaginaos á un coronel hipnotizado, cataléptico al primer cañonazo, á la cabeza de sus tropas! ¡O un almirante á la vista de un faro eléctrico!

No pocos estudiantes de matemáticas hubo que después de la hipnotización se quedaban incapaces de dibujar, al fijarse en sus instrumentos de precisión.

Un ilustre doctor escribía en el periódico *La Perseveranza* que en vez de prohibir la hipnotización á los militares, bastaría que antes de su nombramiento se obtuviese la certidumbre de que no son hipnotizables. Pero ¿quién garantiza que no lleguen á serlo después, y que un coronel á la cabeza de sus tropas no haga la figura del teniente X...? Y además, el estar sujeto, por lo menos, al letargo hipnótico, es más bien la regla que la excepción hasta en el hombre sano; tanto que Liébault ha hipnotizado miles y miles de éstos en Nancy.

Ni se puede proveer á refrenar esta práctica autorizándola mediante la obligatoria asistencia de un médico, como lo ha sugerido Campili (1), que ha previsto á grandes

(1) *Il grande ipnotismo*, etc. Hermanos Bocca, 1886.—*Bibliot. antrop. giurid.*, 2.ª serie.

rasgos estos sucesos y aconsejado los remedios con una previsión que le honra tanto como á la escuela á que se ha afiliado valientemente; no por eso se evitarían la epidemia ni todos los daños individuales. Esa gente encuentra siempre un compadre, y el mismo Donato, el único paladín que tuvo hasta ahora en Italia era un médico; todas las somnámbulas de campanillas tienen un médico que firma la receta, la cual no por eso es mejor; y para algunos esmirriados y neuropáticos que al primer aspecto llegaran á encontrar su salvaguardia, tendríamos cien más que acudirían, gracias al amparo y al sello oficial de la facultad, que ciertamente no adquiriría mucha dignidad haciéndose tutora ó cómplice de esos industriales.

Pero se nos objeta: «Pues bien; »admitiendo siempre que sea ver»dad aquello que se afirma; ¿qué

»nos vais á hacer? ¡Oh! En lo que »atañe á los contratos, á los testa»mentos, á las relaciones sexuales, »á todas las más mezquinas mani»festaciones de la vida, ¿no experi»mentamos tantas influencias quizá »más importantes, más eficaces y »más peligrosas que la producida »por el hipnotismo?»

«Si con una mirada puedo conquis»tar una hermosa joven, una heren»cia, una ventaja cualquiera, ¿haréis »una ley que me cierre los ojos?»

«¿Y es Lombroso quien habla, »uno de los fundadores de la nueva »escuela penal, que debiera fundar»se en la ciencia?»

«Si con el hipnotismo producís un »daño ó cometéis un delito, que se »os castigue como sois castigados »si dañáis ó delinquís con la elec»tricidad, con la luz, con el calor, »con el sonido, con cualquier otro »medio científico.»

«Se requiere la libertad hasta »para esto. Si uno quiere matarse, »dejémosle que se mate y los su»pervivientes aprenderán de él á »guardarse *(Roma)*.»

Y nosotros contestamos por nuestra parte:

Digan lo que quieran nuestros calumniadores, amantísimos nosotros de la libertad para el bien, nunca lo hemos sido de la libertad para el mal; si nuestro pueblo fuera verdaderamente sabio, si la humanidad en su mayoría fuera sabia por sí misma, ninguna duda cabe de que el ejemplo de unas pocas desventuras bastaría para iluminar á los demás, y sin necesidad de leyes. Pero vemos que los pueblos más libres de la tierra, los norteamericanos y los ingleses, han comprendido que esta libertad no bastaba para preservarlos de los daños producidos por el alcohol, el éter y el opio, é

hicieron leyes draconianas acerca de este propósito, diciéndose: «Bueno será que castiguemos el delito hasta cuando sea provocado por el alcohol, pero no basta; conviene *à priori* disminuir el uso de este alcohol.» Eso nos importa aún más en nuestro caso, donde una vez cometido el delito de estupro, de calumnia, etc., no se puede dar fácilmente con el autor ni obtener la prueba de que lo es; y donde si ha resultado una enfermedad (somnambulismo, locura; epilepsia) no sé qué beneficios pueda traernos el castigo del causante de ella, dado caso que se descubra.

Y además, ya no se trata de entrar en el sagrario de la familia y de impedir un capricho á quien quiera tenerlo, siempre y cuando que sea sin perjuicio de tercero. Se trata de prohibirlo en absoluto á aquellos que poseen los secretos de

los ciudadanos y del Estado, á los notarios, jueces, altos empleados y militares, quienes por eso mismo están ya sujetos á tantas otras trabas y ligados con juramento; ¿y haremos aspavientos porque deban abstenerse de este gusto especial?

Hemos prohibido en la escena producciones no funestas, sólo por abundar en frases eróticas, temiendo que pervirtieran á la precoz juventud, ¿y no daremos importancia á que esta juventud sin freno alguno se haga esclava del primer aventurero y abdique en su mano toda voluntad, hasta el punto de dar público espectáculo de las propias chocarrerías como *clown* mal pagado? Por otra parte, estas medidas deben servir sobre todo para poner al público en guardia contra los daños, y para impedir los manantiales demasiado potentes y copiosos del contagio. Quedará en las fami-

lias y en las sociedades particulares amplia margen á la extraña diversión, si quiere persistir, y en los laboratorios y clínicas al estudio, si se quiere hacerlo; porque en este último caso, cualquier daño que pudiera sobrevenir sería compensado por las aplicaciones al arte de curar, á la psicología, á la psiquiatría. Pero hasta en estos casos será necesario decretar las precauciones en uso para la venta de los alcaloides ordinarios; esto es, que no se practique la hipnosis sin advertírselo á las autoridades, á fin de que tomen nota de ello para los casos eventuales en que nazcan sospechas en materia penal.

Aplicaciones á la psicología.—Se ha dicho que los fenómenos hipnóticos son como la autopsia de cada una de las facultades psíquicas; nos suministran verdaderos experimentos de psiquiatría experimental, en

los cuales los fenómenos de las alucinaciones y de las pasiones, llevados á su máxima potencia, se reproducen con tanta exactitud como los fenómenos infectivos con las inyecciones de bacterias.

Ninguno puede comprender tan bien el perfecto convencimiento del alucinado y la causa de la alucinación como quien ha visto la sugestión hipnótica. La fuerza irresistible, el *raptus*, se ve reproducida con exactitud en los actos de ellos.

Cuando se refiere de un juez que cayó desvanecido al suelo creyendo percibir el olor de un cadáver en una exhumación, mientras que el cadáver no estaba dentro de la caja, se pone un ejemplo aislado y poco verosímil, para demostrar hasta qué punto la imaginación llega á sustituir á la sensación actual.

Pero el hipnotismo nos da millares de pruebas elocuentes de esto,

y nos explica los fanatismos de las masas por un hombre ó por un principio, aun de los menos dignos, y aquellas verdaderas alucinaciones epidémicas de las plebes que creían ver de veras las espadas de fuego, los brujos ungidores, que no existían sino en su imaginación.

La educación hipnótica nos muestra hasta qué punto la educación común puede transformar un hombre moral de nacimiento en un criminal, y viceversa.

El hipnotismo nos muestra cuán poco libre es la voluntad humana, esclavizada por otro merced á un pedazo de vidrio ó un trozo de imán. Y en la transmisión de la voluntad á distancia, mientras nos prueba (véase más atrás) que la voluntad está sujeta á las leyes del movimiento, remacha con una nueva demostración que, por singulares que parezcan, aquellos fenómenos

no se salen del mundo y de las leyes de la materia.

¿Y cómo no admitir de rechazo un fenómeno de verdadera polarización, enteramente análogo al que se nota en la aguja magnética, en aquella extraña polarización psíquica de la idea, de la voluntad y de la sensación, que Bianchi nos hace ver sobrevenir por el contacto del imán? (véase Apéndice II). Después de la transmisión á distancia, no hay quizá ejemplo más evidente que éste para demostrar que la idea es no sólo enteramente análoga al sentimiento, sino á la sensación y al movimiento, y guarda paralelismo con cuanto sucede en la materia.

Es evidente, en efecto, que no puede encontrarse otra explicación de aquel hecho sino la de que el imán provoca en el cerebro una diversa orientación de las células gan-

glionares análoga en un todo á la que se verifica en las moléculas del hierro cuando se le aplica un imán, ó en las del hierro imanado cuando se le aplica una corriente eléctrica que hace cambiar su polaridad, ó cuando con poderosos imanes se provocan en líquidos coloreados los fenómenos que se denominan del diamagnetismo; tales fenómenos son análogos á los provocados en el sensorio y en el pensamiento por una impresión sensorial ó moral demasiado fuerte ó por un cansancio grande. Así, cuando la retina es excitada largo tiempo ó con excesiva viveza por el color rojo, el sensorio percibe la sensación del color verde, complementario y contraste del primero. Así también, si después de haber mirado con fijeza una rueda que gira ó un pedacito de papel en movimiento fijamos la mirada en un objeto in-

móvil, una ilusión constante nos lo hace ver animado por un movimiento en sentido inverso. Fundándose Plateau en esta experiencia, inducía que cuando un órgano se ve sometido á una excitación prolongada opone á ésta una resistencia que crece con la duración de ella. Si de pronto deja de obrar la causa excitante, el órgano tiende á recobrar su estado normal con un movimiento análogo al de un resorte forzado más allá de su estado de equilibrio, que vuelve á éste por oscilaciones decrecientes en virtud de las cuales pasa alternativamente en dos direcciones opuestas del punto de equilibrio. En la locura hemos visto repetirse el fenómeno: Cristina se vuelve loca por la muerte de su madre y ve á la madre llegar á ser feliz, etc., y Guislain hace notar que después de causas de dolor se engendran alucinaciones alegres, y

los ensueños son una continua prueba de esto (véase Lombroso, *Locos y anómalos*, pág. 129).

Este fenómeno de polarización ha sido confirmado por las recientes investigaciones de Rochas (*Ann. Méd. Psych.*, 1886, París) acerca de la especial y opuesta acción de los polos del imán, cosa que, por lo demás, hacía presentir un caso clínico nuestro (véase Apéndice III, caso 1.º).

Rochas demostró que aplicando el polo positivo se produce rigidez muscular, alucinaciones, sordera, etc., que desaparecen ó se mitigan aplicando el polo negativo; que aplicando también tubitos con líquidos de polarización positiva (por ejemplo, de ácido sulfúrico) se provocaba una contractura que desaparecía con un líquido de polarización opuesta (por ejemplo, el amoníaco); siendo positivos los áci-

dos y negativas las bases, anulábanse sus acciones al aplicarlos á la vez; y que la acción varía según los puntos del cuerpo á los cuales se aplica.

Estos mismos hechos, así como las leyes del movimiento, nos ponen en camino de explicar hasta la extraña acción supradicha de los remedios á distancia.

¿Cómo explicar el que estas sustancias desarrollen verdaderos fenómenos específicos en los centros nerviosos, á distancia ó en tubos cerrados, si no es merced á una diversa orientación de las moléculas causada por el especial movimiento molecular á que están sometidas aquellas sustancias (según, por lo demás, se explica la acción tan conocida del imán)? Pero eso de modificarse el pensamiento precisamente lo mismo que la sensación ó el movimiento, por efecto de un

movimiento molecular, ¿no es una prueba bastante clara de que el pensamiento es efecto de un movimiento molecular de las células cerebrales?

Después de todo esto, ¿no resulta ahora claro que muchos fenómenos sólo nos parecen misteriosos porque buscamos la explicación de ellos en leyes complicadísimas, cuando la tenemos más á mano en las leyes más sencillas, en las del movimiento?

Efectos terapéuticos del hipnotismo.—Precisamente por ser los fenómenos del pensamiento fenómenos de movimiento, y porque muchas anomalías psíquicas no son sino efectos del cambio de orientación molecular, se comprenden los grandes resultados á que está destinada la que denominaremos *hipnoterapia*, la cual obra más especialmente sobre el movimiento

molecular de los tejidos nerviosos; y mientras que en las enfermedades nerviosas, en la locura y en el histerismo, se observa una extraña insensibilidad á los medicamentos, por el contrario la hipnoterapia despliega en estos individuos una potencia que no tiene en los individuos normales.

Voisin decía haber sido testigo de curaciones inesperadas con el hipnotismo en los enajenados; y si eso produjo dudas, veo ahora que Dufour, director del manicomio del Isère las ha obtenido aún más maravillosas. A uno que cayó en estupor melancólico después de graves disgustos (la muerte de una persona querida), sugirióle con buen éxito que no pensara más en su pérdida, y se curó en poco tiempo. Un histero-coreico, con perversidad moral y alucinaciones persecutorias, no sólo vió detenerse las crisis

histéricas por el mandato hipnótico, sino desaparecer (ó, mejor dicho, suspenderse) las alucinaciones de envenenamiento. Yo también puedo contar algún buen éxito, aun cuando no pueda garantizar su duración. Una pobre señora, atormentada por la locura de los celos, con insomnios, intenso odio á su marido, y necesidad de aislamiento, al cabo sólo de dos sesiones hipnóticas besó por sugestión al marido, se mostró alegre y buena con él, durmió y pareció revivir; pero pasados tres meses recayó.

Otra que padece graves vértigos, hasta el punto de no poder andar sino apoyada, no sufre más de ellos en los días en que después de hipnotizada la sugiero que no los padezca más.—César Lombroso.

APÉNDICE PRIMERO

Estudios oftalmoscopicos en los hipnotizados (1).

En el joven estudiante Chiarloni encontré un aumento de refracción de dos dioptrías, en forma de espasmo de la acomodación, invariable durante todo el tiempo del hipnotismo; y el cual cesó de pronto y por completo en el mismo instante de despertarse, durante el reconocimiento oftalmoscópico. El aumento de la acomodación era regular é igual en todos los meridianos, como

---

(1) A la cortesía de mi ilustre colega, el profesor Reymond, debo estas bellas observaciones acerca de mis hipnotizados.

fué fácil de comprobar por el astigmatismo regular, cuyo grado no varió durante la hipnosis del ojo observado. En dos conejos hipnotizados encontré de un modo no menos evidente el aumento de refracción durante la hipnosis y su repentina desaparición al despertar.

Los hipnotizados del profesor Lombroso hacen abstracción casi completa del movimiento ocular en la apreciación de la orientación y de las dimensiones. Miran indiferentemente con uno ú otro ojo, pero nunca con los dos á la vez; la mirada fija siempre es monocular, de lo cual resulta que en los casos de estrabismo dinámico el hipnotizado aparece estrábico.

Por lo demás, cuando el hipnotizado mira con un solo ojo, ve como en el estado fisiológico; esto es, lo mismo que si mirase con los dos á un tiempo.

La percepción de los colores es exacta, como ya lo había demostrado Forster (véase Heidenhain). Cuando se ordenaba al hipnotizado que viese en un papel blanco un color cualquiera, obedecía. Si se ordenaba que en un color compuesto viera uno sólo de dos colores componentes, también pasaba por ello. Pero se negaba á ver un color no existente en un pigmento coloreado compuesto que se le presentase.

Si se le dice que vea letras negras sobre un papel enteramente blanco ó gris no escrito, obedece; pero no si se le dice que lea un escrito imaginario negro sobre fondo negro, obedeciendo si le dicen que las imaginarias letras son blancas. Puede variarse este experimento; y demuestra que la impresión sugerida debe hallarse en las mismas condiciones de contraste con el fondo en el cual se proyecta, requeridas por

la visión ordinaria.—Profesor Reymond.

APÉNDICE II

La polarización psíquica en la fase somnambúlica del hipnotismo, por los doctores L. Bianchi, profesor agregado de Neuropatología, y G. Sommer, médico de primera clase en la marina real (1).

Entre tantos fenómenos extraños, ó, por lo menos, insólitos en la vida ordinaria, y que, por el contrario, se presentan en el estado hip-

(1) Las investigaciones galvanométricas han sido hechas exclusivamente por Bianchi en uno de los sujetos en el Instituto psiquiátrico de Sales, mientras que las investigaciones acerca de la polarización las hizo asociado con Sommer. (Comunicación dirigida á la Real Academia Médico-quirúrgica de Nápoles, reunión de Junio.)

nótico, está el que Feré y Binet denominaron *polarización psíquica*.

Los referidos autores publicaron el año pasado en la *Revue philosophique*, de Ribot, que el imán aplicado después de la sugestión cambia la disposición de ánimo sugerida al sujeto, después que se despierta, y, por consiguiente, la conducta del mismo. Por ejemplo: á N. N, se le sugería, en estado somnambúlico, la idea de que, al despertarse, le entrarían ganas de dar una paliza á M. F. Apóyase en el suelo un imán junto á su pie derecho. Apenas se despertó N. N. miró con rabia á M. F., se le arrojó encima, dándole un bofetón y diciendo: «No sé por qué, pero tengo deseos de dar una paliza.» Al cabo de un momento adquirió una expresión dulce y suplicante, y se volvió hacia el experimentador, diciendo: «Tengo ganas de abrazarle.»

Dirigiremos nuestra atención á estos fenómenos que nos parecieron extraordinariamente interesantes.

En general, hemos obtenido los mismos resultados que Feré y Binet, con adición de algunos otros hechos, modificando los métodos; así es que séanos permitido decir algunas palabras acerca de la naturaleza del fenómeno.

En la señorita X. no se produce el estado letárgico, sino sólo el somnambúlico, de antiguo adquirido; y no es posible adquirir las otras fases del hipnotismo, según suele ocurrir muchas veces. En este estado hicimos una serie de sugestiones de la más diversa naturaleza; el fenómeno se ha repetido con frecuencia. Referiremos algunas de ellas, por ejemplo:

«Haremos un viaje de recreo por ferrocarril, es un magnífico día de primavera, nos divertiremos»; la

señorita X. revela en la cara su complacencia, se levanta y se dispone á ponerse en marcha. En este punto y hora se aplica el imán á la nuca, á medio centímetro de la piel; poco después se conturba, se detiene, y al preguntarle qué pasa, contesta: «Un desastre ferroviario; un tren deshecho sobre los carriles, es imposible marchar.»

Otra sugestión: «Estamos en Posilipo, el mar está tranquilo, plateado por la espléndida luna; he aquí una barca, subamos á ella.» El rostro de la señorita X. se regocija con aquel encantador espectáculo de la naturaleza y se dispone como para entrar en la barca. Se aplica el imán y sobreviene un profundo trastorno en el sujeto, que retrocede con espanto; ha cambiado la escena en aquel asombroso caleidoscopio del somnambulismo; por el contrario, estamos sobre un

profundo y peligroso precipicio.

Se provocan por sugestión alucinaciones visuales y tactiles de animales y de personas, por ejemplo: «Estamos en el campo; una culebra se le sube á usted por las sayas.» La agitación es extremada. Con el imán desaparece la culebra y se tranquiliza el sujeto.

A la misma señorita se le sugiere que está delante del diablo, al oir lo cual exclama: «¡Y yo que no creía en él! ¡Pero es propiamente el demonio!» Y describe con espanto los cuernos, las llamas que echa por los ojos, el rabo, etc.; su fisonomía expresa terror. Se aplica el imán, y poco después se sonríe y exclama: «Bien lo sabía yo, ¡es un lindo ciervo!»

Se le nombra una persona contra la cual tiene sentimientos poco benévolos y á quien quizá odia cordialmente; y dice que jamás la per-

donará. Imán; al cabo de algunos segundos, exclama con rostro lastimero: «¡Oh, pobrecito! Ha sido inducido á hacerme mal por lo bien que me quería; por consiguiente, no puedo odiarle.»

Provocado el estado somnambúlico en otro sujeto, un hombre en quien se producen de la manera sabida todas las fases del hipnotismo, reprodúcense los mismos hechos. Por ejemplo: le presentamos una copa de agua, la ve y dice lo que es, al preguntársele. Se le sugiere que en vez de agua es un licor agradable; entonces la bebe con grandísima avidez, y mientras tanto le aplico el imán; al punto aparta de sus labios la copa, contrariado y escupiendo por el sabor malo y amargo de la bebida. Presentámosle cuatro hojas de papel de cartas y le sugerimos que en una de ellas hay una bella figura de una jovencita rubia;

volvemos á mezclar los papeles blancos para que encuentre aquél donde se ha objetivado la alucinación sugerida, lo encuentra en medio de los cuatro y admira las bellezas de la figura. Mientras tanto, hacemos que se le aplique el imán á la nuca, y entonces se le ve manifestar expresión de repugnancia y apartar al mismo tiempo la figura, diciendo: «Es fea.»

A otro sujeto, mientras sigue automáticamente todos los movimientos del hipnotizador, andando siempre detrás de éste, se le aplica el imán y se detiene (1).

En este sujeto es de mucho interés la disposición de ánimo sugerida en pro ó en contra de una

(1) No hay que decir que nos hemos rodeado de las mayores precauciones para alejar toda sospecha de simulación, y que los fenómenos de polarización no se producen en todos los sujetos, ni todas las veces en un mismo sujeto.

determinada persona. Le sugerimos que N., uno de los asistentes (á quien no conoce más que de vista, puesto que es un enfermero del hospital de Sales que asiste á los experimentos), es una persona muy mala y que á toda costa trata de hacerle mucho daño. Le despertamos. Al cabo de cinco minutos N. hace ademán de marcharse, y, saludando á todos, dirígese también al sujeto, alargándole la mano. Este, por el contrario, se levanta de un salto y echa mano á la silla en ademán hostil. Fortuna fué que pudo evitarse un choque. Digimos al sujeto que nos había asombrado con su actitud, que N. era un buen hombre que hasta le quería bien; y el sujeto contestó con violencia: «No, me quiere arruinar; donde le encuentre le mato.» Aplicamos el imán, é inmediatamente cambia la actitud hostil del sujeto,

el cual, como arrepentido, se sonríe ante N., va á su encuentro y le alarga la mano.

No todas las sugestiones pueden ser invertidas por el imán. Cada vez que la sugestión se realiza en un acto continuo que no exprese una emoción ó un impulso, ó siempre que implique un cambio de la propia personalidad, el imán ejerce poca ó ninguna acción. Por ejemplo, se disponen en actitud suplicante las manos del sujeto; aquellas determinadas sensaciones musculares provocan ideas y sentimientos análogos, la plegaria; y mientras se mantiene aquella postura, el imán no cambia la disposición de ánimo.

Se le sugiere á un sujeto: «Eres un gran pintor, eres Morelli; dibuja un caballo desbocado.» Va á la pizarra y dibuja mientras se le aplica el imán, que no produce

ningún efecto, puesto que lleva á feliz término su dibujo, por supuesto más parecido á un asno que á un caballo.

El imán no polariza cuando se sugieren actos repetidos con frecuencia, y, por consiguiente, cada vez más fáciles, ó aquellos en que se complace particularmente el sujeto. Por ejemplo, un individuo muy hábil para ejecutar un hurto sugerido, lo cual hacía con expresión de viva complacencia, no se detuvo aplicándole el imán.

A una jovèn, de la cual se hablará luego más largo, conducida á estas experiencias por nuestro colega el doctor Fusco, delante de este último y del doctor De Luca (de Castellammare), la sugerimos el hurto de un reloj á uno de los circunstantes (era su padre); obedeció inmediatamente y se acercó al padre; durante la operación de des-

abrocharle el traje y sacarle del bolsillo el reloj, cosa que hizo con cierta rapidez febril, el imán no consiguió detenerla. Cogido el reloj, nos lo ofreció á nosotros; la dijimos que lo conservara ella, porque parecería aún más bonita con el reloj y la cadena al pecho. Obedeció, y se complacía en admirarse el pecho adornado con el nuevo colgante. Entonces aplicamos el imán; cesó la complacencia, y, volviéndose á nosotros, dijo: «No, no lo quiero tener, no es mío; quiero restituirlo.» Y lo restituyó, conturbándose siempre.

El imán tiene una acción débil ó nula sobre las sugestiones alucinatorias á plazo.

Despertamos al sujeto de quien se ha hablado más atrás, después de sugerirle que al cabo de quince minutos vería á Monseñor F. Aplicamos el imán; ningún efecto, pues-

to que, á los quince minutos, corrió á la puerta, y mientras estaba conversando, se arrodilló y permaneció como extático admirando á F. Volvimos á aplicarle en este estado el imán; cambió la fisonomía, entristecióse, y por su mejilla corrió una lágrima. Al preguntarle: «¿Por qué lloras?», nos respondió: «Monseñor me reprende acerbamente, y no sé por qué.»

Dijimos á la señorita X.: «De aquí á diez minutos vendrá Ticio»; se aplica el imán, pero al transcurrir el décimo minuto, se levanta y sale al encuentro del Ticio sugerido, con quien cambia un apretón de manos.

A propósito de las alucinaciones sugeridas á plazo, hemos provocado algunas de ellas, notabilísimas, á la distancia de cuatro días, como la aparición de la Virgen. Por ejemplo: estando á la mesa el suje-

to, á la hora indicada oye la campanilla; primero dice á la criada que suena la campanilla (alucinación auditiva), después salta de la silla, va á la puerta, se arrodilla y permanece como en éxtasis; si mientras tanto se le habla y se le pregunta qué le ha ocurrido, hace el más vivo retrato de la Virgen María.

Recordando la cuestión de los estesiógenos y la acción no sólo del imán sino de los metales y de otros muchos cuerpos sobre la sensibilidad cutánea, y, en especial, sobre el *transfert,* nos hemos preguntado si esta que llamamos «polarización psíquica» es producida exclusivamente por el imán, ó, además, por otros cuerpos estesiógenos.

Con ese fin hemos empleado un electroimán aislado de la pila, un pedazo de hierro y hasta las manos, si por casualidad alguno de nosotros

las tenía muy calientes. No ponemos aquí ejemplos; pero repitiéronse análogos efectos, ni más ni menos que cuando se aplicaba el imán. No debe causar mucho asombro este hecho, si se paran mientes en la exagerada sensibilidad cutánea y sensitiva de algunos sujetos en la fase somnambúlica.

La señorita X. oía á la distancia de dos metros y más el *tic-tac* de un relojito de bolsillo; sentía el tacto de la punta de un cabello sostenido al aire á la distancia de cinco ó seis centímetros de la superficie cutánea; indicaba con gran precisión el punto del dorso hacia donde tenía yo dirigido el dedo índice á la distancia de diez y aun de veinte centímetros, y eso completamente vestida; también encontramos modificados la agudeza y el campo visuales.

En otro sujeto, presentado por

nuestro distinguido colega Gallinari, hallamos una verdadera hiperestesia cutánea, hasta el punto de que hubiera podido considerarse como una hiperalgesia. El más leve contacto de las yemas de los dedos era molesto y doloroso, y seguido de sacudimientos reflejos. En un cuarto sujeto, una mujer joven galantemente cedida á uno de nosotros por el doctor Fusco, no estaba notablemente aumentada la sensibilidad cutánea, ni la específica de los sentidos. Tal aumento de la sensibilidad general nos da la clave para la interpretación de los hechos ahora expuestos.

Uno de nosotros ha creído oportuno indagar con más profundidad la naturaleza de la acción del imán en estas circunstancias, examinando el circuito de las corrientes de la cabeza bajo la acción del imán. Con tal objeto se ha valido de un

delicadísimo galvanómetro multiplicador; y merced á largos hilos de cobre recubiertos con cauchú y dos placas de platino forradas de papel secante empapado en una solución de sulfato de zinc, ha cerrado el circuito, intercalando en él la cabeza del sujeto con un apósito adecuado. En la mayor parte de las personas el galvanómetro indica en la cabeza una corriente de izquierda á derecha; lo mismo sucede en los somnámbulos. Lo notable es que la corriente aumenta mucho bajo la emoción de una sugestión, lo cual no sucede cuando el individuo está despierto. Sería prematuro discutir acerca de la naturaleza de estas corrientes; por el contrario, nos limitaremos á referir algunas tan sólo de estas investigaciones.

En el estado de somnambulismo, sujetamos las placas á las sienes del sujeto, con dos aisladores, y cerra-

mos el circuito. La aguja, que marcaba cuatro en el estado de perfecto reposo, se desvió hasta doce; en el momento de pararse, se hizo la sugestión de una puñalada, y al cabo de un momento se desvió hasta veinte, y poco después retrocedió hasta once; se hizo la sugestión de un lobo que estaba detrás de él, y la desviación llegó á veintiuno. Mientras, al girar atrás, marcaba la aguja quince, aplicóse el imán. Al cabo de un momento la aguja primero se detuvo y después se desvió hasta veintitrés; quitóse el imán, y la aguja volvió al quince; se aplicó de nuevo el imán sin provocar ninguna sugestión, y la aguja se desvió hasta veintiocho. Despertamos al sujeto, y la aguja retrocedió al nueve. Reprodujimos el estado somnambúlico, y llegó otra vez al once. Le sugerimos que estaba enferma una hija suya: desviación hasta cuarenta.

Repetimos las numerosísimas experiencias, durante las cuales habíamos puesto á dura prueba la paciencia del doctor D'Abundo, que permaneció horas y horas apuntando las oscilaciones de la aguja galvanométrica, mientras que nosotros experimentábamos en el sujeto y á cierta distancia.

Por conclusiones, parécenos poder enunciar las siguientes:

1.ª Que las corrientes transversales de la cabeza aumentan á veces en el estado somnambúlico;

2.ª Que las sugestiones emocionales en el estado somnambúlico producen fuertes oscilaciones de la aguja galvanométrica, como no se verifican cuando el individuo está despierto;

3.ª Que la acción del imán produce un efecto análogo;

4.ª Que los resultados de los experimentos con el galvanómetro no

cambian porque el imán se aplique al occipucio ó á la frente; pero la inversión de las sugestiones es menos fácil aplicando el imán á la frente que á la nuca.

A propósito de esto, relataremos un hecho notabilísimo.

La señorita X. se deja hipnotizar por uno de nosotros, estando presente el otro, con la firme resolución (que antes no nos reveló) de no explicarse acerca de un asunto dado (un asunto suyo, delicado y particular). Las sugestiones en el estado somnambúlico resultan menos activas esta vez; la pregunto si piensa en alguna cosa que la tenga distraída. Responde: «Sí, tengo algunos pensamientos.» «Ruego á V. que me los revele». Y vuelve á contestar: «No puedo y no debo.» Después de emplear inútilmente medios más insinuantes y conciliadores, trato de imponerme á ella; y con

tono imperioso, diciéndola que no tiene ni puede tener voluntad, siendo la suya mucho menos fuerte que la mía, la ordeno que me revele su secreto; por única respuesta, obtengo una absoluta negativa. Aplico el imán á la frente, adonde pocos minutos después se lleva la mano la señorita X., y exclama: «¡Dios mío, cuánto daño me hace V. en la frente! ¡Oh qué dolor! ¡Me ha hecho V. derramar sangre!» Y entretanto se llevaba las manos á la frente, como para restañarse la sangre, precisamente en el punto donde habíamos hecho obrar el imán; y luego se las miraba, percibiendo sangre en ellas. La invitamos de nuevo en aquel momento á que respondiese á nuestra pregunta; tal emoción siente, que se despierta en un momento su ánimo; era en un todo hostil á nosotros y hasta con la alucinación de una herida en la

frente, en el mismo sitio donde habíamos hecho obrar el imán; y nos trata con bastante malas maneras, diciéndonos que nunca más dejará que la vuelvan á hipnotizar. Permaneció bastante contristada; al siguiente día tuvo convulsiones. Aquella lucha la había acabado; diez días después éranos aún hostil y se negaba á dejarse hipnotizar.

Este hecho nos parece interesante, no sólo porque demuestra con claridad que el imán puede provocar una sensación, con la emoción correlativa, sino además para la medicina legal. Pueden formularse las preguntas: «¿Todos los individuos se vuelven esclavos de ajena voluntad, cuando están hipnotizados? ¿Revelarán siempre los secretos que tengan decidido empeño en guardar? ¿O dependerá eso más bien del carácter, de la educación, de la profundidad del sueño magnético,

de ciertos sentimientos más íntimamente arraigados en la constitución de su personalidad, y de la mayor ó menor estabilidad de la misma?

Así nos inclinamos á creerlo. Los dos principales sujetos de estas experiencias son en absoluto diferentes por índole nativa y por educación, aunque ambos son histéricos. Al uno es fácil cambiársele de personalidad y hacerle creer que es un Morelli, un Rossini, el comandante del Arsenal, y dibuja, y aporrea el piano, y escribe órdenes del día; al otro (la señorita X.), siempre ha sido imposible sugerírsele otra personalidad.

¿Cómo interpretar los fenómenos de la llamada polarización psíquica? Para realizar este intento, debemos recorrer el proceso formativo de la mente humana. En general, podemos decir que el mecanismo por el cual nacen las ideas y los conceptos

es el de la «conclusión», cuyas condiciones deben considerarse como la función lógica fundamental, la cual se ejerce hasta sobre las primeras impresiones del niño, y va tomando siempre mayor incremento á medida que las impresiones llegan á ser más completas, más distintas, más diferenciadas.

Este proceso lógico fundamental es la resultante de las relaciones de asociación de las sensaciones y de las ideas, en especial las relaciones de antítesis, á las cuales se asocian estados análogos de placer ó de dolor. Derívase de aquí que, por la misma fuerza de la función de «concluir» en el proceso normal de la mentalidad, toda idea lleva consigo la idea antitética; sólo que, con la atención directora, ésta última no llega al campo visual de la conciencia y permanece sofocada, pero no inactiva, en lo inconsciente, y re-

forzando á la idea de contradicción (1).

El mismo «*yo*», cuando despunta por primera vez con la primera idea de espacio, va íntimamente unido al «*no yo*»; como lo blanco despierta la idea de lo negro, el bien la del mal, el placer la del dolor, la luz la de la oscuridad, y así sucesivamente. Cuando la atención dirige el proceso ideativo según las leyes de asociación, con el filológico que se desarrolla en el campo visual de la conciencia, menos accesible á las impresiones exteriores, la ideación marcha en una dirección dada.

Pero cuando la atención, la voluntad y la conciencia quedan abolidas ó debilitadas, como en el sonambulismo, no puede menos de producirse imágenes por impulso

(1) Véase la interpretación que doy más atrás (*Aplicaciones á la psicología*).

exterior (como en las sugestiones) ó espontáneamente surgidas en la ebullición del material mnemónico sostenida por las impresiones orgánicas ó externas; imágenes que se desvanecen y pueden desaparecer por obra de otras impresiones que pongan en movimiento las imágenes hasta entonces sepultas en lo inconsciente; las más de las veces, por la misma ley de la asociación, despuntan también la idea, ó la imagen, ó el sentimiento, ó el impulso que guardan con el impulso ó el sentimiento, la imagen ó idea desaparecidos, la relación más estrecha, á saber: la de oposición ó la de antítesis.

El magnetismo, el calor, el frío, el contacto, suscitan nuevas imágenes que empujan y desalojan á las anteriormente sugeridas, y estados emocionales correlativos que se desahogan sin moderar ni corregir por

las más elevadas facultades de la mente; y de aquí la fuerte desviación galvanométrica, como no se observa en el estado normal bajo la influencia de los mismos estímulos.

Una prueba de esto la ha suministrado á uno de nosotros la joven presentada galantemente y con interés científico por el doctor Fusco, de la cual hemos hablado más arriba. En este sujeto, durante el estado somnambúlico, toda sugestión penosa cambiaba dicho estado en cataléptico, hasta con los ojos cerrados, del cual volvía al somnambúlico con algún trabajo, merced á fuertes sacudidas. No sucedía esto cuando se provocaba una sugestión agradable.

Ocurría con frecuencia que si después de provocar una sugestión grata se aplicaba el imán, la señorita X. expresaba en su rostro una pena asombrosa y se ponía ca-

taléptica; sacándola de este último estado y preguntándola por qué le daba la catalepsia y no respondía ya á las preguntas que la hiciesen, contestaba: «Me disgusto porque mientras estoy viendo una cosa buena, de pronto desaparece, no la veo ya, y no sé cómo y por qué.» Haciásela asistir por sugestión á un baile en el teatro, y se mostraba muy complacida; se aplicaba el imán, y pocos segundos después notábase en su cara cierta turbación y luego se quedaba cataléptica. Se le hacía escribir de nuevo una carta que otra vez había ya escrito al doctor F., así concebida: «Querido doctor: por caridad, hágame V. el favor de venir á verme (1), pues le espero y no puedo fiarme más (2).» Mientras escribía

(1) Momento en que se aplica el imán por vez primera.

(2) Segunda aplicación del imán, segui-

aplicamos el imán en el momento señalado con el número 1; detúvose y no logró recordar ni una sílaba más. Apartamos el imán y continuó escribiendo; después de otro renglón volvimos á aplicar el imán en el momento señalado con el número 2, y cayó en el estado de catalepsia.

Esta sencilla tentativa de explicación pudiera confirmarse con un hecho físico-fisiológico. A un sujeto en estado somnambúlico se le sugiere que todos los objetos son rojos, y después se le despierta; se asombra al verlo todo rojo y nada más que rojo. Se aplica el imán, y á la alucinación del rojo sucede la del verde, que es el color complementario de aquél. (Feré y Binet.) Sugeríamos un sonido alto, ó bien lo producíamos tocando una tecla

da de catalepsia y suspensión de la escritura.

del piano; aplicábamos el imán, y en ambos casos el sujeto decía oir, por el contrario, un sonido bajo. Las mismas leyes físico-químicas se encuentran á cada paso como fundamento del organismo mental.

APÉNDICE III

Dos casos de gran histerismo.

Pondremos en este apéndice la relación de aquellos dos casos de gran histerismo á que aludimos en el texto.

I

R. P., de trece años; su padre murió por encefalitis; su madre es anémica, histérica; está sujeta á alucinaciones hipnagógicas, íncubo

nocturno, cefalea. Fisonomía femenil, cabello rubio, piel finísima, cráneo dolicocéfalo, frente estrecha y cubierta de un vello muy tenue, desarrollo genital un poco retrasado, tardó en hablar (á los dos años y medio). Se mostró exageradamente sensible; algunas veces fué presa de ensueños estando despierto; se aplica bastante á los estudios, tiene aún más gusto por las labores de bordado y calado. A consecuencia de un traumatismo sufrió una grave coxitis; cuando al cabo de cuarenta días iba aliviándose de ésta, el 15 de Marzo se ve de improviso presa de hipnosis, durante la cual pierde el conocimiento, la sensibilidad para el dolor, la vista y con frecuencia el oído.

Tal estado, que se manifiesta con más facilidad á las ocho de la mañana y á las cuatro de la tarde, unas veces dura un segundo, otras

veces varias horas, y á menudo va acompañado de alucinaciones en las cuales ve ó siente cosas que recuerdan una lucha entre un tal P., hombre robusto, y un débil jovencillo, y habla acerca de ella; ó bien ve paisajes y escenas de Africa, como las ha leído en las obras de Julio Verne, y se conduce de un modo análogo; por ejemplo: al hablar de fusiles coloca los brazos en actitud de tirar, y al imaginario disparo se despierta asustado; ó bien gritándole al oído *Asia*, responde *Africa;* pero despertándole en seguida no recuerda nada. Tiene doloridas las vértebras cervicales; sensibilidad tactil normal (dos milímetros en el dedo índice).

El cobre aplicado al exterior, y lo mismo el bronce y el zinc, le producen dolores punzantes y urentes cuando está despierto y cuando se halla en estado somnambúlico.

Cuando sufre calambres en el diafragma son también intolerables. La plata le es indiferente; el oro le produce una sensación cálida agradable; pero ninguno de estos metales le alivian de su enfermedad. Por el contrario, es curioso el efecto terapéutico de un imán de 500 gramos de fuerza. El acceso se provocaba de pronto aplicando el polo sur del imán, no los dos polos; aplicando el polo norte ó ambos polos á un tiempo, se interrumpía inmediatamente el acceso y recobraba el estado de vigilia consciente. Durante un segundo pude así despertarle con el polo norte, volverle á dormir con el polo sur y viceversa.

Si tocaba un alambre de hierro unido al imán, cesaba, sin embargo, el acceso. También obraba el imán aunque se aplicase por encima de los vestidos ó de las ropas de

cama, entre las cuales se metía. Adviértase que durante el estado hipnótico le daba mucho miedo el imán, despertándole de un salto; mientras que apenas estaba ya despierto, lo veía con indiferencia.

Durante el acceso se halla en un estado de excitación, como ebrio, aunque más pálido. Siendo como es reservadísimo por carácter, aparece presumido, se agita, quiere bailar, declama en voz alta, canta, habla en latín ó en milanés, escribe en latín, equivocándose algunas veces, y sosteniendo que el error no lo es; y, sobre todo, se irrita hasta el furor al ver el imán y hasta otros instrumentos que puedan hacer las veces de éste. Es sensible al tacto, pero no al dolor; tiene la vista y el oído más agudos, aun cuando sus ojos están cerrados y los globos oculares convergentes hacia arriba; sin embargo, algunas veces le falta

la conciencia visual, así que no conoce á su madre, aunque esto rara vez; dándole un lápiz azul y rojo y preguntándole de qué color es, escribe él mismo «azul»; juega al ajedrez durmiendo, lee un periódico en alta voz, hace cuentas exactas, se muestra más bien desconfiado y charlatán; más tarde, cambiando de carácter, no sueña más cosas de guerra, sino de sus últimas lecturas. Al despertarlo, vuelve á ser tímido, se avergüenza de su mal y desea que no se hable de él.

Durante tres días le di el hierro magnético, pero sin provecho. El 16 de Abril preséntanse calambres epigástricos, con sensación de íncubo y disnea dolorosísima, que no se aplacan con el imán.

Administrándole hipofosfito de cal mejoró el somnambulismo, que no se renovó ya tantas veces en el día. Poco á poco se fué mejorando, y

una vez curado no volvió á ser sensible al imán.

Trátase aquí de una histero-epilepsia común, de origen traumático, conocidísima causa determinante del acceso histérico en los individuos predispuestos, según lo demostraron Jolly (*Enciclopedia* de Ziemmsen, artículo *Histerismo,* 1877), Erichsen, que lo vió producirse á consecuencia de los choques de trenes en las vías férreas, y recientemente Charcot y Schiamanna (*Accad. Med. di Roma*, 1882).

Pero lo importante aquí es la acción de uno de los polos del imán, opuesta en gran parte á la del otro, y que creo que no ha sido observada antes por nadie (1). No decimos lo mismo respecto á cesar con la curación la sensibilidad para los metales, que ya advirtieron otros.

(1) Ahora acaba de serlo por Rochas (*Rev. scient.*, 1886).

Hace poco observó Maggiorani una mujer sueca, que tenía una exagerada sensibilidad para los metales mientras estaba enferma y convaleciente de histerismo, pero que se volvió enteramente insensible para ellos en cuanto fué completa la curación.

II

R. S., muchacha de catorce años, hija de uno de los hombres más activos é inteligentes de Italia, enfermó de ciática; la madre es inteligente y nada neurósica; dos hermanos crecieron extraordinariamente en estatura hacia la pubertad y no sin que en esa época sufrieran algunos trastornos, en especial en los pulmones.

También ella, al acercarse á esa época, creció de un modo no común (15 centímetros), y tuvo lo primera

menstruación en Diciembre de 1881, durándole seis días, y á la vez síntomas gástricos que desaparecieron después. En 1.° de Enero de 1882 tuvo latidos en las sienes, y al fin del mes amenorrea, náuseas, esfuerzos por vomitar, etc. El 1.° de Febrero, época de la tercera menstruación, tuvo espasmo faringeo y una rara idiosincrasia gástrica, en virtud de la cual no podía tragar líquidos, pero sí alimento sólido, como carne y pan.

El 28 de Febrero le sucedió lo contrario; no pudo ingerir sólidos, pero sí líquidos; bebió botellas enteras de vino generoso, sin producir ningún trastorno, salvo raras veces un poco más de facilidad para el sueño. Desde entonces empezaron á alimentarla con enemas compuestos de 30 gramos de peptonas, cuatro claras y una yema de huevo, y 350 gramos de caldo con extracto de

carne, á las cuales el ilustre profesor Giordano, su médico de cabecera, añadió algunas gotas de láudado, luego de castóreo, de asafétida, y uno á uno, todos los demás medicamentos antihistéricos, que sin embargo, no produjeron acción terapéutica, ni reacción fisiológica.

Dos distinguidos médicos, que le habían precedido en el tratamiento, aplicaron un supositorio con atropina, que á pesar de hallarse en tenuísima dosis produjo graves síntomas de intoxicación, cianosis, midriasis, palpitaciones, pérdida casi completa de la vista (no distinguía á 72 grados) durante dos meses, pérdida de la memoria durante un mes, y, lo que es peor, paresia de las extremidades inferiores.

Del 25 de Marzo al 25 de Abril, dolores vivos cada siete á diez minutos en las sienes y en los pezones; bebía un litro de Burdeos sin hacer-

le daño. Se presentaron accesos catalépticos y convulsión mímica de la forma apasionada de Charcot.

A veces tiene hiperestesia, hasta el punto de que poniéndole un hilo sobre el pulgar, le parece una barrera; y otras veces, por el contrario, tiene anestesia completa.

El 25 de Abril se presentaron vómitos violentísimos que persistieron varios días seguidos, y siguió así hasta el 20 de Mayo, en que al vómito se agregaron una disfagia dolorosa, accesos letárgicos con contractura y convulsiones tónicas y clónicas; indicios de subdelirio, ceguera absoluta durantes los accesos, tacto exquisito, en virtud del cual podía hacer labores de ganchillo y distinguir una piel de oso de otra de gato, y encontrar un cinto dado de color entre otros cien, aunque ayudándose para ello con llevárselo á la nariz, lo cual hizo sospechar al

insigne Giordano si se trataría ya de una transposición de los sentidos.

En cuanto la tocaban en la región del útero tenía náuseas. El 4 de Junio, durante el acceso de sueño, tuvo alucinaciones, en las cuales creyó ver su propia matriz; el acceso va con frecuencia acompañado de un grito sibilante y ronco, análogo al del pavo real.

Cuando el 12 de Junio la examiné, gracias á mi distinguido colega Giordano, encontré una muchacha de gentil aspecto, piel pálida y madorosa, cabellos abundantes y lisos, estatura mayor de 1 metro 64 centímetros, pupilas algo midriásicas y un poco delgada, pero sin exceso. En el dinamómetro Regnier marca 30 á 32 comprimiendo con ambas manos á la vez, 22 con la derecha y 18 con la izquierda. Normales la estesiometría (2 milímetros en el dedo índice) y la algometría. Vis-

ta: número 7 de la escala de Jœger.

Las heces fecales son algunas veces figuradas, y siempre coloreadas y abundantes; la orina, cerca de 358^{cc} diarios, con un peso específico de 1.030, muchos cloruros y fosfatos, acidísima, sin albúmina ni azúcar.

Inteligencia despiertísima, buen humor; sensibilidad general normal, salvo ser ligeramente obtusa á la izquierda. Distingue bien todos los colores y prefiere el amarillo; gusta mucho de olores, en especial del almizcle; ama la música, pero no extraordinariamente.

En la región glútea media y en la primera falanje del dedo meñique izquierdo presenta un punto histerógeno, tocando el cual se producen convulsiones catalépticas, que no cesan renovando la compresión. Otro tanto sucede en otro punto

histerógeno, el recto, donde cada lavativa produce infaliblemente un acceso. Ninguna sensibilidad especial en los ovarios, aunque sí una sensación de plenitud en el útero. Continúa la paresia de las extremidades inferiores, que, sin embargo, son sensibles al tacto y al dolor, y algunas veces dan vivísima reacción tendinosa y refleja, y pueden moverse libremente en el lecho, pero pierden toda aptitud para servir de sostén y mover al cuerpo en la posición vertical.

Avida de alimento, mastica una notable cantidad de él y la regurgita luego, marcando la existencia de un punto doloroso en la parte inferior de la faringe; con un esfuerzo voluntario puede hacer pasar de allí el alimento y hacer que vaya al estómago, pero inmediatamente lo vomita, excepto (según parece) algunas sustancias especiales, como

los gajos de naranja y las fresas.

Al dormir tiene ensueños que á menudo se refieren al vientre. Durante el día, por tres ó cuatro y aún más veces, cuando se la toca en el punto histerógeno ó se la traslada con premura del lecho (pero no si ella misma es quien hace el movimiento, por brusco que sea), es presa de accesos que pueden comenzar de pronto mientras habla, y van precedidos de un silbido. El acceso comienza por un letargo que puede durar cinco á diez minutos, en el cual se echa hacia atrás con la cabeza caída y rígida, con los ojos cerrados, falta de sensibilidad hasta para las cosquillas; á lo cual siguen convulsiones de los globos oculares, que se ven moverse de abajo arriba tras de los párpados, presa éstos á su vez de temblores. Después de este estadio, con frecuencia empiezan contracturas en

el pie, sensibilidad y movilidad refleja exageradas, puesto que en cuanto la pinchan reaccionan inmediatamente los músculos; nótese que la contractura no cede á la fricción, ni al imán, ni con los metales, ni con la corriente continua.

En este período comienza á menudo una verdadera hiperexcitabilidad muscular, en virtud de la cual el dinamómetro, desde 32-36 kilogramos pasa á marcar 42-43-47 á la presión. El puño derecho marca 16 á 18 kilogramos, y el izquierdo 15 á 16. Tiene necesidad de moverse, de fatigarse, de trabajar á más no poder.

Se presenta rigidez muscular con anestesia, ó bien con hiperestesia; algunas veces siente en el dorso y en el brazo el calor de otro brazo á la distancia de muchos centímetros, y se queja como de un grave peso de un cobertor ligerísimo. Con suma

frecuencia siguen (ó algunas veces preceden) convulsiones intensas, en especial de los miembros inferiores y de los ojos, ó bien convulsiones mímicas, musitación y balbuceo como si quisiese hablar, pero sin sentido. En ese estado de somnambulismo adquiere algunas cualidades nuevas, por ejemplo: mayor actividad en las labores domésticas, en la lectura, mayor afectuosidad para con sus padres, una extraordinaria pasión por la música, sufriendo si se desentona ó se interrumpe, mientras acompaña y marca el compás con gestos, recayendo cada ocho ó diez compases en un letargo brevísimo, del cual se despierta con verdadera beatitud. Todo acto realizado en los accesos somnambúlicos cae en el más profundo olvido cuando se despierta, y viceversa; así que, habiendo caído en somnambulismo un día por la mañana sin des-

pertarse hasta la tarde, preguntó si había eclipse; y cuando se despertó y me vió, asombróse de ello, habiéndome saludado un segundo antes en el estado hipnótico, no pudiendo admitir que poco antes me encontrara yo allí, sino cuando sus padres la informaron de su doble conciencia. Más tarde se notó, durante el acceso, un leve cambio del carácter moral, tendencia á contradecir, terquedad y una especie de audacia varonil, cosas opuestas á su propio afabilísimo carácter.

Pero lo más curioso es, que mientras que los ojos están del todo inertes y cerrados, con los globos convergentes hacia arriba, ve bastante bien y precisamente el número 7 de la escala de Jæger, como con los ojos abiertos. Examinándola bien, se advierte que distingue los objetos cuando se los acerca un decímetro y aun más á la punta de la

nariz, á la izquierda, y con el lóbulo de la oreja izquierda á una distancia que puede exceder de quince metros; así, pues, con los ojos cerrados leyó una carta manuscrita acabada de llegar por el correo, y distinguió diez veces las cifras del dimamómetro á medida que comprimiendo éste hacía variar aquéllas, y distinguió seis tiras coloreadas que le pusieron á un decímetro de la oreja, de modo que no pudiese verlas con los ojos aunque los tuviera abiertos; sólo una vez, habiéndola puesto un par de anteojos cerrados, indicó la forma de ellos con la mano, pero no supo decir lo que eran. Vendándola los ojos y comprimiéndolos con las manos, no se altera la visión, pero sí cuando se venda la nariz; distingue bien todos los colores hasta por transparencia, y lee á través de un vidrio amarillo claro.

El 15 de Junio se notó por primera vez menor lucidez visual, y leyó *R* por *S*, pero se rectificó; cuando no le servía la nariz para ver, se restregaba casi las letras contra el lóbulo de la oreja.

Acercándole un dedo á la oreja ó á la nariz, cual si fueran á tocársele, y mejor todavía, tocándoselas ligeramente ó dirigiendo hacia ellas con un juego de lentes desde cierta distancia, un rayo de luz un poco viva, durante una fracción de segundo, se resiente por ello con viveza, se irrita, gritando: *I veûle imborgneme* (me quiere V. cegar), rehuye con rapidez la cara como quien ve amenazados sus ojos, intenta asirme la mano, y después, con una mímica instintiva y nueva, como nuevo es el fenómeno, levanta el antebrazo para defender el lóbulo de la oreja y la punta de la nariz, permaneciendo así diez ó doce mi-

nutos enfadadísima, ó bien se esconde debajo de los cobertores.

Si se oscurece el cielo cuando ella quiere leer, lo advierte en seguida y pide que se encienda luz.

Otra curiosa transposición es la del olfato, pues sólo percibe los olores por debajo de la barba, pero de ningún modo con la nariz; poniendo debajo de esta última, amoníaco y asafétida, no se produce reacción alguna, y lo contrario sucede si se ponen bajo la barba, notándose fuerte contrariedad y una mímica bastante diferente de la usual en el olfato, guiña los ojos y aumenta la respiración, mientras apenas se dilatan las ventanillas de la nariz; cuando la impresión es agradable, abre la boca; cuando, por el contrario, es desagradable, arruga el entrecejo, vuelve con rapidez la cara al lado opuesto, y con los dedos coge un pliegue en la piel

de debajo de la barba, donde tiene el olfato. Le gustan el almizcle y la rosa, disgustándole el asafétida y el incienso. Es vivísimo el efecto de la asafétida y del almizcle *en contacto con la barba.*

No produce variación alguna ningún metal, ni siquiera el hierro magnético. Sólo el oro parece mitigar un poco el faringismo. Por el contrario, un gato puesto encima de algunos puntos histerógenos improvisados logra calmar el acceso.

El 10 de Junio dijo, en estado hipnótico: «El 2 de Julio tendré dolor de cabeza y náuseas, pero podré tragar hielo todo el mes; por la tarde tendré un desvanecimiento que durará siete minutos, á las diez de la noche catalepsia en la mitad del cuerpo, durándome tres cuartos de hora.»

El 18 de Junio se observa que muerde, y durante los accesos le-

tárgicos tiene los ojos abiertos y midriasis.

El 19 muerde cuanto se le antoja, desgarrando también muchos kilos de papel, además de mucha verdura, rechazando la carne por un cuarto de hora con enorme violencia; hace que la den una taza de leche y se la toma sin regurgitarla, pero no una segunda; se nota que el enema no produce accesos.

El 20 tiene tres accesos de morder, precedidos por un ligero letargo con delirio pavoroso, traga enorme cantidad de hielo, y cuando se siente desfallecida, se oprime ella misma el punto histerógeno (que está un poco mudado hacia afuera) é interrumpe así la tendencia á morder, cayendo después en un breve letargo; y así por ocho veces. La música la calma un poco; concluye el acceso con un breve letargo, precedido de verdadera catalepsia.

Ya no ve con la nariz, ni con las orejas; pero huele con la barba.

El 21 se repiten las mismas escenas; pero se nota que los puntos histerógenos cuya compresión la calman, han llegado á ser numerosos, pero su efecto dura poquísimo; á las dos de la tarde eran los pezones, las regiones axilares, ováricas y lumbares, que son los puntos clásicos; por la noche se mudaron á la punta de la nariz, al occipuccio, al pulgar, al talón, á las rodillas, etc. La electricidad inducida, empleada con el método de Vigouroux, no influyó de ningún modo.

El 23, después de un breve letargo, tendencia á morder, que desaparece oprimiéndose el pulgar y luego la rodilla; pero después recidiva, y no cede sino poniéndose un gato encima del muslo. Se nota que en el estado somnambúlico, además de la midriasis y de la ma-

yor palidez, tiene posibilidad de tragar hielo, cierta terquedad impertinente y un espíritu de contradicción que nunca llega á la violencia y menos aún al furor, el cual, por el contrario, acompaña al capricho de morder, que aparece y desaparece de pronto, aunque esta vez lo preve pocos segundos antes de presentarse.

El 2 de Julio (como lo había predicho el 10 de Junio), á las diez, cae de repente en letargo; después delira y cree ver ladrones que se llevan los trastos, y ruega á un perro imaginario que le traiga un sorbete; durante tres cuartos de hora tuvo luego catalepsia, que pasó apenas se le sacudió por la espalda, según ella misma aconsejó. Predijo para el 25 de Julio faringismo, dolores agudos y muchos accesos; para el día 6, catalepsia á la primera gota de agua que trague; desde ese día

hasta el 12, tranquilidad perfecta, y para el 12 un acceso de rabia, que se calmará con media cucharada de quinina y después tres gotas de éter.

En el estado somnambúlico declara que tiene mayor actividad psíquica y que escudriña sin cesar con la mente.

Y así sucedió: el 12 de Julio, á las nueve, tuvo el acceso de rabia, que se calmó con la quinina y el éter. Desde entonces previó siempre con dos ó tres días de antelación la hora exacta de los accesos y á menudo hasta el medio de calmarlos. Por ejemplo: el día 12 previó que el 13 tendría siete accesos, á las horas nueve y doce, y que cesarían aplicándole oro á la cabeza y al epigastrio. En efecto, cayó en letargo á las doce mientras hablaba alegre conmigo y sin pensar en su mal; aplicándole á la cabeza una

gran medalla de oro, de pronto respiró numerosas veces, y al aplicarle el oro al epigastrio, inmediatamente cesó el letargo.

El día 14 predijo para el 15 cuatro accesos que se curarían con el plomo, y, á decir verdad, éste alivió, pero aún sirvió más el oro. Pero si hubo aquí un error, en cambio no hubo ninguno en la exacta previsión de la hora y en el número de los accesos.

En estos accesos de somnabulismo los ojos están semicerrados al principio, pero al final se abren por completo.

Mientras que hasta entonces habían resultado vanas las primeras tentativas de magnetizarla, ahora, por el contrario, sólo con que su madre la mire ó le hable del magnetismo cae en estado somnambúlico, que difiere del habitual nada más que en no permitir ya que su

involuntaria magnetizadora se aparte de ella ni un segundo hasta ser desmagnetizada, lo cual consigue aquélla con facilidad soplándola ó mandándola que se despierte; si se aleja su madre, corre á seguirla con riesgo de caerse, y se cae.

El día 2 de Junio predijo que el 2 de Julio tendría catalepsia por seis minutos y que soñaría que era barbuda; el sueño se verificó en Julio.

El 15, en el acceso letárgico y cataléptico pidió que se le aplicase plata, y habiéndolo hecho así abrió los ojos al instante y cesó la catalepsia; se apartó la placa de plata, y de nuevo se puso cataléptica; se le aplicó de nuevo, y recobró los sentidos. El mismo hecho se repitió por la noche, hacia las diez y media.

El 16 de Julio, á las diez y media de la mañana, al caerle las primeras gotas de agua se quedó cataléptica, según lo había predi-

cho en Junio. A petición suya se le aplicó el oro, y al punto abrió los ojos; se apartó la placa, creyéndonos que era asunto terminado, y de nuevo cerró los ojos; se le acercó otra vez, y al momento recobró el sentido. Se quiso entonces recomenzar la ducha, pero al caer las primeras gotas, de nuevo quedóse cataléptica. No sabiendo ya qué metal sería útil, se la interroga y responde que el hierro. Se le aplica una llave, y en seguida cesaron los accesos. Habiéndose renovado éstos, pidió acero y latón, con igual buen éxito. En otro acceso quiso estaño, oro, cobre y plata, que, efectivamente, juntos produjeron buen efecto, mientras que por separado no lo obtuvieron.

Trasladada á la costa del mar, se notó que, á pesar de estar paralítica, podía nadar y andar por la playa; según había predicho algu-

nos meses antes, habiéndose aplicado á la garganta cierta tierra de su jardín, hecha hervir, pudo tragar alimento sólido, carne, etc., y lo mismo aplicándole oro y platino ó estaño, pero mientras que estuviese con delirio. El 18 de Agosto tuvo una fuerte catalepsia y predijo que si la ponían de pie se tendría derecha, lo cual sucedió. Habiéndole aplicado el día 20 cierta tierra mezclada con pasta de harina, estaño y mercurio sobre la pierna derecha, cesó en ésta la parálisis; pero no quiso aplicarla sobre la izquierda, diciendo que en ella no servía el remedio.

Desde el 21 al 30 de Agosto tuvo transposición del gusto á la rodilla; aplicándole en ésta un racimo de uvas, hacía ademán de escupir las pepitas, y de morder si se le ponían allí peras. Hasta vendándola los ojos sabe distinguir los alimentos

por el gusto así transpuesto. El 2 de Setiembre cesó de nuevo la paresia de la pierna derecha aplicándole oro y nikel.

El 20 noté, durante el somnambulismo, sensibilidad tactil de dos milímetros en la mucosa; cesa de nuevo el olfato en la nariz durante los accesos catalépticos de las extremidades superiores y se transfiere al dorso de los pies; apenas se aproxima á éstos un poco de asafétida, se agita y vuelve á uno y otro lado las piernas y la cabeza; si son perfumes, permanece quieta y alegre, se sonríe, aspira y mueve con lentitud las alas de la nariz.

De Agosto á Noviembre estuvo por completo somnámbula, teniendo raras veces transposición de la vista á los dedos de las manos y alguna vez á la nuca, y del olfato á los pies.

En Diciembre se nota vista poco

clara con el dedo índice de la mano, agudísimo el olfato con el dedo gordo del pie, y estas regiones se vuelven dolorosas al tacto. Durante el somnambulismo se vuelve caprichosa é indiferente si ve pegar á un niño, lo cual no sucedía antes. El 5 de Diciembre predice que el 20 se despertaría, que S. se pondría buena; así sucedió, y entonces olvidó todo cuanto le había acontecido en los cuatro meses y abrazó á su padre, á quien había visto la noche anterior como tras una larga ausencia, asombrándose de ver un velocípedo que la regalaron en aquellos cuatro meses.

Persistió el olfato en el pie; cuando la dan de beber, siempre se lleva la copa al dedo gordo. Preguntada por qué no se conforma con el testimonio de los ojos, responde: «¡Cuántas sustancias pueden á simple vista parecer agua y ser ve-

nenos!» Tiene tacto, pero no siente el dolor.

En Enero de 1883 se despierta como en un estado de idiotismo, repitiendo: «¡Papá, papá! ¡Ida, Ida!» Tiene miedo de todo, en especial de ver los ojos de su madre. El 3 de Enero se nota que durante la comida no ve los alimentos, y, sin embargo, vendándola los ojos los ve; cuando su padre le tira de las trenzas no sufre dolor. Dice que es el viento quien la tira, pero no conoce á su padre, aunque pocos días después le reconoce; si éste la hablaba, respondíale ella; si la ponía las manos en los ojos, exclamaba: «Quita la mano.» A todos los demás no los veía ni oía. Cesa el olfato en la nariz y es vivo en el dedo gordo del pie, con el cual distingue un pedacito de asafétida á quince centímetros de distancia. Tacto delicadísimo, insensibilidad para el

dolor. Tiene contracturas, que cesan tocando una sortija de oro de un amigo suyo, T., pero no con ningún otro anillo.

En Febrero continúan los síncopes, la sensibilidad tactil es menos viva, pero lo es más la sensibilidad dolorífica.

Marzo. Accesos de hipnosis, que cesan con los olores; gran sensibilidad tactil; ve á T., pero no á su madre; no tiene transposición de los sentidos; predice que para el 15 andará, lo cual se confirma. Predice que el siguiente día vería á través de cuerpos opacos, pero esto no se verifica; tiene transposición de la vista al epigastrio, del olfato á los pies. Se nota que no ve ni oye á sus conocidos sino á cinco metros de distancia; pero ve los objetos inanimados, y el perro, y su magnetizadora.

Abril. Comió, según había pre-

dicho; pero no anduvo sino magnetizada, y eso que había predicho que iba á andar. Tuvo la menstruación. Durante ésta tuvo estados de sonambulismo, de hipnotismo, de magnetismo, de ensueño, de doble existencia, en cada cada uno de los cuales olvida lo que la ocurrió un minuto antes en el otro estado. Terminada aquélla, desaparecieron poco á poco todos los fenómenos.

Hubo de anómalo que hasta el 20 de Junio sólo hubo dos puntos histerógenos, en las regiones menos indicadas por los demás autores; y que la comprensión de aquéllos podía despertar, pero no calmar, el acceso. Después del 21 de Junio, ocurrió el hecho contrario, multiplicándose los puntos histerógenos en casi todas las regiones del cuerpo, punta de la nariz, lengua, rodilla, talones, manos, hasta los menos indicados; y precisamente con

el efecto opuesto, de hacer desaparecer el acceso apenas se los oprimía ella misma, quien sólo los notaba cuando estaba en lo más fuerte del paroxismo.

El hecho de surgir un histerismo grave en el período del desarrollo, especialmente de la mujer, nada tiene de nuevo, tanto más tratándose de un desarrollo tan extraordinario como éste; tampoco su curso se sale de aquella especie de huellas clásicas reveladas por Charcot, Richet, etc.; salvo que aquí, á la inversa de los casos precedentes y de los más recién observados, hubo por mucho tiempo absoluta insensibilidad para los metales y el imán en la época más grave de la enfermedad, y sensibilidad repentina para ellos en el período menos grave, ó, mejor dicho, en el nuevo estadio. Pues conviene advertir cómo en esta neurosis se desarrollaron

verdaderos estadios periódicos, en virtud de los cuales variaban por completo los síntomas del 25 al 1.º de cada mes, agravándose hacia el 25 y aliviándose el 2 del siguiente, permaneciendo luego inmutables, estereotipados, por todo el mes. Al contrario de cuanto comúnmente ocurre, aquí la letargia precedió siempre á la catalepsia, la cual se origina de la hiperexcitabilidad muscular, tan bien demostrada por Charcot, puesto que antes de producirse se ve el aumento dinamométrico (hasta de 10 á 15 kilogramos). Tampoco es un hecho de nueva observación la relativa buena nutrición, á pesar de que faltase (aunque no por completo) la introducción de alimentos por la boca; sucediendo esto, ya porque se suplía con enemas nutritivos, ya porque probablemente se absorbía alguna parte del jugo de las muchas

sustancias alimenticias que ingería y después regurgitaba.

El fenómeno más extraño continúa siendo el de la transposición de los sentidos, que repugna á la mente de un hombre de ciencia el admitir de buenas á primeras y que, sin embargo, resulta probada experimentalmente.

La primera objeción que puede hacérsenos es la demasiada novedad de la cosa. Pero están los estudios tan adelantados (especialmente en este ramo, que han llevado á su máxima perfección Charcot, Richet y Heidenhain), que semejante hecho no parece que pueda rehuirse. Y además, no es tan nuevo como al pronto se ha creído.

En el *Giornale dell' Accademia di Medicina,* 1840, contaba Carmagnola un caso muy análogo al nuestro. Tratábase de una niña de catorce años, menstruada también

desde pocos meses antes, que sufrió tos convulsiva, cefalea, delirio y sollozos al beber, espasmos, disnea y convulsiones mímicas durante las cuales cantaba. Sueño de tres días de duración, y verdaderos accesos de somnambulismo durante los cuales veía claramente con las manos, distinguía cintas y colores, y leía hasta á oscuras. Quiso mirarse al espejo, y colocando las manos delante de éste, no veía sino aquéllas; las bajaba para verse la cara, y no consiguiéndolo, poníase furiosa, pateaba el suelo y echaba á correr. Acto instintivo el primero, espontáneo, que reproduce aquél con el cual nuestra R. S. escondía el lóbulo de la oreja irritado por el dedo ó ó por el rayo de luz repentino, y que bastaría por sí solo para excluir la simulación. Nótese también que en éste, como en el caso de Petetin (y no se dirá que sean cosas descu-

biertas hoy), la aplicación del oro y de la plata calmaba los accesos maniacos y alegraba á la enferma; tanto, que durante los accesos iba ávidamente en busca de aquellos metales, y un día tocó bronce, creyéndolo oro, pero á pesar de ser completa la ilusión no sintió por eso alivio ninguno.

En verdad, los autores más recientes, que por un laudable rigorismo científico parecen negar la transposición, no niegan propiamente el fenómeno, sino tan sólo le dan una interpretación diversa. Así, Preyer explica esta segunda vista por estar semientornados y no cerrados los párpados, y por el exceso de sensibilidad que permitía á un enfermo conocer á una persona por el olor, y distinguir por el olor los guantes de los individuos de una numerosa sociedad (*Die Entdekung der Hypnot.*, Berlín, 1881).

También Berger, como antes Hasse, después de haber advertido la mayor sensibilidad tactil del hipnotizado (tanto que en el dorso del pie percibe 3 líneas de distancia con el estesiómetro en vez de 18, y los rumores que antes distinguía á 18 metros ahora los percibe á los 22, y lee en una estancia oscura lo que á la claridad no podía leer), explica por la mayor agudeza de los sentidos, fenómenos bastante análogos á nuestro caso (*Ub. das Verhal. des Sinnes in Hypnot.*, Breslau, 1881).

Pero si esto puede explicar á lo sumo la visión en un cuarto oscuro (lo cual no sucede aquí), no puede explicar la transposición en este caso, en el cual se observó absolutamente idéntica la sensibilidad tactil fuera y dentro del acceso, y la agudeza visual ofreció el mismo grado (número 7 de Jœger) en los dos estadios; y donde la percepción

visual pudo aislarse en dos puntos diversos de la piel en que es ínfima la sensibilidad tactil, y mientras los sentidos específicos fueron cuidadosamente obturados con vendas para quitar toda posibilidad de simulación; la cual queda excluida de nuestro caso, porque ella misma ignoraba su propia condición, creyendo siempre percibir por el órgano específico, sin advertir su error hasta que se lo avisaron otros; y aun así y todo, muchas veces persistía en referir al órgano específico los estímulos sufridos en el órgano transpuesto.

Si los autores más modernos no tuvieron en cuenta estos fenómenos y Hasse los llamó ilusiones, consiste en que, con una tendencia loable aunque excesiva, no querían admitirse más que los hechos científicamente explicables; pero empezóse á dar asenso á la acción del

magnetismo y á muchos de los resultados que empíricamente obtuvieron los magnetizadores (catalepsia, hipnosis, hiperestesia), los cuales son ciertísimos, no obstante, y están explicados hasta cierto punto (Heidenhain). Y aquí se puede ya destruir la otra objeción que de pronto se presenta contra nuestro extraño fenómeno: su aparición aislada en la fenomenología patológica.

En efecto, cuando en la naturaleza se presenta algún accidente que no guarde relación con ningún otro fenómeno natural, no debe dársele fe.

Pero precisamente el magnetismo, la hipnosis provocada, nos ofrecieron hace ya mucho tiempo como un primer punto de partida. Otro hito nos lo ofrecen los verdaderos somnámbulos cuando, como es sabido, ven hasta con los ojos ce-

rrados é insensibles á la luz; fenómeno sobre el cual pasamos con sobrada ligereza á la hipótesis de una mayor sensibilidad tactil; que en algunos casos falta, habiendo en ellos anestesia, y que de ningún modo bastaría para explicarnos algunos de sus actos, como por ejemplo, la lectura de un libro, lo cual no lo consiguen los ciegos (de un tacto tan perfeccionado) sino con tipos de relieve.

Y en los somnámbulos parece también que no funcionan ya los medios dióptricos. Así refiere Azam que cuando una tal C. L. estaba en somnambulismo, ya no tenía necesidad de lentes para la miopía, ni de luz para ver; que buscaba la oscuridad y enhebraba una aguja poniendo las manos debajo de la mesa, y que encontraba las cintas de colores, teniendo los párpados cerrados y los globo oculares conver-

gentes hacia abajo (*Revue scientiphique*, 1878).

Otra analogía nos la ofrece también el fenómeno recién descubierto del *transfert*.

Después, hasta cierto punto, puede explicarse el extraño fenómeno recordando aquel concepto ya antiguo, pero mejor desenvuelto por los estudios darwinistas, de que la visión es una especialización mayor del órgano del tacto, ó hasta una evolución localizada de la sensibilidad general. En efecto, en los infusorios y hasta en animales superiores á éstos (equinodermos, ciertos moluscos, etc.), aparece confundida con la sensibilidad tactil y la general, estando en éstos constituido el órgano de la vista por simples manchas desparramadas por toda la superficie del cuerpo.

Otro fenómeno aún menos acepto para los científicos es el de la lu-

cidez, que, sin embargo, aquí parece innegable; y aquí también parece haber acuerdo con lo que observaron los antiguos neurólogos Petetin, Carmagnola, Despine, etc.; y pudiera explicarse en parte diciendo que una vez fijos en la imaginación una fecha y un fenómeno dados, éstos se verifican después en realidad sólo por haber sido fantaseados. Sería una autosugestión.

Con eso se explicaría, por ejemplo, cuando predijo que apenas se levantaran de la mesa tendría el acceso; en la casa no tenían hora fija para comer, y hasta aquel día retrasaron de propósito la comida más de lo habitual.

Pero esta explicación no vale para otros casos, porque el acceso sobrevenía á la hora predicha, aunque de intento la entretenían con discursos que la interesasen y distrajesen, y no la permitieran pen-

sar en la hora. Paréceme más bien que sería una especie de aquellos estados de conciencia íntima de nuestras condiciones orgánicas que á menudo experimentan los débiles, nerviosos y moribundos cuando preveen próxima la muerte, la enfermedad ó la curación, y cuando se sugieren remedios que luego les alivian, como ella misma lo demostraba con evidencia los días en que buscaba el punto histerógeno y se lo comprimía, haciendo cesar inmediatamente el acceso; cualidad empero que no poseía sino cuando estaba con lo más fuerte de la enfermedad.

Pero ni aun así puede explicarse el fenómeno de la hora precisa, á no ser pensando en la evolución sucesiva de la neurosis en el tiempo, independiente de las circunstancias exteriores y sólo en virtud de las condiciones orgánicas, como en la

esfera de los relojes se suceden las horas en virtud de los muelles y de los engranajes; lo mismo puede suceder en el estado de lucidez llegar á ser previsto lo que está casi visto. Y entonces (como el *transfert*, como la transposición de los sentidos y como la acción de los metales) ese mismo fenómeno, tan maravilloso, que parece aproximarse casi al mundo suprasensible, sería una nueva prueba de la materialidad de lo psíquico. Sin embargo, conviene recordar que algunas veces era inexacta la adivinación, como, por ejemplo, cuando dijo que se curaría con el plomo, y se curó con el oro; cuando dijo que la electricidad le aliviaría, aunque poco, aplicada al músculo sartorio, y el día siguiente dijo que no le era útil; cuando se prescribió á sí misma dosis de zinc, que no la aliviaron, sino que promovieron náuseas; y

cuando en Abril predijo que podría andar, y no anduvo.

Por eso erró también al querer interpretar su paresia, diciendo que uno solo de los pequeños nervios periféricos estaba paralizado por la atropina, mientras que, aun dado que ésta fuese la causa, debían de estar interesados, no uno, sino muchos filetes nerviosos.

Tanto en las previsiones verdaderas como en las falsas, y como en las alucinaciones intercurrentes, influía aquella mayor actividad psíquica que ella misma confesaba tener durante el acceso somnambúlico, lo cual está muy de acuerdo con cuanto nos ha revelado Salvioli (*Archivio*, II, 417) acerca de la mayor hiperhemia cerebral que se comprueba en el somnambulismo.

De todas maneras, tanto la transposición de los sentidos como la más ó menos grande lucidez, de-

muestran que á las grandes líneas generales trazadas por Charcot y Richet les faltan aún muchos contornos, y que, como ya lo hicieron entrever las investigaciones de Tamburini, de Heidenhain y de Seppilli, muchos de los antiguos asertos acerca del histerismo y del sonambulismo, que pasaron por falsos ó absurdos, eran verdaderos, hasta el punto de justificar, sin extraviarnos para dar en lo sobrenatural, hasta las adivinaciones de las santas y de las pitonisas; pues era lógico que los antiguos supusiesen (y en esto es donde erraban) que la lucidez poseída por éstas en lo que incumbía al desarrollo de su propia neurosis, la tuvieran también para los acontecimientos que concernían á los demás.—César Lombroso.

APÉNDICE IV

Espiritismo é hipnotismo.

Estoy convencido (y por eso me he granjeado tantos odios) de que, aun cuando somos viejos de miles y miles de siglos, en comparación con la verdad somos unos pobres niños, unos pobres ciegos.

Creo que el hábito de no querer admitir aquello que ha sido admitido por otros, y no querer recapacitar cuán inexactos son nuestros modos de percibir y de sentir, es la causa de que grandes descubrimientos fenezcan adultos ó aborten antes de nacer. Por ejemplo: el empeñarse en creer que los medicamentos no puedan curar ó aliviar sino en la forma grosera con que se pre-

paran desde los tiempos prehistóricos, y en excluir todos los encontrados por la homeopatía, cuando vemos sustancias como los metales obrar sin estar disueltas ni ser ingeridas, y á veces, hasta sin ponerse en inmediato contacto con la piel, ha impedido un gran progreso de la terapéutica, ha impedido que se sustituyan con algo sólido las ruinas causadas por la justa crítica experimental.

Y lo propio decimos del hipnotismo, el cual nos manifiesta ser verdaderos tantos hechos que la gente académica negaba con excesiva obstinación. Habiéndolos visto yo, no puedo menos de admitirlos; pero la cosa es muy distinta cuando se trata de fenómenos espiritistas. Constreñido á admitir los hechos de esta clase, dudaría si se trataba de sugestión hipnótica ó de cualquier error de los sentidos; muchas anéc-

dotas recientes, hechas ya presentir por Baby en un gracioso folleto, nos demuestran que varios de los hechos alegados sólo son hábiles engañifas.

Porque, para quien se fije en ello, precisamente los maravillosos progresos del hipnotismo van todos en perjuicio del espiritismo; pues aunque está bien que sean fenómenos no comunes del sentir y del pensar, pertenecen siempre al mundo de la mecánica, de la materia.

Si una orden volitiva se transmite á distancia; si la voluntad ajena es obedecida en la sugestión, cual si emanase del propio individuo, esto prueba muy bien que, lejos de ser un fenómeno inmaterial suprasensible, como tantos pretenden, no es más que un fenómeno de movimiento.

Eramos nosotros quienes, con nuestra miopía académica, no que-

ríamos admitir ningún otro modo de ver y oir sino el admitido por los más. Y lo mismo decimos de la homeopatía, pues la terca ortodoxia es lo único que nos impide admitir la acción de las sustancias y medicamentos en un dado grado de atenuación y de trituración.

Mas aquí siempre se trata de una condición material, por más que sea diversa de lo común. Y aumentando todo eso, repito, los dominios de la materia, si hace menos probable aquella hipótesis enteramente burda y sacerdotal del espiritismo, también, por tanto, hace menos probables los fenómenos del espiritismo.

Dadme mil nuevas maneras de concebir la materia; pero, por caridad, no me hagáis concebir los espíritus de los veladores y de los sillones, en los cuales ha cesado toda vida orgánica, y, por consi-

guiente, no es probable ni tan siquiera aquella especie de vida que hay en los vegetales; y recordad que con eso volveríamos al *Totem*, al Fetiche. Con eso no progresaríamos, sino que iríamos hacia atrás. No nos falta sino un nuevo sacerdote que bautice y saque utilidades de estas nuevas supersticiones.

Dejemos, pues, á la plebe que fabrique nuevos dioses y nuevas patrañas. Harto tenemos con los vetustos, que, á pesar de todos los esfuerzos de la ciencia, nos vemos constreñidos á tolerar y respetar, aunque sólo sea por conveniencias sociales.

No niego que haya una fuerza psíquica, como hay una fuerza calorífica, eléctrica, etc.; pero, precisamente, así como los fenómenos del hipnotismo me presentan esta fuerza sometida á las leyes de la mecánica, cual todas las demás,

así también aquélla no puede dar lugar á fenómenos que sean, no sólo extraños, sino contrarios á sus leyes, como los fenómenos de la *levitación*, que son precisamente opuestos á las leyes de la *gravitación*. Y después, ¿qué relación hay entre una fuerza psíquica y (por ejemplo) una lluvia de flores, las cuales no existieran con anterioridad en una estancia, sino que se hubiesen creado por obra y gracia de la fuerza psíquica? Las corolas de las flores, para venir al mundo, no requieren una fuerza psíquica, sino un germen vegetal, un terreno y un abono y un sol que reaviven el germen, y tiempo para crecer; y todo esto no se puede improvisar en un segundo por ninguna fuerza psíquica, así fuese la de un Napoleón. Por tanto, el concepto de que tal cosa pueda ocurrir es ya un concepto morboso; y admitido esto,

llega á parecer posible cualquier idea delirante.

En un opúsculo que me prestó mi distinguido amigo el senador Bargoni leí que en una de esas sesiones espiritistas, en Milán, los espíritus no sólo hicieron nacer de improviso sobre un sofá botellas de *champagne helado* (para lo cual hubieran sido precisas una viña y una fábrica especial, amén de marcas especiales), sino (lo que es mucho más curioso) *doblones españoles*, segregados acá y allá por un *medium* (por supuesto, á oscuras). Y el autor de este opúsculo, un ingeniero bastante conocido en Milán, encontraba facilísima de explicar la cosa, porque aquel *medium* venía de una comarca andaluza rica en minas de plata. Así, pues, extraviado el ingeniero por una verdadera alucinación espiritista, se olvidaba de que para hacer doblones,

aparte de la fuerza psíquica y espiritista, y aparte de nacer en un país argentífero, necesitábanse crisoles y plata, cuños y prensa de acuñar, y, sobre todo, ¡fábricas un poco más sólidas que puedan serlo las vísceras de un pobre *medium*, por amplias y capaces que se quieran suponer!

Repito que estos misterios y algunas otras operaciones, por lo demás bien poco psíquicas (como la de ligar y desligar á un hombre), se reducen á juegos de manos que muchos prestidigitadores hacen improvisar en el teatro.

¡Oh! No se insulte á los severos estudios ha poco iniciados acerca del hipnotismo, ni los demasiado calumniados del magnetismo que van resultando cada vez más verdaderos, mezclando con ellos semejantes locuras, cuyas excusas sólo son la buena fe de algunos pocos

hombres de ingenio víctimas de ellas, y esa pasión por lo maravilloso que nos impele á buscar siempre las vías más lejanas de la verdad.

Pero hombres dignos de todo respeto, como Checchi, Verdinois y Capuana, nos objetan: «No negaréis, sin embargo, que hay individuos que escriben simultáneamente (ó á poca distancia, diremos mejor nosotros) dos composiciones diferentes que os trazan bajo el dictado de los espíritus de Tasso, de Dante, de Fray Jacopone, versos que aquéllos no eran capaces de hacer en estado normal; que V. mismo ha obtenido en estado hipnótico trabajos musicales y literarios de personas nada literatas y poco doctas en la música; y, nótese bien, en las histéricas unas lucideces que se asemejan, si no las igualan, á las profecías.»

Aquí está el punto serio de la

cuestión. Es un hecho que algunas veces parece que el hipnótico aumenta en memoria como en fuerza muscular, aunque no siempre; y, cuando esto sucede, siempre es en perjuicio de otras facultades y en el campo de las sensaciones de antiguo adquiridas; es decir, cuando á un bobo le mandáis que haga de coronel, lo hará de mala voluntad y muy mal; mas cuando á un estudiante de gran ingenio como Chiarloni le mandáis que haga de Napoleón, lo hace asombrosamente bien. Algunas veces veréis aguzarse la memoria hasta el punto de exhumar hechos que yacían inconscientes en el cerebro; como á Lesc. le bastó haber visto una vez, sin fijarse en ello, bordar á su hermana, para que hipnotizado después bordase él mismo con bastante precisión. Y en la actualidad tengo en estudio á una pobre señora, á quien la incipiente

demencia impide casi todos los actos intelectuales, y que, requerida por mí para que me leyese un impreso, no pudo hacerlo sino en parte, porque en estado de vigilia tampoco era capaz de más.

En resumen: pueden emplearse maravillosamente los materiales que se poseen, pero no se crean los materiales que no existen. Lo cual expresó muy bien nuestro Mosso en aquel artículo acerca del *hipnotismo*, que es un modelo de tentativa para reducir á forma científica un asunto rebelde todavía á las reglas del laboratorio (*Nuova Antologia*, 1886.)

Sin embargo, no niego la lucidez casi profética que puede encontrarse en algún rarísimo caso de histerismo y de hipnotismo; pero en gran parte, puedo explicármela una vez admitidas la transmisión de las ideas á distancia y la transposi-

ción de los sentidos, lo que (según he dicho más atrás) no destruye sino que corrobora la naturaleza material del pensamiento y manifiesta tener leyes muy semejantes á las de las otras fuerzas físicas.

Merced á la mayor agudeza del sentido cinético (ó llamémoslo más bien magnético), que se adquiere á expensas de la obtusidad de los otros sentidos, de la parálisis, etc., algunas histéricas pueden sentir con mayor delicadeza las condiciones de sus propias vísceras, que son inconscientes para nosotros, cuando no estamos enfermos. Pudiendo en algunos casos ver á mayor distancia, transmitir y recibir el pensamiento ajeno, muchas veces parece que han previsto lo que sólo han visto.

Esta lucidez se resuelve muchas veces en una mayor agudeza de aquella especie de instintiva con-

ciencia del propio estado, que dirige á los animales en sus emigraciones, que les hace escoger las hierbas que les convienen y rechazar las dañinas; y también, á menudo, que los moribundos fijen la postrimera hora de su vida, y que nuestras nerviosas señoritas adviertan el día y la hora en que sufrirán su proverbial jaqueca. Quizá haya alguna cosa más; se advierte mejor la evolución sucesiva de los síntomas de la propia neurosis, porque en la excitación extraordinaria del éxtasis somnambúlico adquirimos una mayor conciencia de nuestro organismo, en cuyas condiciones (como en los rodajes de un reloj) están inscritas en potencia y en germen las varias sucesiones morbosas. Pero debe advertirse (según hemos visto en el Apéndice anterior), que algunas veces las lúcidas cometen burdos errores; mas, entre tanto,

la fe que habían producido las predicciones que se realizaron, hace pasar por alto las que no se realizan.

Ahora bien ; la falibilidad de las lúcidas, no sólo les quita todo sello sobrenatural, sino que nos hace sospechar que algunas veces se comete un error estadístico, en virtud del cual sólo se anotan los pocos casos favorables á las profecías, y que nos llaman por eso más la atención, mientras se legan al olvido aquellos otros que salen fallidos.

He intentado ya explicar esta lucidez en una sola función del pensamiento, por la completa inercia de las otras, y por esa hiperhemia cerebral que, primero Gabrioli y después Tamburini, nos demostraron que existe en estos casos.

Pocos meses ha tuve en tratamiento una niña de doce años, hija de madre nerviosa y padre sordo;

la cual, enferma de meningitis, aparte de los usuales síntomas de la dolencia, demostró una extraordinaria habilidad para el dibujo, tanto que copiaba del natural los transeuntes; y, sin embargo, antes no había tenido ninguna instrucción artística.

Es muy conocido el caso de aquel virtuoso sacerdote, á quien la excesiva castidad le hizo convertirse de improviso en poeta y pintor, dotes que desaparecieron en la primera catástrofe sexual.

Además es común la observación que acerca de este propósito han hecho los alienistas, de algunas formas y algunos accesos de locura que hacen volverse escritores y artistas á hombres reducidos por la enfermedad antes á la condición de analfabetas, y aun peor.

P., un maniático de Pésaro, en cada acceso de exaltación (que le

duraba seis meses todos los años), volvíase dibujante; su mano corría velocísima por las paredes, trazando volutas y arabescos elegantísimos. Un canónigo, que no tenía ningún conocimiento en arquitectura, después de atacarle una lipemanía, se puso á construir con cartón y papel en pasta templos y anfiteatros de una grandiosidad y una armonía tales que causaban general admiración, según me escribió Adriani.

No se necesita ningún *medium* para explicar todo esto; basta la hiperhemia, la excitación de las células cerebrales; hiperhemia que, por lo demás, acaece siempre durante las concepciones del genio, y por eso no sólo son involuntarias, sino que parecen como dictadas por otro (véase *Genio y locura*, 4.ª edición).

Es probable que alguna cosa parecida suceda cuando un niño ignorante escribe buenos versos, etc.,

en el estado que llaman *mediumnímico*. Pero que la vivacidad momentánea provocada por el histerismo, el hipnotismo ó el espiritismo no llega hasta los límites del genio sino por brevísimo tiempo, me lo demuestra la vacuidad ó la escasez de esos trabajos. Exceptuando algunas páginas bellísimas de nuestro Capuana (*Spiritismo?* Catania, 1885), no veo que los Dante, los Tasso, los Cicerón, evocados tan á menudo por nuestros espiritistas, hayan dictado obras que logren hallar un editor de buena voluntad; y aun cuando lo encontrasen, para desventura de él (debe de existir por alguna parte un poemón de *Tasso redivivo)*, no consiguen, sin embargo, atrapar un lector de buena pasta.—CÉSAR LOMBROSO.

APÉNDICE V

Acerca de la prohibición de los espectáculos hipnóticos.

Hace poco tiempo que Morselli publicó acerca del hipnotismo un tratado admirablemente claro y popular, verdaderamente superior á cuantos circulaban entre nosotros, y quizá fuera (1).

Un sólo defecto he hallado en él: el de dar gran importancia á un hombre que sólo era un aventurero, con rara habilidad en la técnica y para crearse (como todos los charlatanes) muchos admiradores, unos espontáneos, otros interesados.

Además, exageróse su gran habilidad técnica, porque se creyó que

(1) Morselli: *Il magnetismo animale e la fascinazione*, etc. Turín, Roux y Favale, 1886.

de verdad obtenía aquellos resultados *á la primera;* pero ignoraban que la mayor parte de los sujetos habían sido antes elegidos entre muchos y educados con una serie de pruebas en otros sitios.

Y cuando (en Roma) se trató de improvisar de veras, no le resultó.

Donde no estoy de acuerdo con él de ningún modo es en la oposición, valiente y leal, pero exagerada, que hace á las medidas preventivas adoptadas por toda Europa contra los espectáculos públicos de hipnotismo. En verdad que no veo la causa de tanto fervor. No comprendo cómo haya quien por eso pueda creer en peligro los sagrados principios de la libertad, que acepto en el campo del pensamiento y de la política, mas no apruebo que puedan extenderse al del crimen, donde (como en la venta de las sustancias venenosas) los más liberales tienen que admitir

que precaver es mucho mejor que castigar. Así también, si se hizo una captación testamentaria, ó se estupró á una mujer, ó (lo que es peor) se obligó á un hombre honrado á cometer un crimen, de poco servirá el castigo, y tarde ó nunca podrá aplicarse; mientras que con la prohibición impedimos esos graves males, que él mismo no niega (1). No veo, por tanto, qué daños pueda traer esto.

Admitido (lo que es muy verdad, y en vano he intentado hacer prevalecer en el Consejo Sanitario) que

---

(1) El negar (como lo hace) que sea morboso el hipnotismo, producido artificialmente por breves momentos y otras veces espontáneo, como síntoma claramente patológico del histerismo, porque no tiene todos los caracteres ortodoxamente nosográficos de una enfermedad, es como decir que la embriaguez ó la eterización no son una breve enfermedad por intoxicación; y tanto más, cuanto que admite que la acción de la sugestión persiste en algunos después del sueño artificial.

el hipnotismo puede provocarse en personas perfectamente sanas, y admitido también (lo cual sólo es verdad en parte) que en éstas no tenga muchos inconvenientes el hipnotismo, todo el daño hecho á la libertad se reduce á alguna diversión de menos para unos cuantos miles de desocupados, y algún fuerte lucro de que se priva á un hábil charlatán.

¡Oh! ¿Dónde está el mal?

Pero añade: «Sin esos que hacen tocar al público con la mano aquellos fenómenos que sólo conocen los hombres de ciencia en sus laboratorios, no se hubieran popularizado los conocimientos acerca del hipnotismo.» Lo admito; pero también hallo en esto un perjuicio demasiado grave. Las verdades triunfan de todas maneras. Viceversa: el ejemplo de Mesmer, de Puysegur y de Hansen demuestra que si los

científicos continuaron igualmente en estos estudios, el público se entusiasmaba ó se interesaba por ellos algún tiempo, para recaer después en la incredulidad y en la apatía de antes.

En cuanto á los académicos, lo mismo se ríen de los unos que de los otros; y continuarán riéndose aún, salvo (como hicieron con Darwin) decir luego que ellos jamás han negado nada.

Pero él mismo se alista entre los académicos, cuando con tanto calor niega la transposición de los sentidos, la acción de los remedios á distancia, acción en la cual se excluye la sugestión por él supuesta (experimentando con papeles sumergidos en soluciones cuya naturaleza ignoraba el experimentador Richer), y poniendo en duda la transmisión del pensamiento á distancia.

De todas maneras, no puedo de-

jar de elogiar la admirable templanza con que procede en la parte crítica, ¡ay!, bien diversa de la de aquel miserable anónimo (médico, para vergüenza nuestra), que escondía sus mordeduras tras de las espaldas del poco respetable caballero de industria extranjero.—CÉSAR LOMBROSO.

NUEVOS ESTUDIOS

ACERCA DE

EL HIPNOTISMO Y LA CREDULIDAD

I

No pocas cuestiones acerca del hipnotismo que parecían agotadas vuelven á ponerse á flote; y consiste en que muchos observadores, aun concienzudos, no admiten ni los hechos más evidentes si les parece que están en contradicción con las leyes admitidas en el mundo científico; ó bien, cuando en los pocos casos por ellos observados no hubieron de contradecirlas, como si

nada más que con estos se constituyeran solas las leyes.

Y, sin embargo, al paso que hasta ahora no es medible la sensibilidad hipnótica como otras muchas sensibilidades, en cambio es la más variable, la más inconstante, la más diferentemente distribuida. Por consiguiente, ¿por qué asombrarse si aquello que se encuentra en un sujeto puede no encontrarse en otro, y á veces ni aun en el mismo en otras ocasiones?

Convencidos de que sólo aumentando el número de las observaciones y mejorando los métodos experimentales, es posible reconocer la verdadera naturaleza de estos fenómenos hipnóticos, intentamos á este propósito nuevos estudios, que aquí exponemos.

II

Métodos de estudio.

Tres cosas nos propusimos con nuestros experimentos: poner en claro los fenómenos de la polarización y de la dispolarización; estudiar la naturaleza de la imagen alucinatoria; y, por último, investigar la frecuencia del fenómeno de la credulidad.

Nos valimos para nuestros estudios de once individuos hipnotizables y treinta y dos no hipnotizables.

Para los experimentos acerca de la polarización empleamos un fuerte imán, que se aproximaba ó se ponía en contacto sin que el sujeto pudiera verlo; casi siempre repetimos con el dedo ó cualquier otro cuerpo más ó menos indiferente al experi-

mento hecho con el imán. Hiciéronse las experiencias con individuos en estado hipnótico y en estado no hipnótico. Se observó el influjo del imán sobre las imágenes reales, ilusiones y alucinaciones ópticas, ilusiones y alucinaciones sápidas, alucinaciones psico-sensoriales y hasta puramente psíquicas. Cuando se obtenía un cambio en sentido opuesto se lograba la polarización; si el cambio era en sentido diferente, teníase la dispolarización, según el nombre dado al fenómeno por uno de nosotros. (Lombroso: *Archiv. Psich.*, 1887).

Las experiencias se repitieron en varias épocas; y no sólo por nosotros, sino por personas enteramente legas en la materia y estando ausentes nosotros.

Nos hemos puesto en guardia contra cualquiera simulación, y hemos anulado todas las experiencias

en que podía dudarse acerca de la sinceridad del sujeto.

Para estudiar la naturaleza de la imagen alucinatoria, repetimos antes los experimentos hechos ya por Feré, Binet, Reymond y Bernheim con las lentes: usamos lentes bicóncavas y lentes biconvexas de diversa fuerza refringente, adaptándolas de los modos más variados y sin que lo supiese el sujeto; para contraprueba usamos vidrios planos y hasta dos lentes de igual grado, pero de opuesta fuerza refringente.

La imagen alucinatoria se localizaba sobre una hoja de papel blanco, sin mancha ninguna perceptible; otras veces sobre un fondo perfectamente negro, y algunas en el espacio.

Haciendo precisar bien el sitio en que la imagen era vista por el mismo sujeto, se empleaban unas tras otras las lentes de un modo

aproximado á su distancia focal.

Pero (además de este método, tan conocido ya) para reconocer siempre mejor la naturaleza de la imagen alucinatoria, esto es, su modo de conducirse con los medios ópticos, y asegurarnos contra cualquiera falsa interpretación, nos aprovechamos de la propiedad que tienen los vidrios de color, no monocromos, de detener ciertos rayos coloreados del espectro solar, y, por consiguiente, de modificar la imagen del mismo espectro.

Si observamos la imagen del espectro aplicando al extremo anterior de un espectroscopio común un vidrio de color, vemos la mayor parte de su extensión ocupada por el mismo color del vidrio, y además se ven modificados todos ó algunos de los restantes colores del espectro según el que tuviere el vidrio. Entonces hacíamos observar el espec-

troscopio directamente á nuestros sujetos para que conociesen la imagen espectral; después aplicábamos al extremo anterior del instrumento una hoja de papel de cartas ó un vidrio incoloro, sugiriendo la idea de que era un vidrio de un color dado. Entonces, si la imagen alucinatoria, que en tal experiencia era el vidrio de color, funcionaba como una imagen real, debía modificar en el mismo sentido la imagen del espectro.

La primera vez que intentamos estos experimentos estábamos muy lejos de esperar el resultado que obtuvimos, según se verá. Y conviene advertir esto porque, en tal género de experiencias, hay muchos que en seguida suponen con harta facilidad que el experimentador sugiere el éxito inconsciente; admitiendo así con facilidad fenómenos tales como la sugestión inconscien-

te y la transmisión del pensamiento, los cuales, si bien se piensa, serían por lo demás mucho más difíciles de explicar y mucho más variables que el hecho que se niega.

Aparte de eso, como al manifestar los colores y las modificaciones acaecidas en el espectro, teniendo que nombrar colores el sujeto podía confundirse y expresar mal las sensaciones percibidas, al ver el espectro sin ninguna interposición educábamos al sujeto haciéndole escribir las iniciales de los colores vistos, añadiendo debajo una raya demostrativa de la extensión que ocupaba cada uno de ellos en la imagen espectral. En el experimento se tenía la gran ventaja de que no era necesario hacer preguntas más ó menos sugestivas al sujeto, el cual no hacía más que escribir lo que veía; no pudo menos de sorprendernos la seguridad con que el

individuo experimentado transcribía la imagen que decía ver.

En otras experiencias, en vez de sugerir al sujeto la visión de un vidrio de color, sugerimos la del mismo espectroscopio sustituyéndolo por un tubo cualquiera: esto sólo era posible en aquellos que ya conocían la imagen espectral, pues no se puede sugerir lo que no se conoce. Por último, se hizo también el experimento sugiriendo la visión del espectroscopio y del vidrio de color (siendo conocidos ambos).

El fenómeno de la credulidad lo estudiamos en individuos á quienes en vano habíamos sometido á prácticas hipnóticas, ó antes de someterlos á ellas; á ser posible, en ambientes tranquilos; mandando al paciente de pronto y con energía ver sobre un fondo blanco un objeto dado, que pudiese interesarle visiblemente.

III

Experiencias.

Primer caso. Bautista Macchia, de cincuenta y seis años, sastre.

Es braquicéfalo, con ateroma avanzado; un poco de tic muscular en la cara; reflejos un poco exagerados; sensibilidad cutánea exquisita. Este sujeto es hipnotizable con facilidad máxima, con una simple mirada, con una simple orden. Cuando se le hace dormir, en seguida cae en estado cataléptico y después en estado somnambúlico, apareciendo antes un intenso enrojecimiento en la cara. Excelentemente sugerible en estado hipnótico, lo es también en estado de vigilia; y, lo que importa más, es de una gran sinceridad.

Hace muchos años, habiendo hecho concebir celos á su mujer propia, acerca de relaciones más ó menos íntimas con una vecina, fué maltratado por aquélla con tanta violencia que, de resultas de eso, tuvo una verdadera enfermedad mental con fáciles ilusiones y con una especie de ginofobia, en virtud de la cual sólo con que viese á una mujer paralizábase hasta el punto de caerse al suelo y quedar incapacitado para el trabajo todo el día.

El y su mujer imagináronse, por ejemplo, que monjas y vecinas le perseguían por las calles é iglesias para tener con él relaciones carnales. Evidentemente, esto era una ilusión. Y por estos fenómenos recurrió á uno de nosotros, quien le curó temporalmente con el hipnotismo.

Hace tiempo que padece cefalalgia y raquialgia histéricas que le

dan por accesos y se alivian con el hipnotismo, si bien no se ha podido conseguir nunca otra cosa más que la desaparición temporal de los síntomas neurálgicos.

Precisamente este sujeto presentó una verdadera autosugestión en sueños. Habíale acometido una grave neuralgia; sometido á la sugestión en estado hipnótico, se curó de ella momentáneamente; pero al cabo de cuarenta y ocho horas, recidivó por la noche. Apenas se quedó adormecido soñó ver al hipnotizador que, según costumbre, le sugería que se curaría, é inmediatamente se curó. La curación duró como si se le hubiera sugerido estando en estado de vigilia.

Pero presenta otros fenómenos mucho más interesantes. Tiene alucinaciones espontáneas estando despierto. Vive con una mujer bastante inteligente, pero la cual cree cie-

gamente en las ilusiones acusadas por el marido, y es, como veremos, uno de los mejores ejemplos de la credulidad. A ella, como á nosotros, comunica Macchia las alucinaciones que tiene, y habla de ellas como de la cosa más cierta.

Nos refiere que, habiendo llevado hace mucho tiempo una lápida al sepulcro de su propia madre, vió á ésta salir como viva de la tumba y dirigirle algunas palabras. Otra vez, más reciente, estaba solo en casa, cuando vinieron á verle su suegra y un tío, ya difuntos; dice muchas particularidades acerca de estos espíritus, como los llama él, acerca de su manera de vestir y sus palabras. Ultimamente se le apareció su suegro, de lo cual hizo gran caso y también la mujer, pues aun cuando ella no había visto nada, cree en ello á pies juntillos; tanto, que ella misma lo contaba con plena convic-

ción, acompañada de un sentimienmiento de asombro y de miedo. Estas alucinaciones van precedidas de una gran cefalea siempre; Macchia no se preocupa de ello, antes al contrario, lo refiere con gran sencillez, no ocultándonos su satisfacción interior.

También presentan ambos una curiosísima ilusión. Poseen una pequeña, pero bonita, oleografía de la Virgen, con ojos azules. Cuando la mira él un poco, ve moverse los ojos de la Virgen; y después ve destacarse y moverse la imagen entera, y algunas veces la oye hablar; y con tal evidencia afirma su propia impresión, que logró transmitirla á su mujer y á cuatro vecinos, dos de ellos ex-marineros, quienes también han visto á la imagen mover los ojos alrededor.

Habiendo expuesto en cátedra este caso é intentado la experiencia, en

setenta y seis estudiantes, encontramos uno que presentó el mismo fenómeno y declaró ver moverse los ojos de la Virgen, por más de estar seguro de que esto era una ilusión.

Digamos ahora los resultados de muchas observaciones hechas en diversos tiempos, acerca de este singular sujeto.

CREDULIDAD

En estado de vigilia, se le manda á Macchia que vea en un papel blanco la imagen de una cruz; la ve al cabo de pocos minutos.

Se le manda ver un retrato de hombre, y llega á verlo. El sujeto describe con las particularidades más minuciosas la vestimenta de la imagen vista.

Se le manda ver el retrato de su mujer; le ve poco después, pero más

pronto que las otras imágenes, tratándose de un objeto que en él produce mayor interés. Y advirtamos aquí que en Macchia, entre el momento en que se le manda ver la imagen y el momento de verla, transcurre más tiempo del que vimos en los otros sujetos. Espontáneamente nos aseguraba que al principio se le aparece una imagen confusa, la cual después se va haciendo poco á poco más precisa, hasta el punto de reconocerla, y también desaparece lentamente. Esto nos explica algunos resultados contradictorios en apariencia, en especial obtenidos en algunos experimentos que se sucedieron con demasiada rapidez; contradicciones debidas á la confusión de la imagen precedente, no desaparecida aún por completo, con la última imagen impuesta.

POLARIZACION

A). Alucinaciones psico-sensoriales.

Observación 1.ª—En estado de vigilia, se manda ver en una hoja de papel en blanco un ángel con alas verdes; apenas aparece esta imagen, se aplica un fuerte imán al occipucio, y la imagen se transforma en un diablo con alas rojas.

Obs. 2.ª—Se le manda ver una fotografía de mujer; poco después de aplicar el imán, se transforma aquélla en hombre.

Obs. 3.ª—Se le hace ver una fotografía de hombre; después de aplicar el imán, se transforma aquélla en mujer.

Obs. 4.ª—Se le hace ver una Virgen rubia con vestido rojo, en un estuche de papel de cartas; después de aplicar el imán, la imagen se transforma en un diablo, pero tam-

bién vestido de rojo. Adviértese aquí cómo polarizan con mucha más facilidad las alucinaciones psíquicas que las ópticas, pues ha cambiado la persona, pero no el color.

Obs. 5.ª—Se hipnotiza al individuo, quien al instante pasa al estado somnambúlico; se le sugiere ver la imagen de la Virgen, y aplicando el imán la sustituye la imagen del diablo.

Obs. 6.ª—Se le sugiere ver un diablo; después de aplicar el imán, se transforma en un ángel, que luego va desapareciendo espontáneamente. Habiendo hecho la experiencia con una caja de papel de cartas, se toman otras tres cajas idénticas y sin contraseña ninguna, y se le invita á que busque la caja en que aún hubiese huellas de la imagen sugerida; á la primera prueba, elige otra; á la segunda, reconoce al punto la verdadera.

Obs. 7.ª—Hipnotizado, se le sugiere ver una mujer hermosa; ésta, después de aplicar el imán, se trueca en un hombre feo.

Obs. 8.ª—Se le sugiere que vea á su mujer; la ve, pero tal imagen no sufre ningún cambio con el imán. Esto es, ante todo, una prueba más de la sinceridad del experimentado; por otra parte, podíamos muy bien explicarnos el ningún cambio advertido en esta observación, tratándose de una imagen harto ligada á su mente por vínculos de afecto, para que pudiera sentir la influencia de una excitación mucho menos intensa. Como se ve en este caso y encontraremos en los que le siguen, sea en estado de vigilia, ó sea en el estado de sueño, la influencia hipnótica no destruye las pasiones predominantes en el sujeto; antes bien, éstas son quienes ejercen influjo sobre los fenómenos hipnóticos. Así

como la credulidad se manifiesta más evidente si se trata de asuntos, digámoslo así, que apasionan al individuo estudiado; así también el fenómeno de la polarización y el de la dispolarización, que comprobaremos más tarde, en tales casos ceden por completo ante la resistencia inconsciente que opone el mismo individuo.

Obs. 9.ª—En estado somnambúlico, se le manda ver una Virgen en un estuche de papel de cartas; esta vez, en lugar de aplicarle el imán, se le ponen dos dedos en la nuca: no sobreviene ningún cambio.

Obs. 10.—Persistiendo la imagen precedente, se toca con un pedazo de cobre y después con un pedazo de zinc, pero siempre inútilmente: la imagen sugerida no cambia, sino que desaparece con lentitud.

Siguen otras ocho observaciones idénticas á las anteriores, en las

cuales comprobamos la constante polarización de las alucinaciones psicosensoriales, sólo con el imán, y que por brevedad no exponemos.

B). Alucinaciones puramente psíquicas, que reflejan en especial el estado emocional.

Observación 1.ª — Hipnotizado Macchia, se le da una mala noticia y se entristece muchísimo: se le aplica el imán en la nuca, y se alegra en seguida.

Obs. 2.ª—Oye una pieza musical alegre, y se alegra; se le aplica el imán y dice oir tocar una marcha fúnebre; se le quita el imán, y la pieza vuelve á ser alegre.

Obs. 3.ª—Se repite el mismo experimento apoyando la mano en la nuca y en el bregma: obtiénese el mismo resultado.

Obs. 4.ª—Se hace contraer mecánicamente el músculo risorio de

Santorini, y surgen ideas alegres: se aplica el imán, y se vuelven tristes.

Obs. 5.ª — Poniendo tenso el músculo superciliar, se determinan ideas tristes: se aplica el imán, y se vuelven alegres.

Siguen otras cinco observaciones, con los mismos resultados.

C). Ilusiones y alucinaciones sensoriales

a). Alucinaciones ópticas.

Obs. 1.ª á 5.ª—Hipnotizado, se le manda ver una cruz verde; después de aplicar el imán, se vuelve roja. Repítese cinco veces este experimento, con el mismo resultado, en diversos tiempos.

Obs. 6.ª—Se hace ver una cruz amarilla; con el imán la ve blanca.

Obs. 7.ª—Se hace ver una cruz azul; con el imán se vuelve roja.

Obs. 8.ª—Se le hace ver un ves-

tido negro; después de aplicar el imán, se vuelve azul.

Osb. 9.ª—Se sugiere la imagen de una oca: tocando con las manos el occipucio, se vuelve más oscura; aplicando el imán, se vuelve roja; soplando el rojo, se pone más oscuro.

Obs. 10.—Tocando con el dedo el occipucio, una cruz azul se vuelve roja.

Obs. 11 á 21.—En diez observaciones hechas mucho tiempo después en estado de vigilia, tras la aplicación del imán, el color sugerido se hace más intenso nueve veces; este resultado se consigue también sin más que aproximar mucho el imán.

Obs. 22 á 25.—En otro día, se hacen otras cuatro pruebas con el imán; continúase obteniendo un aumento de intensidad del color sugerido.

b). Sensaciones, ilusiones y alucinaciones sápidas.

Observación 1.ª—En estado hipnótico, se hace beber agua: aplicando el imán, se vuelve ácida.

Obs. 2.ª—Se hace beber agua azucarada: con el imán sabe ácida y amarga.

Obs. 3.ª—Se da una disolución de bicarbonato de sosa: con el imán, se vuelve ácida.

Obs. 4.ª—Una disolución de azúcar se hace ácida, por diez veces, aplicando el imán.

Obs. 5.ª—Muchos meses después, en estado hipnótico, se le hace beber agua y le sabe á lo que es; se aplica el imán, y dice que se ha convertido en vino.

Obs. 6.ª—Se finge echar azúcar en agua y la encuentra dulce; se aplica el imán, y la encuentra más

dulce; se quita el imán, y le sabe á agua sola.

Obs. 7.ª—Se le sugiere que beba ponche (es agua sola): se aplica el imán, y el ponche se pone más caliente; continúa la aplicación, se pone calientísimo; se añade agua y está tan caliente que abrasa, y ya no lo puede beber.

Por nueve veces en diversas épocas se obtiene el mismo resultado: aplicando el imán, en vez de cambiar la sensación, aumenta de intensidad.

No se consigue provocar en Macchia ninguna alucinación acústica. Por ejemplo, ve la imagen de la Virgen si se le manda verla, y hasta ve que mueve los ojos; pero no percibe que hable, y no oye ninguna voz aunque se insista.

CAMBIO Y SUPERPOSICION DE LA PERSONALIDAD

a). Se le sugiere ser fraile y lo cree; escribe algunas líneas al superior. Despierto, lo recuerda en parte.

b). Se le pone un peine entre los cabellos, y se vuelve mujer; una aguja á la izquierda, y se vuelve sastre; y, por consiguiente, es la mitad hombre y la otra mitad mujer. La transmutación de los objetos trae consigo la de los sexos.

c). Poniéndole una plegadera en la mano izquierda, empuñándola, y se cree transformado en oficial. Poniéndole una espada al costado derecho, se cree general. Se le pone una pluma en la oreja izquierda, y se cree empleado de la prefectura. Poniéndole un abanico de mujer en el ojal del vestido, dice que

es la mujer del general. Teniendo al mismo tiempo puestos todos esos objetos, conserva Macchia á la vez las cinco personalidades correspondientes con diversos nombres, y pueden ponerse en comunicación entre sí. Quitándole uno por uno los objetos, pierde una por una las cinco personalidades que asumió.

MODO DE CONDUCIRSE LA IMAGEN ALUCINATORIA CON LOS MEDIOS FÍSICOS (ÓPTICOS)

A). **Uso de las lentes.**

Advirtamos lo primero que Macchia tiene una manifiesta hipermetropia de ocho segundos, con astenopia de la acomodación; por eso, no puede ver las experiencias que se hacen sin sus anteojos de + 10″ en ambos ojos.

OBSERVACIÓN 1.ª—Se sugiere, con buen éxito, que vea una crucecita

roja de dimensiones conocidas sobre fondo blanco; se le hace señalar con el dedo el punto preciso donde ve la imagen sugerida; ponemos encima de ese punto, á la distancia focal, una lente de + 3″; la cruz se agranda.

Obs. 2.ª—En las mismas condiciones, variando sólo la distancia focal, aplicada una lente de + 2″, la imagen se agranda más.

Obs. 3.ª—Aplicamos una lente de + 6″ y aparece al Macchia más pequeña que antes la imagen, pero más grande que sin lente.

Obs. 4.ª—Aplicamos una lente indiferente (cristal plano): la imagen es aún un poco mayor que sin lente.

Obs. 5.ª—Aplicamos una lente de — 3″: la imagen se achica mucho.

Se hacen en diversas épocas otros catorce experimentos, equivocándose siete veces; advirtamos que el error siempre es en el sentido de la

última experiencia, las cuales se hicieron con suma rapidez; en seguida recordamos que, como presenta una fuerte astenopia de la acomodación, desaparecían muy lentamente en él las imágenes sugeridas.

B). Uso del espectroscopio.

OBSERVACIÓN 1.ª—Antes de proceder á la experimentación, hicimos que Macchia observase con el espectroscopio (pequeño y de luz directa) contra la luz difusa, estando él despierto por completo. Después le hicimos que reprodujese con la pluma en una hoja de papel el esquema de la imagen del espectro tal como la veía, indicando con una raya, con las iniciales encima, las dimensiones del espacio realmente ocupado por cada color en dicho espectro. Por el escrito resultante (a v r) dedujimos que los co-

lores fueron vistos según esta serie: azul, verde, rojo; el color verde es el que ocupa mayor espacio en el espectro.

En seguida hipnotizamos al individuo, y en estado somnambúlico le hicimos ver directamente el espectro solar: se obtuvo una figura correspondiente á la hecha en estado de vigilia. En seguida se puso delante del espectroscopio una hoja de papel blanco, sugiriéndole que era un vidrio rojo: Macchia trazó una figura en que aparecían los colores rojo y verde, y un poco de azul oscuro, ocupando el rojo la mayor parte del espectro (a v r).

Obs. 2.ª—Pusimos una hoja de papel blanco, sugiriendo que era un vidrio verde; y, según la figura hecha por Macchia, no vió más que los colores rojo y verde, ocupando éste el mayor espacio (r v).

Obs. 3.ª—Pusimos la acostum-

brada hoja de papel blanco, sugiriendo que era un vidrio azul: entonces el individuo no vió más que el rojo y el azul, ocupando el azul la mayor parte de la imagen espectral (a ___ r).

Obs. 4.ª—En otra serie de experiencias, en vez de sugerir el vidrio de color, usamos en realidad vidrios coloreados; pero el espectroscopio era sugerido, haciendo sus veces un tubo cerrado. Cuando se le invitó á Macchia á observar con el fingido espectroscopio sin interponer ningún vidrio de color, vió y dibujó la imagen del espectro como si en realidad se hubiera valido de un espectroscopio real (a ___ v ___ r). Y cuando en otras cuatro observaciones aplicamos los vidrios de colores delante del tubo, supuesto como espectroscopio, el sujeto vió y dibujó de modo aproximado las imágenes espectrales correspon-

dientes á las antes vistas con espectroscopio verdadero y vidrios sugeridos.

Esto es, cuando se aplicó el vidrio verde el individuo vió sólo una banda roja y una gran parte verde; cuando se aplicó el vidrio azul vió también una banda roja y todo el resto del esquema espectroscópico estaba ocupado por el azul.

Obs. 5.ª—Por último, sugerimos á la vez el empleo de los vidrios coloreados y del espectroscopio. Con los tres colores usados obtuvimos idénticos resultados que los obtenidos antes con excitaciones reales, esto es, las dos alucinaciones ópticas influyeron una sobre otra del mismo modo que si hubieran sido medios ópticos reales los usados.

Resumiendo: provocamos en Macchia 25 veces alucinaciones ópticas, las cuales polarizaron con el imán 5 veces, y en las restantes

hubo dispolarización; provocamos 16 alucinaciones sápidas, que se polarizaron 2 veces con el imán; en 15 alucinaciones psico-sensoriales hubo 12 veces polarización con el imán y 2 veces sin él por medio de otro excitante mecánico; en 10 alucinaciones psíquicas (emociones) hubo siempre polarización con el imán y algunas veces (3) con ótros excitantes mecánicos.

Después, acerca del modo de conducirse con los medios refringentes las alucinaciones ópticas sugeridas, comprobamos que de 19 veces las lentes modificaron con arreglo á las leyes ópticas 11 veces la imagen sugerida; y, por último, que el espectroscopio dió resultados positivos en todas las 10 observaciones hechas.

También fué notable en Macchia la fácil superposición de personalidades.

Visión á distancia.—Un día, habiéndosele extraviado á uno de nosotros un manuscrito alemán, preguntó á Macchia si sabía dónde encontrarlo. Sin vacilar, indicó al instante el cajón del escritorio, donde se había buscado ya antes en vano y donde se había puesto con anterioridad á la llegada de Macchia. Creyendo que sería pura casualidad, le preguntamos acerca de algunas particularidades del manuscrito, las cuales supo indicar de un modo exacto. Pero habiéndose repetido 30 veces el mismo experimento, erró siempre. Por tanto, si hubiese habido verdadera lucidez, hubiera desaparecido menos pronto.

Segundo caso. Ambrosio, de veinticuatro años. Estado general, bueno. Sensibilidad general y táctil, normales. Había sido ya hipnotizado por otros.

POLARIZACION

A). Sensaciones psíquicas, ilusiones y alucinaciones psico-sensoriales.

Observación 1.ª—En estado de vigilia se le hace ver una fotografía de bandidos: comprimiendo el bregma se hace más turbia; con el imán es casi invisible la fotografía.

Obs. 2.ª—Se le hace ver por sugestión, en estado de vigilia, una oca en fondo blanco: desaparece aplicando el imán á la nuca.

Obs. 3.ª—En estado hipnótico incipiente se le enseña el retrato fotográfico de un bandido: se aplica el imán y cambia la fisonomía del bandido, quedándose imberbe y con rostro femenino.

Obs. 4.ª—En estado hipnótico se hace ver el retrato de una mujer desnuda: no sobreviene ningún cambio con el imán.

B). **Alucinaciones psíquicas.**

Observación 1.ª—En estado hipnótico se le pone en la mano un revólver al sujeto: por sugestión afirma poco después que es un malhechor; se aplica el imán y se convierte en un hombre honrado, y el revólver no es más que un instrumento de trabajo.

Obs. 2.ª—En estado hipnótico se pone en una mano de Ambrosio un revólver y en la otra un ovillo de lana: después de la sugestión, del lado donde empuña el revólver, dice que es Gasparone, y del lado en que tiene el ovillo de lana, dice que es mujer; se aplica el imán al occipucio por el lado donde era bandido, y se convierte en un sencillo aldeano; por el lado donde era mujer, y se convierte en hombre.

C). Sensaciones é ilusiones específicas.

a). **Opticas.**

Observación 1.ª—En estado de vigilia se le presenta un objeto de color de rosa: tocándole en el bregma se convierte en rojo vivo.

Obs. 2.ª—Estando despierto se le enseña un objeto rojo: se aplica el imán en la nuca, y se vuelve blanco.

b). **Sápidas.**

Observación 1.ª—Estando hipnotizado, se le sugiere que una copa de agua es vino de Barolo: lo ve rojo y le sabe bien. Se aplica el imán, y se vuelve amargo; se le quita el imán, y vuelve á ser vino pero ácido.

Obs. 2.ª—Estando despierto, se le hace probar agua azucarada; se aplica el imán, y adquiere sabor ácido.

OBS. 3.ª—Una sustancia amarga en estado de vigilia, después de aplicar el imán sabe dulce como el chocolate.

Vemos, pues, que de cuatro alucinaciones psíquicas sensoriales, una sola polarizó, y las otras dieron signos manifiestos de dispolarización con el imán y hasta con otros medios mecánicos; en dos alucinaciones psíquicas hubo marcada polarización; las cuatro ilusiones ópticas dispolarizaron siempre, y las tres ilusiones sápidas polarizaron dos veces. La acción del imán es más cierta, pero no exclusiva.

Tercer caso. R., de treinta y cuatro años, empleado. Sensibilísimo á la hipnosis. Había sido ya objeto de largas prácticas hipnóticas con otros, los cuales abusaron de él.

POLARIZACION

A). Sensaciones psíquicas, ilusiones y alucinaciones psíquico-sensoriales.

Observación 1.ª—Hipnotizado, se le hace ver una mujer; se aplica el imán, y ésta se convierte en un hombre barbudo.

Obs. 2.ª—En estado hipnótico, se le hace ver el retrato de un esqueleto; después de aplicar el imán, conviértese en el retrato de una hermosa niña.

Obs. 3.ª—Se le hacen ver un retrato de hombre y otro de mujer; después de aplicar el imán, aparecen trocados los sexos.

Obs. 4.ª—Después de aplicar el imán, el retrato de un hombre se convierte en el de una niñita.

Obs. 5.ª—El retrato de una ninfa pompeyana se trueca en la imagen

de una mujer flaca y fea, aplicando el imán.

Obs. 6.ª—Con el imán, una espada aparece como un bastón.

B). Sensaciones, ilusiones y alucinaciones específicas.

Observación 1.ª—La música de un trozo de la *Traviata*, después de aplicar el imán, aparece al oído del hipnotizado como un wals de *Boccaccio*.

Obs. 2.ª—Un vestido negro se vuelve blanco.

Obs. 3.ª—Un delantal rojo se vuelve blanco.

Obs. 4.ª y 5.ª—El olor del narciso y de otras flores, después de aplicar el imán, se convierte en olor de amoníaco.

Obs. 6.ª—Una sustancia dulce se vuelve salada.

Obs. 7.ª—El bicarbonato de sosa, se vuelve azucarado.

En resumen: 6 ilusiones psico-sensoriales polarizaron siempre con el imán; de 7 ilusiones sensoriales, polarizaron 3, una del olfato, otra del oído y otra de la vista.

Cuarto caso. Carlos Ferrero, de treinta años, alcohólico. En estado hipnótico, se hacen las siguientes observaciones acerca de la *polarización.*

A). Sensaciones visuales.

Observación 1.ª—Se le hacer ver el color rojo; se aplica el imán al occipucio, y ve blanco.

Obs. 2.ª—Se le hace ver lana amarilla; con el imán, la ve volverse blanca.

B). Sensaciones sápidas.

Observación 1.ª—Se pone en la lengua una gota de una disolución tenue de ácido acético; en seguida

de aplicarse el imán, el ácido se vuelve amargo.

Obs. 2.ª—Una sustancia dulce se vuelve ácida con el imán.

En este sujeto vemos, pues, que las dos ilusiones ópticas y las dos sápidas dieron siempre dispolarización.

Quinto caso. A. X. No es criminal. Individuo muy sensible á la hipnosis. No presenta ninguna otra cosa notable.

La sensibilidad general con la corriente farádica es en el dorso de la mano derecha 115 (la normal es 80) y en el dorso de la mano izquierda 135; la sensibilidad para el dolor es en la derecha 35 (la normal, 32) y en la izquierda 55. La sensibilidad al dolor en la frente es 41 en el lado derecho, 48 en el izquierdo; es 35 en la lengua, la cual está ligeramente desviada á la derecha.

Hay, pues, evidente zurdismo sensitivo; confirmado por el estesiómetro, que señala 6 milímetros en el pulpejo del índice derecho y 4 en el izquierdo.

En correlación con el diverso grado de sensibilidad general, tactil y dolorosa está la sensibilidad magnética, como veremos en las siguientes experiencias:

POLARIZACIÓN (ESTADO HIPNÓTICO.)

A). Sensaciones ó ilusiones visuales.

Observaciones 1.ª á 10.—Se hace ver una cruz negra; se aplica el imán en la nuca, y se vuelve aquélla blanca; si se quita, vuélvese negra de nuevo.

Si se aplica en la nuca el polo S, la cruz se vuelve amarilla; si se aplica el polo N, se vuelve negra: se repite la aplicación del polo S y

se vuelve amarillo-rojiza, con el polo N se vuelve de un gris oscuro. Se aplica el dedo, y se vuelve roja; se sopla en la nuca, y la cruz se vuelve negra.

Si se aplica el polo S al frontal izquierdo, la cruz se vuelve amarilla; si al frontal derecho, blanca; al parietal derecho, azul; al occipital, negra; al parietal izquierdo, gris.

El polo N aplicado al frontal derecho hace ver la cruz roja; al frontal izquierdo, blanca; al parietal derecho, negra; al parietal izquierdo, roja; al occipital, blanca.

Obs. 11 á 24.—Se muestra una oca blanca, sobre una hoja de papel. Se aplican sucesivamente los polos N y S á la nuca, á los dos frontales y á los parietales; hay siempre sensaciones de colores diversos, y de preferencia, opuestos entre ambos lados.

Obs. 25.—Se hace ver un hom-

bre imaginario; después de aplicar el imán, se convierte en mujer.

B). Sensaciones é ilusiones sápidas.

Observación 1.ª—Se le hace comer un terrón de azúcar, del cual es apasionadísimo; aplicando el imán, no sufre cambio ninguno esta sensación.

Obs. 2.ª á 4.ª—Dándole á probar una sustancia salada, cambió siempre la sensación al aplicar el imán al frontal derecho y al izquierdo.

En resumen: en X. las ilusiones sensoriales y sensaciones varias (25 visuales y 4 sápidas) dieron siempre dispolarización; despliega una diversa sensibilidad magnética, y, con preferencia, de cualidades opuestas en los dos lados del cuerpo.

Sexto caso.—G. Cost., de diez y ocho años. Delincuente nato. Joven muy robusto; ladrón recidivista. Es muy sensible á la hipnosis y sugerible en estado de vigilia. Tratándose de un criminal, anduvimos con él muy cautos, pero pudimos excluir en absoluto toda simulación. Nunca había sido hipnotizado antes de ahora.

POLARIZACION

A). Alucinaciones visuales.

Obervación 1.ª—Le hicimos creer que viera una cruz verde en campo blanco, y la ve; aproximamos el imán, y desaparece aquélla.

Obs. 2.ª—Se sugiere de nuevo la cruz verde, que disminuye de intensidad cuando se acerca el imán, y desaparece poniéndolo en contacto.

Obs. 3.ª á 10.—Estas experiencias fueron hechas por un extraño, ignorante por completo de la cosa, á quien se le rogó que anotase cuanto ocurriese en el sujeto cuando, mandándole ver una cruz roja, se le aproximaba y después se le tocaba con el imán. Se obtuvieron los mismos resultados en ocho observaciones seguidas, á saber: diminución de intensidad de la imagen alucinatoria al acercar el imán; desaparición de ella al poner éste en contacto directo.

Obs. 11 á 20. — Se le hace que crea ver una manzana roja con hojas verdes; le aproxima otra persona el imán, estando nosotros en otro aposento con la atención en otras cosas. Por diez veces obtiene el efecto antes indicado; cuando el mismo experimentador aproxima el dedo al experimentado, no hay variación alguna, ni cambia la ima-

gen si le pone el dedo en contacto inmediato con la nuca. Estas observaciones de contraprueba, de buen éxito constante, fueron repetidas intercalándolas con las otras hechas con el imán.

B). Alucinaciones sápidas.

Observación 1.ª—Se le da de beber un poco de agua, haciéndole creer que es quinina; insistiendo, acaba por sentir el sabor amargo. Se aproxima el imán á la nuca, y siente disminuir el amargor; se aplica directamente y se vuelve agua (lo que es en realidad).

Obs. 2.ª—Se le hace beber simple agua, haciéndole creer que es azucarada; después de varios sorbos, siente el sabor dulce. Se hace que, estando nosotros ausentes, le acerquen otros, como de costumbre el imán á dos centímetros de la nuca, y el agua se pone menos dul-

ce; se le aplica directamente, y declara que es agua pura.

Obs. 3.ª á 10.— Se le manda beber agua endulzada (es agua pura); le acercan otros el dedo y no hay ningún cambio, y lo mismo tocándole directamente. Se repiten tales experiencias siete veces, intercalándolas con las anteriores.

Otras diez observaciones fueron hechas con idénticos resultados, en estado hipnótico completo.

C). Alucinaciones psico-sensoriales.

En *diez* observaciones variadísimas, imágenes de personas, etc., acercando el imán disminuía la intensidad; en contacto directo, hacía desaparecer la alucinación.

MODO DE CONDUCIRSE

LAS IMÁGENES ALUCINADORAS CON LOS MEDIOS (ÓPTICOS)

A). Uso de las lentes.

OBSERVACIÓN 1.ª—En estado de vigilia, se le manda ver una mosca imaginaria sobre fondo blanco. (También hicimos las mismas observaciones sobre fondo uniformemente negro.) Siempre á la distancia focal, se aplica una lente de + 3″, la cual agranda la imagen alucinatoria; se aplica una lente de — 3″ y la disminuye; se aplican las dos antedichas lentes combinadas, y la mosca queda conforme le parecía sin ninguna de ellas.

OBS. 2.ª—Sobre la misma imagen alucinatoria y siempre á la misma distancia, se aplica una lente de + 2″ que agranda mucho, y después se aplica una lente de — 3″

que empequeñece; se le aplica después una lente de — 7″, la cual á la distancia de 2 cent. no produce ninguna variación, y á la de 6 cent. comienza á empequeñecer la imagen, como lo advierte el sujeto.

OBS. 3.ª—Se le aplica una lente de + 3″, que aumenta; la lente de + 5″, que aumenta, pero menos; cambiando la distancia focal de la lente, cambia como corresponde el grandor de la imagen.

OBS. 4.ª Á 10.—En otra época, se le hace ver una cruz roja; se repiten con el mismo buen éxito los anteriores experimentos; se nota un error.

OBS. 10 Á 25. —Sigue una serie de experiencias hechas siempre en diversos días por otra persona enteramente lega y estando ausentes nosotros. Dieron siempre los mismos resultados, modificándose (excepto dos veces) la imagen alucina-

toria según las leyes ópticas al variar de lente.

B). Uso del espectroscopio.

La vista de Cost. es mucho más delicada que la de Macchia (véase el primer caso). Muchas partes coloreadas del espectro, no vistas por éste, las distinguía Cost. muy bien y con mucha precisión.

OBSERVACIÓN 1.ª—En estado hipnótico, se le hace ver en el espectroscopio; ve los colores, en el orden y en la extensión normales, rojo, amarillo, verde, azul.

Se le enseñan por separado tres vidrios de colores rojo, verde y azul, naturalmente, de luz no monocromática. Aplicamos delante del extremo anterior del espectroscopio un papel blanco, sugiriéndole que es un vidrio rojo. Entonces ve, por este orden, una larga zona roja, una banda amarilla, una banda un poco

más larga verde muy oscura una porción oscurísima que le parece, en parte, azul muy oscuro, y el resto negro todo. Así reproduce lo que ve: (n az v am r).

Obs. 2.ª—Aplicamos un papel blanco, como si fuera un vidrio verde. Entonces ve: una banda de rojo oscurísimo, otra de amarillo oscuro, una porción grande verde de color natural y una banda de azul oscuro. Hace el siguiente trazado: (az v am r).

Obs. 3.ª—Se aplica al espectroscopio un papel blanco, diciéndole como de costumbre al Cost. que es un vidrio azul. Entonces ve una banda de rojo oscuro, otra menor de amarillo oscuro, otra un poco mayor de verde oscuro y una larga porción azul. Hace el siguiente trazado: (az v am r).

Obs. 4.ª—Se le hace fijarse de nuevo en el espectroscopio sin inter-

medio ninguno, sugiriéndole *mentalmente* que no vea el color verde; sin embargo, Cost. vió y dibujó los colores del espectro sin cambio ninguno, como en la primera prueba. Y aquí podemos asegurar que estábamos muy lejos de imaginarnos los resultados obtenidos, habiendo comenzado con este sujeto tal género de observaciones. Habiéndole preguntado también si entre los diversos colores había alguna línea divisoria, respondió que los diversos colores se sucedían unos á otros sin límites marcados.

Obs. 5.ª—Le ponemos en la mano un tubo cerrado, sugiriéndole que es el espectroscopio: ve los colores, los nombra y los dibuja como antes.

Obs. 6.ª á 8.ª—Se aplican sucesivamente delante de ese tubo los tres vidrios rojo, verde y azul; y se obtienen los mismos resultados y has-

ta los mismos dibujos de las observaciones 1.ª, 2.ª y 3.ª

Obs. 9.ª á 11.—Sugerimos el espectroscopio y los vidrios á la vez, obteniendo los mismos resultados (usando un tubo cerrado y hojas de papel blanco).

Empleamos siempre las precauciones de no hacer preguntas, sino que escribiese los colores vistos y dibujase las varias modificaciones observadas. También nos alejamos, especialmente en las primeras observaciones, cuando el individuo se disponía á trazar en el papel lo que veía.

Obs. 12 á 20.—Hicimos repetir tales observaciones por personas inteligentes, pero legas en tales estudios, á las cuales hacíamos anotar el orden de las experiencias, estando nosotros ausentes y pensando en otras cosas. Siempre se obtuvieron los mismos resultados. En estos

experimentos estaba Cost. en un estado de completo automatismo; al dibujar cuanto observaba, no caía en cuenta de cuándo estaba sin tinta la pluma; concluido el dibujo que se le mandaba hacer, permanecía inmóvil con sumo gusto por mucho tiempo, sin hacer ningún movimiento por su propia iniciativa.

Imagen alucinatoria y modificación de la pupila.

Para reconocer bien el modo de conducirse la imagen alucinatoria con las funciones fisiológicas del ojo, sugerimos en un punto dado del espacio un poco distante del sujeto la imagen de una mosca: la pupila se dilata de un modo manifiesto. Sugerimos que la mosca se aproxima aún más al sujeto, y la pupila se contrae cada vez más; por último, cuando hacemos acercarse

tanto la imagen de la mosca, que corresponde á la punta de la nariz, Cost. hace de pronto ademán de cogerla, y al mismo tiempo vemos dilatarse las pupilas claramente (por haber dejado de mirar).

Este sujeto se presta muy bien á muchísimos experimentos de hipnotismo. Pasa al estado cataléptico con la mayor facilidad. Encontrándole en un patio de la cárcel mientras espera ir al trabajo, es suficiente extenderle con fuerza el brazo, ó hasta cerrarle con un poco de fuerza el puño, para que entre en catalepsia; de la cual pasa al estado de letargia general, pasándole la mano ligerísimamente por esos mismos sitios. Durante la catalepsia se le pueden dar posturas estatuarias, y durante la misma, recibe sugestiones y obra como en estado somnambúlico.

Si en el tal estado se le sugiere

que mate á una persona (que no existe) en un punto dado del aposento, recibe y ejecuta la sugestión de un modo muy verdadero; es característico el modo de empuñar el cuchillo (plegadera) para que no oscile.

Se han hecho con el mismo diversos experimentos acerca del cambio de personalidad: se han acumulado hasta doce personas en el mismo individuo, hallándose cada una de ellas personificada por un objeto especial que se le ponía.

Acción de los remedios á distancia.

Observación 1.ª—Hallándose en estado hipnótico Cost., se le pone un papelito de quinina (0,30 gramos) en la mano: al cabo de cinco minutos, acusa una sensacion de sabor amargo.

Obs. 2.ª—Se le aplica un papelito de opio (0,02 gramos): primero sien-

te calor general, después cefalea, y, por último, ganas de dormir.

Obs. 3.ª—Se ponen, siempre en la mano, dos papelitos de calomelanos: á los diez minutos aparecen dolores de vientre; á los quince aumentan los dolores, se aprieta con las manos el vientre y manifiesta necesidad de defecar. Se le deja á solas en la celda: observándole por el ventanillo, se ve á Cost. retorcerse cada vez más como si en realidad estuviese bajo la acción de un purgante enérgico. Cuando entramos en la celda, nos confiesa su urgente necesidad; se le hace que le acompañen á la letrina, y regresa sufriendo aún mucho por no haber podido evacuar.

Entonces se le ponen en la mano cuatro papelitos de opio y subnitrato de bismuto: desaparecen los dolores y acusa un sabor amargo.

Obs. 4.ª—Se quitan los papelitos

y se le pone uno con azúcar: dice que siente muchos sabores á la vez. Se le hace que se enjuague con agua la boca, y acaba por sentir dos sabores: uno dulce, predominante; el otro malo, y que no sabe determinar. Nótese que los papelitos empleados eran siempre de las mismas dimensiones.

Obs. 5.ª—Se le pone en la mano un frasquito, bien tapado, con unas gotas de nitrito de amilo: no advierte ningún olor.

Obs. 6.ª á 13.—Se repiten las observaciones, pero con método más riguroso: se preparan cuatro sobres, conteniendo cada uno de ellos un remedio especial en polvo; hacemos cerrar los sobres y que otro los contraseñe con un número; los abrimos después de hacer todas las observaciones, de que se tomó nota cada vez. Se pusieron, como antes, en la mano.

Sobre 1.° (acetato de morfina): produce sabor agridulce y buena sensación en el estómago.

Sobre 2.° (calomelanos): á los pocos minutos siente el sabor á la sal inglesa; luego sobrevienen dolores en el epigastrio y después en el vientre.

Sobre 3.° (quinina): ningún sabor particular; poco después siente dolores de vientre, borborigmos y gran necesidad de evacuar.

Sobre 4.° (subnitrato de bismuto y opio): no siente ningún sabor; aumentan los dolores de vientre; hace muchas contorsiones y dice que tiene violenta necesidad de evacuar.

Entonces se le da de nuevo el *sobre* 3.°, asegurándole que tal remedio le hará vomitar y le aliviará: á los cinco minutos comienzan las nauseas y siguen violentos esfuerzos de vómito.

Se le da el *sobre* 2.°, y mentalmente se le ordena que le calme el tubo digestivo; y asegura, por el contrario, que le han vuelto los dolores de vientre.

Se le da el *sobre* 3.°, pensando intensamente que haya de hacerle bien: nos mira á la cara, y después confiesa que se encuentra mucho mejor.

Se le da un papelito de quinina, asegurándosele que no se sabe qué efecto produce: recapacita un poco, y después dice que nota un sabor amargo.

Por consiguiente, creemos poder deducir de estos experimentos que los efectos notados, coincidan ó no con la verdadera acción de cada uno de los remedios, no deben referirse á éstos, sino á autosugestiones inconscientes.

Séptimo caso.—Ver. G., de diez y nueve años. Constitución delicada, muy sensible. Criminal: penado, recidivista, por resistencia á los agentes de la autoridad. Hasta ahora no ha sido hipnotizado nunca.

La primera vez que se le miró fijo á la cara, cayó al punto hipnotizado: pasa primero por un breve estado de catalepsia que dura poco, sigue el letargo, pasa con muchísima facilidad al estado somnambúlico, pero persiste cierta rigidez en los movimientos, y mientras dura la hipnosis, tiene marcadísima hipersecreción de lágrimas que se rebosan con abundancia del seno conjuntival, pero sin que su mirada sea la de una persona que sufre.

POLARIZACIÓN

Por el método usual, hiciéronse veinte observaciones: de diez alu-

cinaciones ópticas, el imán y hasta el dedo provocaron dos veces la polarización y seis veces la dispolarización, cambiando (por ejemplo) el color del objeto que se le hizo ver. De diez alucinaciones psíquicas (estado emocional del ánimo) el imán provocó en ocho la polarización.

EFECTO DE LOS MEDIOS OPTICOS

SOBRE LA IMAGEN ALUCINATORIA

A. Lentes.

Observación 1.ª—En estado hipnótico, se le mandó ver una cruz en fondo blanco. Aplícase luego una lente biconvexa de + 3″, y dice que disminuye; se aplica una lente bicóncava de — 5″, y dice que agranda un poco. Se obtuvieron aquí dos pruebas erróneas.

Obs. 2.ª—Se hace ver una mosca:

una lente biconvexa de + 2″ aumenta; una lente de — 4″ no produce variación; un vidrio plano no produce variación tampoco en la imagen; una lente de + 3″ agranda, y una lente de — 5″ achica la imagen.

Obs. 3.ª á 16.—Se hace ver una hormiga: una lente de — 5″ disminuye; una plana no modifica la imagen; una lente de + 3″ aumenta.

Se hacen otras 13 observaciones de este género, invirtiendo el orden del experimento; no se notaron errores.

Obs. 17 á 32.—Se repiten en diversas épocas las anteriores observaciones por persona enteramente lega en estas cosas, la cual no hacía más que aplicar materialmente á las distancias fijadas las lentes y anotar los resultados, estando ausentes nosotros. En 16 experiencias hubo un solo error.

B). Uso del espectroscopio.

Observaciones 1.ª á 4.ª—En estado hipnótico, haciéndole observar con el espectroscopio, ve los siguientes colores: rojo, verde, azul. Puesta en el extremo anterior una hoja de papel blanco sugerida como un vidrio rojo, ve el rojo ocupar gran parte del espectro, luego una banda de verde amarillento, y después otra azul un poco más larga. Se le sugiere un vidrio verde, y éste es el color más largo del espectro, con bandas casi iguales de rojo y azul. Sugiriéndole el vidrio azul, ve una tira roja, otra amarilla más estrecha, y, por último, una larga extensión ocupada por el azul.

Esto se comprende, no por sus palabras, sino por las diversas rayas que, invitado á ello, pone debajo de las iniciales de los colores vis-

tos, correspondientes á la extensión de los diversos colores.

Vidrio sugerido:
rojo.........(*az* — *v* — *r* —).

Vidrio sugerido:
verde........(*az* — *v* — *r* —).

Vidrio sugerido:
azul.........(*az* — *am* — *r* —).

Obs. 5.ª á 10.—Repetimos con los mismos resultados estas observaciones, sugiriéndole sólo el espectroscopio, y, por último, sugiriéndole á la vez el vidrio y el espectroscopio.

Obs. 11 á 15.—En ausencia nuestra, hicimos que otros repitiesen estos experimentos, y obtuviéronse los mismos resultados. Los trazos se corresponden con exactitud.

Así, pues, resumiendo: en 28 de 32 observaciones por medio de las lentes, y en todas las 10 observaciones hechas por medio del espectroscopio, aparece evidente que la

imagen alucinatoria sigue las leyes ópticas.

Entre las otras muchas investigaciones hechas con este individuo, recordaremos algunas intentadas con el propósito de apreciar el alcance de la sugestión. Cuando le sugerimos que quitase el reloj á uno de los presentes (el director de la cárcel), él, que siendo cómplice y encubridor de robos no es capaz de cometer verdaderos hurtos, ejecutó la ratería, pero de un modo muy inseguro y temblando todo. Habiéndole mandado en seguida que matara á uno de los presentes, no quería aceptar el mandato y se lo hizo repetir varias veces; y temblando como las hojas del árbol, sudoroso, con rostro espantado, aterrado, dió dos ó tres golpes grotescos con un arma inofensiva; y habiendo visto caer al otro, se reti-

ró con tanto miedo y en tal estado de sufrimiento, que fué preciso despertarle.

Esto forma contraste con el caso anterior, á quien, habiéndosele sugerido en el mismo sentido, realizó el falso crimen ordenado con toda la perfección del arte barrabasesco que, en verdad, poseía. Por el contrario, Ver. era inquieto, pero, en el fondo, de carácter bueno.

Como uno de nosotros lo ha demostrado ya, el individuo en estado hipnótico no pierde totalmente la propia personalidad; las pasiones que más le dominan se le imponen á manera de autosugestión. Así, en una sesión hipnótica, habiéndose asustado el mismo sujeto por una impresión desagradable, para verle alegre le enseñamos, con palabras lisonjeras, un retrato, diciéndole que era el de su novia. Lo vió como le decíamos; pero, contra lo que

esperábamos, se incomodó, clamó y gritó que se lo quitásemos de la vista, pues de ningún modo quería verlo. Luego supimos que recientemente había tenido una pelea con la misma.

Esto tiene importancia, desde el punto de vista médico-legal. Además, da seguridades acerca de la sinceridad del sujeto, y demuestra una vez más lo absurdo de querer interpretar siempre como efecto de sugestiones los fenómenos que se observan en aquéllos, cuando aquello que se manda puede ser muchas veces, hasta en redondo, rechazado por el hipnotizado.

Octavo caso. Josefina B., de diez y ocho años, criada de servir. De buena constitución; en su pasado no aparece que sufriera ninguna enfermedad de importancia. De po-

cos meses á esta parte padece neuralgias dentarias intercurrentes.

Cinco meses ha, sin precedentes, fué acometida por un acceso histérico con convulsiones, pérdida completa del conocimiento, insensibilidad, alucinaciones. Habiendo sido llamado uno de nosotros para calmar el acceso, recurrió á la compresión de los bulbos; Josefina pasó al momento al estado letárgico, y despertándola en seguida se encontró bien y sin recordar nada de lo acontecido.

Poco tiempo después fué dos veces acometida por intensas odontalgias, que se curaron con la sugestión hipnótica.

Entonces la hipnotizamos dos veces como objeto de estudio.

Recientemente la encontramos por casualidad; padecía de odontalgia y disponíase á usar la quinina, que no le fué mal aconsejada. Dos

horas después fuimos llamados, porque de regreso en su casa dijo que no se hallaba bien; después presentó agitación, y, por último, soltando una carcajada, siguió riéndose y charlando de un modo convulsivo, como si hablase con una compañera suya á quien poco antes debía de haberse encontrado, usando un lenguaje necio muy diferente del habitual en ella. En tal estado no conocía á los que la rodeaban, y cuando la interrogamos, por más que intentamos que nos conociese, respondía convencida de que hablaba con su compañera y que estaba en la calle. Después de una ligera compresión en los bulbos practicada por nosotros, pasó al estado letárgico; abriéndola los ojos, nos reconoció y pasó á un completo estado somnambúlico. Cuando pocos minutos después la despertamos, no recordaba ninguna cosa de lo suce-

dido desde su regreso á casa y sólo se sentía un poco cansada.

En ella, y aun antes de este último acceso, hicimos las siguientes experiencias:

MODO DE CONDUCIRSE

LA IMAGEN ALUCINATORIA CON LOS MEDIOS ÓPTICOS

A). Uso de las lentes.

OBSERVACIÓN 1.ª Á 10.—En estado hipnótico se la manda ver en fondo blanco un mosquito; se hacen pasar delante de éste, siempre á la distancia focal, lentes positivas, negativas é indiferentes, simples y combinadas. Sin error ninguno, la imagen alucinatoria se veía siempre con arreglo á las leyes ópticas, hasta cuando sobre un fondo negrísimo se hacía ver una mosca blanca.

OBS. 11 Á 20. — La señora de la Josefina repitió las anteriores

experiencias, con idéntico resultado.

B). Uso del espectroscopio.

OBSERVACIÓN 1.ª Á 20.—En estado hipnótico, haciéndola fijarse en el espectroscopio, sin interponer ningún diafragma, ve el rojo, el amarillo, el verde y el azul. Combinados sucesivamente vidrios de color sugeridos con espectroscopio real, ó vidrios reales con espectroscopio sugerido, ó sugiriendo á la vez el espectroscopio y los vidrios coloreados, la Josefina (lo mismo que todos los anteriores) ve los colores del espectro según las verdaderas variaciones que hubieran debido sufrir si los medios de observación empleados hubieran sido siempre reales; sólo se notan dos errores leves. Esto se colige de los trazados con que la misma indica las

imágenes observadas; entre tantas pruebas hechas, elijamos cuatro:

(*az* — *v* — *am* — *r*): espectroscopio simple (sin vidrios de color).

(*az* — *v* — *am* — *r*): sugerida la interposición de un vidrio *rojo*.

(*az* — *v* — *am* — *r*): sugerida la interposición de un vidrio *azul*.

(*az* — *v* — *am* — *r*): sugerida la interposición de un vidrio *verde*.

En resumen; también en este sujeto sigue la imagen alucinatoria las leyes de la óptica.

Noveno caso. Gall., de treinta y un años, sastre de Palermo.

Estuvo acusado de rapto de una joven de quien estaba apasionadísimo y que le hizo traición. Fué declarado irresponsable, á causa de su estado mental; durante su estancia en la cárcel fué atacado por una manía agudísima, con tendencias sanguinarias, coprofagia é inconsciencia, que se calmó después por

completo; era un acceso de epilepsia larvada, á que estaba sujeto, sufriendo diariamente vértigos de resultas de un traumatismo en la cabeza.

Sensibilidad eléctrica general: 45 á la derecha, 43 á la izquierda, 30 en la lengua.

Sensibilidad eléctrica dolorosa: 32 á la derecha, 33 á la izquierda, 60 en la lengua.

Estesiometría: pulpejo del índice derecho, 12^{mm}; izquierdo, 2^{mm}; lengua, 3^{mm}.

CREDULIDAD

No es hipnotizable, pero presenta el fenómeno de la credulidad, como ahora veremos.

POLARIZACIÓN

OBSERVACIÓN 1.ª Á 5.ª—En estado de credulidad, se le manda ver en un papel en blanco el retrato de su

amada: al instante la ve, con entusiasmo, y describe con minuciosas particularidades los colores del vestido de ella. Se le pone el imán en la frente; experimenta mucho ardor; aquellos colores se modifican pero no polarizan. Se le manda ver un botón azul, y lo ve; el imán lo convierte en amarillo. Se hacen otras tres observaciones, con el mismo buen éxito.

No se logra con la credulidad producir ilusiones del gusto.

Así, pues, en cinco experiencias obtuvimos siempre dispolarización de la imagen alucinatoria, producida en estado de vigilia con el fenómeno de la credulidad, en individuo no hipnotizable.

Décimo caso. Verd., de diez y ocho años, delincuente nato, epiléptico, ladrón recidivista. Siente la corriente farádica á 48 en la de-

recha, 45 á la izquierda; experimenta dolores á 5, en ambos lados.

Credulidad.—Presenta manifiesta credulidad; pero no sufre modificaciones con el imán, al cual es indiferente por completo.

Undécimo caso. P. Aimar, de cuarenta y dos años. Pesó 48 kilogramos; estatura 1^{m},43. Está en la cárcel por vagancia.

Individuo degenerado en absoluto, según los caracteres anatómicos y psíquicos. Su fisonomía es de cretino; indiferente á cuanto le rodea, lleva una vida casi animal; es lujurioso; cuando tiene que contestar á alguna pregunta, repite siempre la última palabra que se le resiste.

La sensibilidad general parecería exquisita, porque dió 70 á derecha é izquierda; pero no podemos menos de dudar acerca del valor de estas cifras, á causa de lo primitiva-

mente que expresa sus propias impresiones. Lógrase comprender que siente dolor á 30; la sensibilidad tactil no puede examinarse.

Insensible á la acción hipnótica, y, por el contrario, crédulo en grado sumo; y esto se comprende, porque sólo con dirigirle la palabra tiembla como una hoja. Según veremos, es un autómata del cual se puede hacer lo que se quiera.

En 20 observaciones se comprobó el fenómeno de la credulidad. Se le mandó ver una moneda de bronce sobre un papel blanco; la ve y hasta hace todo lo posible por cogerla, y no encontrando nada, se turba; se le dice que ya la tiene en la mano, y muy serio se la mete en el bolsillo como quien teme que se la quiten. Por tanto, obtuvimos aquí alucinaciones óptica y tactil.

Se le hace beber agua por vino; y, según se comprende por su fiso-

nomía, experimenta todas las impresiones de la mayor satisfacción y de la complacencia más grande.

No deja de tener influencia el imán sobre sus impresiones. Cuando se lo aplicamos, advertimos de pronto un gran cambio en su fisonomía; pero no pudimos hacer experimentos, pues, como verdadero cretino que es, no sabe manifestar sus sensaciones.

Con un curioso experimento probamos el alcance de la sugestibilidad suya hasta en estado de vigilia. Con mucha seriedad uno de nosotros le manda que con un cortapapeles (que le decimos ser un cuchillo, y lo tiene en la mano con cuidado por temor á cortarse) hiera á un guardia presente, el cual finge no estar advertido de nada; después de repetírsele varias veces la orden, por fin se dispone á cometer el crimen. Tiembla todo él y tiene

una cara despavorida; se dirige hacia el guardia, luego se vuelve atrás y pregunta si después le dejaremos escapar en seguida. Tranquilizado por nuestras palabras, aproxímase al guardia, hace el intento de herirle (como un verdadero hipnotizado no avezado al delito) y se detiene, sin atreverse. Es necesario repetirle la orden; por fin, coge de la mesa inmediata su sombrero y se lo pone en la cabeza para estar pronto á huir, vacila aún, hasta que da un ligero golpe al guardia y dejando caer la supuesta arma huye como un loco. Detenido por el mismo guardia, al principio niega con extraordinaria energía; y después, cuando nosotros mismos le acusamos, se echa espontáneamente de rodillas y llorando con sinceridad pide perdón, diciendo «que no lo hará más».

El pobrecillo está tan agitado,

que nos cuesta mucho trabajo calmarle; tiembla y llora de continuo, y no se tranquiliza hasta que no le vuelven á la celda.

Parécenos que éste, como otro caso estudiado antes por uno de nosotros (1), demuestra muy bien el ligero grado de responsabilidad que en medicina legal debe atribuirse á estos cretinos.

Duodécimo caso. Añadimos este caso, para demostrar el valor del hipnotismo en el procedimiento penal.

Una mujer casada, joven, que comerciaba con su cuerpo, robó el bolsillo á un cliente suyo. Apenas éste se hubo dado cuenta de ello, volvió pies atrás, pero la encontró asombrada y desdeñosa de la acusación; pero, haciendo investigaciones, la policía gubernativa en-

(1) Ottolenghi: *Un cretinoso ladro (Arch. Psich., Sc. Pen., Ant. Crim.,* 1887).

contró la suma casi intacta, escondida debajo de la chimenea. Llevada que fué á la cárcel, el espanto y la ira produjeron en ella un acceso convulsivo tan fuerte, que entre cuatro personas robustas difícilmente podían sujetarla. Habiéndose presentado uno de nosotros al cabo de algunas horas, con una simple compresión de los bulbos y la aplicación de un pequeño imán, desapareció todo vestigio de convulsiones; pero entonces advertimos una abundante hemorragia uterina que probablemente se debería á la misma causa, es decir, á la perturbación psíquica.

En efecto, después de haber visto la inutilidad de un enema rectal tibio, habiéndola hipnotizado, ordenamos por sugestión que cesase la hemorragia, y desapareció ésta por encanto, como antes las convulsiones. Y nótese que, para mayor prueba, recidivando una y otras al

cabo de dos días, se hicieron cesar con la misma maniobra hipnótica; así que las buenas Hermanas las tuvieron por medios diabólicos. Aquí era el caso de aplicar el hipnotismo á la revelación del delito; por consiguiente, continuamos varias veces las prácticas hipnóticas; con la sugestión pudimos hacer desaparecer un fuerte dolor de cabeza y una tétrica melancolía; aunque por poco tiempo, pudimos conseguir la transposición de los sentidos; y cuando creímos poderla dominar por completo, la ordenamos que nos refiriese con sinceridad cómo había realizado el delito, é inmediatamente se puso á despotricarnos las tramoyas que había largado al juez instructor (por supuesto, sin ser creída) como es, que habiendo querido el querellante obtener los favores de una hermanita de ella y no lográndolo, había inventado aquella calumnia, y

que el dinero encontrado no provenía de ningún hurto, etc.

La prueba de que nos engañaba inconscientemente en aquel estado, esto es, continuando la mentira habitual en estado de salud, está en que al día siguiente, advertida por una compañera de que había hablado cosas referentes á su delito y creyendo (lo cual no era así) que se había delatado y dicho la verdad, y sospechando, como les pasa á todas esas gentes, en la suposición de que nosotros obrábamos movidos por intereses judiciarios y no sólo por curiosidad científica, nos declaró con términos bastante resentidos que nos había inventado toda una sarta de embustes y que no había estado hipnotizada. Desde entonces, aunque padecía de una fuerte hemicránea, se negó á las prácticas hipnóticas; de las cuales, naturalmente, desistimos nosotros respetando la volun-

tad de la enferma, pero satisfechos de tener una prueba segura de la inutilidad de estas prácticas para el descubrimiento del delito.

En efecto, si la sugestión había podido combatir aquí las convulsiones y la hemorragia, no llegó á arrancar un secreto en que estaba harto interesada la paciente.

SÍNTESIS DE LAS INVESTIGACIONES
ACERCA DE LA CREDULIDAD

Investigóse el fenómeno de la credulidad en 40 personas, del modo antedicho: la encontramos en 12 de ellas (el 30 por 100). Pero advirtamos que estas investigaciones las hicimos muchas veces ante un auditorio numeroso y bullanguero (en cátedra), lo cual era causa de gran distracción para los individuos experimentados, quienes por eso aparecieron probablemente mucho más

indóciles de cuanto en realidad lo eran. Entre los estudiados, están comprendidos la mujer y los cuatro vecinos del *caso primero,* y el estudiante de Medicina en él recordado.

CUADRO SINÓPTICO

CASOS — Número de orden.	Personas observadas.	ACCION DEL IMAN SOBRE LAS — ILUSIONES Y ALUCINACIONES SENSORIALES — Total de observaciones	Polarización.	Dispolarización.	ILUSIONES Y ALUCINACIONES PSICO-SENSORIALES — Total de observaciones	Polarización.	Dispolarización.	ALUC.s PSÍQUIC.s — Polarización.	ACCION DE LAS LENTES SOBRE LAS IMÁGENES ALUCIN.s — Total de observaciones	Resultado positivo.	ACCION DEL ESPECTROSCOPIO SOBRE LAS IMÁGENES ALUCIN.s — Total de observaciones	Resultado positivo.
1.º	Macchia, sastre.......	41	7	34	15	14	1	10	19	11	10	10
2.º	Ambrosio, empleado..	7	2	5	4	1	3	2	»	»	»	»
3.º	R., empleado.........	7	3	4	6	6	»	»	»	»	»	»
4.º	Ferrero, alcoholista..	4	»	4	»	»	»	»	»	»	»	»
5.º	A. X., empleado......	29	»	29	»	»	»	»	»	»	»	»
6.º	Cost., criminal........	20	»	20	10	»	10	10	25	22	20	20
7.º	Ver., criminal.	»	»	»	»	»	»	»	32	28	15	15
8.º	Josefina X., sirviente.	»	»	»	»	»	»	»	20	20	20	18
9.º	Gay., sastre.	3	»	3	2	2	»	»	»	»	»	»
	TOTALES.....	111	12	99	37	23	14	22	96	81	65	63
	Proporción por 100.		10,62	89,38		62	38	100		84,37		96,36

IV

Deducciones.

POLARIZACIÓN

Los fenómenos de la polarización; que, proclamados por Binet y Feré (1) en 1885, habían sido confirmados por Seppilli (2), por Bianchi y Sommer (3), por Raggi (4), etc., y hasta por uno de nosotros (5),

---

(1) Feré et Binet: *Revue phylosophique*, 1886.

(2) Seppilli: *I fenomeni di suggestione nel sonno ipnotico. (Riv. sperim. di Fren. e Med. legale)*, 1885.

(3) Bianchi e Sommer: *La polarizzazione psichica nella fase sonnambolica dell'ipnotismo (Comunic. alla R. Acad. Med. Chir.)* Napoli, 1886.

(4) Raggi: *Nuovi studi sull'ipnotismo (Comunic. al Congr. Assoc. Med. Ital.)* Pavía, 1887.

(5) Lombroso: *Studi sull'ipnotismo*. Torino, 1887.

fueron en estos últimos tiempos seriamente negados, en especial por aquellos que refieren todos los fenómenos hipnóticos á la influencia de la sugestión, como Morselli, Forel (1), Tanzi (2), Bernheim (3), etc.

En nueve de nuestros sujetos, estudiamos la influencia del imán haciendo 170 observaciones: en 111 de éstas vimos el efecto del imán sobre las alucinaciones é ilusiones sensoriales, obteniendo en el 10,62 por 100 la polarización; en 37 observaciones acerca de alucinaciones é ilusiones psico-sensoriales obtuvimos polarización en el 62 por 100, y dispolarización en el 38 por 100; por último, en todos los 22 experimen-

(1) Forel: *Der hypnotismus und seine strafrechtliche Bedentung* (*Zeitsch. für des ges Strafrechtswissens*. Wien, 1888).

(2) Tanzi: *La cosidetta polarizzazione psichica* (*Riv. di filos. scient.*, 1887).

(3) Bernheim: *De la suggestion*. París, 1888.

tos acerca de las alucinaciones psíquicas comprobamos la polarización.

Llamamos *dispolarización*, como uno de nosotros hizo ya notar en anteriores observaciones, cualquier cambio de las sugestiones que no sea de naturaleza opuesta á la de ellas; conservando el nombre de *polarización* sólo para los cambios decididamente opuestos (1).

De las cifras obtenidas, aparece con claridad que en las alucinaciones é ilusiones sensoriales obtuvimos con mucha más frecuencia (89,38 por 100) la dispolarización que la verdadera polarización, la cual faltó por completo en los casos 6.º y 9.º; además, en uno (véase caso 1.º), mientras que en las primeras observaciones se notó casi

(1) Lombroso: *La dispolarizzazione negli ipnotici. (Archiv. Psich., Scienze Pen., Antrop. Crim.*, 1887).

siempre polarización, en las últimas hechas en otro tiempo, se notó constantemente, por el contrario, dispolarización en el sentido de un aumento de intensidad de la imagen alucinatoria. En las alucinaciones é ilusiones psico-sensoriales fué mucho más frecuente (62 por 100) la polarización; en las puramente psíquicas la encontramos siempre.

Y estos efectos no los obtuvimos sólo con el imán, sino que también con otros medios excitantes (hierro, dedo) obtuvimos efectos análogos; pero éstos no los encontramos más que en cinco de nuestros hipnotizados, mientras que el imán era sentido por todos y en los más de una manera exclusiva en absoluto.

Vemos después en algunas observaciones que el imán no influía en todas las sugestiones, como ya lo notaron Bianchi y Sommer; las que

no corresponden á un estado habitual ó son inhibidas por fuertes pasiones, no se dejaban influir por el imán; lo cual explica cómo en las experiencias hechas delante de un areópago de profesores y de una asamblea de médicos, no se obtuvieron ó fueron bastante incompletas. Estos resultados, muy lejos de invalidar cuanto hasta ahora se ha comprobado acerca de la acción del imán sobre los fenómenos hipnóticos, lo confirman cada vez más y demuestran su verdadera naturaleza, refutando la hipótesis de que sean fenómenos de sugestión.

La acción de ciertos excitantes, en especialidad el imán, en el estado hipnótico ó semihipnótico (como antes de ahora lo ha anunciado ya uno de nosotros) no puede explicarse sino por una orientación especial impresa en las moléculas corticales, más manifiesta en los

individuos eretísticos, y menos en los demás.

Y esto, que con tanta facilidad comprobamos en el estado hipnótico, ¿no lo vemos habitualmente en la vida ordinaria, aunque menos desenvuelto?

Por lo que se refiere á la polarización de las alucinaciones é ilusiones ópticas, vemos que en circunstancias fisiológicas, mirando fijo mucho rato un color dado (en la visión externa) ó representándoselo en la mente (en la visión mental), se ve desaparecer la imagen coloreada y ser sustituida por otra del color complementario. Pues bien; aquel cambio, que puede originarse por la fatiga del nervio ó del centro visual, sobreviene también por las ilusiones y alucinaciones hipnóticas, cuando de cualquier modo (especialmente por el imán, y también hasta por cualquier otro ex-

citante) ocurre un cambio en la disposición de las moléculas corticales, que se manifiesta por la aparición de nuevas sensaciones opuestas, ó sólo variadas, y aun con la desaparición de la sensación primitiva. Este es también uno de tantos hechos que demuestran cada vez más el modo casi idéntico de conducirse con ciertos agentes físicos las imágenes alucinatorias, las imágenes mentales y las imágenes reales.

Por otra parte, los fenómenos de polarización provocados experimentalmente sobre las alucinaciones psico-sensoriales y puramente psíquicas son análogos á cuanto observamos en la vida habitual. En las pasiones fuertes vemos á menudo alternar los contrastes: á un gran amor sucede con frecuencia un odio profundo; á la mayor alegría, un sentimiento de grave dolor.

El exceso de una excitación produce á veces un efecto absolutamente opuesto: se repite para la imagen psíquica lo que sucede para la imagen real. Así, recuerda muy bien Raggi, en la vida normal: «la risa delante de personas á quienes se está sujeto, el llanto en la alegría, el impulso que ante un precipicio sentimos de arrojarnos al fondo de éste, el supremo valor después del miedo más pavoroso.»

De tal naturaleza son los fenómenos de contraste descritos poco tiempo ha por Paulhan (1); por ejemplo, aquella amante que trata de despechar al objeto de su pasión; aquella niña que en un corredor oscuro, presa de gran terror, apaga la vela que llevaba en la mano; y en el campo patológico ciertos fenómenos impulsivos, como aquella ma-

(1) F. Paulhan: *L'association par contraste.* (*Rev. Scient.*, 1.º de Setiembre de 1888).

dre que mata á su propio hijo y no al ajeno. De tal naturaleza es también un caso, estudiado por uno de nosotros, de un distinguido pintor, neuropático, que en el momento del máximo placer hace llorar á su amada, para después dolerse de ello de pronto. Hasta en las fuertes pasiones de los pueblos vemos pulular este contraste ó polarización psíquica, si así puede llamarse, en virtud de la cual se destruye hoy el ídolo de ayer y se derriba ahora lo que antes se levantó con trabajo. Y con la mayor frecuencia lo vemos en los locos.

Ahora bien; aquello que encontramos en las personas cuerdas y en los enajenados bajo el dominio de una fuerte pasión ó de una excitación intensa, que da lugar á cierto grado de inhibición de los centros psíquicos, ¿por qué no admitiremos que sobrevenga en aquel estado en

que la inhibición es mayor y en que los excitantes menos intensos adquieren extraordinaria potencia, es decir, en los estados hipnóticos?

Tenemos aquí un fenómeno puramente fisiológico, independiente de toda sugestión, y que se repite en la vida de todos los días.

Creemos que el motivo de esa oposición á tales conclusiones estriba especialmente en no poder admitir que nuestros centros psíquicos funcionan como nuestros órganos de los sentidos y hasta con independencia de éstos; en resumen, que las imágenes psíquicas equivalen á las imágenes reales. Y, sin embargo, esto, que resultaba ya de los conocidos fenómenos de la audición coloreada y de la transposición de los sentidos (no bien demostrada todavía), se confirma claramente con los experimentos hechos por nosotros acerca de la naturaleza de

la imagen alucinatoria, los cuales resumiremos ahora.

ALUCINACIÓN

Bien dice Beaunis que las alucinaciones sugeridas representan uno de los capítulos más interesantes de la historia del hipnotismo, puesto que las más importantes cuestiones hipnóticas dependen del concepto que se tenga acerca de la naturaleza de las imágenes alucinatorias.

El fisiólogo Burdach, hace ya muchos años, explicaba la verdadera naturaleza de la imagen alucinatoria en los estados hipnóticos, al decir «que en las visiones de la imaginación hay en el ojo la misma sensación que si un objeto exterior se encontrase puesto delante de este ojo abierto y vivo».

Feré había admitido en 1883 que el objeto imaginario que figura en

la alucinación se ve en las mismas condiciones que un objeto real. Dal Pozzo (1) demostró con varios experimentos que la imagen alucinatoria sugerida sigue las leyes de la óptica. Binet (2), el cual había, sin embargo, observado con las lentes y con el prisma que la imagen alucinatoria se conduce como una imagen real, interpretó malamente (según nosotros) el fenómeno, diciendo que se trata de un fenómeno psicosensorial, en el que se refiere á la imagen sugerida, la cual se proyecta al exterior, toda modificación hecha sufrir por medios dióptricos á una imagen real; á un punto negro, esto es, que existiría siempre como un punto de referencia.

Esta interpretación no vale; no

(1) Dal Pozzo: *Un capitolo di psicofisiologia*. Foligno, 1885.

(2) Binet: *L'allucination. (Rev. Phylos.*, número 5, 1884.)

explica ni los experimentos hechos con un diafragma negro, ni nuestras experiencias hechas con el espectroscopio.

Reymond (1) repitió las observaciones con las lentes y confirmó en algunos sujetos que la lente modifica la imagen alucinatoria. Por el contrario, Sandras, Baillarger, Garcin, etc., sostuvieron que un abismo separa la concepción de un objeto ausente, imaginario, y la sensación real. Beaunis (2) concluyó de sus estudios que por muy precisa que sea la alucinación sugerida, no tiene la limpieza de una imagen objetiva, y que la imaginación del sujeto toma en ella probablemente una gran parte.

---

(1) Reymond: *Archivio di psichiatria, scienze penale e antropologia criminale*, 1887.

(2) Beaunis: *L'experimentation en psycologie par le somnambulisme provoqué.* (*Rev. Phylosophique*, 1885.)

Recientemente, en fin, repitió Bernheim (1) los experimentos de Binet, que habían sido confirmados por muchos, y dedujo que la imagen alucinatoria es puramente psíquica y ficticia, no responde á ninguna representación material del espacio; por eso no obedece á las leyes de la óptica, y los cambios que se notan en aquélla son efectos de pura sugestión, la cual es la clave de todos los fenómenos hipnóticos, según él. A las ideas de Bernheim se adhirieron algunos, entre los cuales últimamente Morselli, Tanzi y Musso (2), quienes también refirieron todos estos fenómenos á la sugestión, eliminando el efecto real de cualquier excitante sobre la imagen alucinatoria.

---

(1) Bernheim: *De la suggestion.* París, 1888.
(2) Tanzi e Musso: *L'influenza della suggestione nell'ipnosi isterica.* Milano, 1887.

Pero de nuestras 96 experiencias hemos obtenido nosotros resultados muy diferentes y harto numerosos para que no merezcan mayor crédito.

En el 84,37 por 100 de las experiencias hechas con las lentes comprobamos que la imagen alucinatoria, á pesar de ser puramente psíquica, sigue las leyes de la óptica; y nótese que las imágenes, no sólo se proyectan en fondo blanco, sino que también sobre un fondo uniformemente negro, donde no podía haber ningún punto de referencia, y hasta en el espacio. Y los experimentos no los hicimos nosotros, sino que siempre los mandamos hacer después, y á veces también antes, por personas enteramente legas. Nunca se dijo lo que se debía hacer, sino que se anotaba el efecto sin decir ni una palabra acerca de la naturaleza de las len-

tes. Y además, el experimento con el espectroscopio elimina todo punto de referencia.

Los contradictores objetan que cuando se le dice al sujeto que use una lente de aumento y por el contrario se le aplica una bicóncava sin que lo advierta él, ve agrandada la imagen.

Pero aquí no vemos nosotros más que un predominio muy explicable de un medio psíquico (la lente de aumento sugerida) sobre el medio real (lente bicóncava); y esto es una prueba más de que la imagen psíquica es análoga á la real.

Las 55 nuevas experiencias hechas con el espectroscopio confirman las anteriores. Vemos que en el 96,36 por 100 de nuestros experimentos, la imagen alucinatoria siguió las leyes de la óptica; vemos la imagen alucinatoria de un vidrio coloreado obrar casi siempre sobre

la imagen espectral como un vidrio real, y un efecto correspondiente cuando el vidrio era real y alucinada la imagen espectral. ¿Cómo hubiera podido la pretensa sugestión entrometerse jamás en sugerir un hecho, desconocido en aquel momento para el hipnotizado y para quien le asistía?

¿Cómo hubiera podido dirigir ella la pluma del sujeto, el cual con singular seguridad trazaba la diversa extensión de los varios colores observados en la imagen espectral? ¿Cómo es posible nunca que un individuo hipnotizado pueda imaginar los efectos físicos, tan variables, de los medios coloreados sobre la imagen espectral? Sería querer negar un hecho porque aparentemente es inverosímil, admitiendo después otro mucho más extraordinario y hasta diremos que imposible.

Pero aún vemos que, sin embar-

go, habíamos obtenido los mismos efectos físicos empleando ambas imágenes sugeridas; en el sujeto que ya conocía la imagen espectral, sugiriendo ésta y provocando después otra imagen alucinatoria, un vidrio coloreado, obtuvimos efectos iguales á los que se hubieran logrado si ambas imágenes hubiesen sido reales.

Y esto quiere decir que las imágenes psíquicas ó mentales se modifican entre sí como las imágenes reales, con las que también pueden combinarse, equivaliéndose recíprocamente. Estos hechos nada tienen de extraordinarios en sí, y hasta son explicables con los modernos conocimientos de la fisiopsicología.

Las sensaciones no nacen sólo en los centros psíquicos por excitaciones exteriores provenientes de los órganos de los sentidos; sino que,

como ya lo recordaba Bernstein (1), se originan también en los centros sensorios corticales por excitaciones internas que provocan especiales movimientos moleculares, desconocidos aún para nosotros. Esto es, tenemos dos géneros de visiones: la primera sólo depende de los centros corticales; la segunda, del órgano visual en relación con aquellos. En los ensueños tenemos claras imágenes psíquicas que se originan siendo excitados los centros corticales por excitamientos internos.

Así sucede á veces en la vida común que, por excitaciones psíquicas corticales, se producen imágenes alucinatorias que igualan y hasta superan en intensidad á las reales; como cuando vemos un objeto muy deseado allí donde lo buscamos y no

(1) J. Bernstein: *Die fünf Sinne des Menschen*. Leipzig, 1875.

está; y como le sucede á un pintor que en sus mejores momentos tiene la imagen que se ha propuesto pintar tan clara en su mente, que la ve proyectada en el lienzo y le parece que no necesita sino darle más vida añadiendo nuevos colores.

Lo mismo sucede en el estado hipnótico. Las sensaciones visuales que se forman en los centros del sensorio, provengan de excitaciones internas ó externas, sean producidas por la visión psíquica ó por la visión exterior, se equivalen entre sí, y, por consiguiente, deben gozar de las mismas propiedades.

Las imágenes provenientes de excitaciones internas, como son las imágenes alucinatorias, se proyectan afuera como las reales y por eso están sujetas á aquellas otras modificaciones que puedan provenir de los medios interpuestos; y la causa de esto consiste en que aque-

lla excitación que para la visión psíquica se desarrolla en los centros corticales puede transmitirse al órgano periférico.

Lo que desde 1880 sostenía Tamburini (1), que una irritación morbosa de los centros psicomotores corticales provoca un ataque convulsivo por su difusión á los aparatos periféricos neuromusculares, presuponía ya la existencia de un impulso centrífugo que desde las células corticales va á excitar el aparato periférico. Y recientemenmente hace observar muy bien Angelucci (2) que «no repugna admitir que la irritación de las células cerebrales, conducida por las fibras del nervio óptico, puede re-

(1) Tamburini: *Rivista sperimentale di Freniatria*, 1880.

(2) Angelucci: *Ricerche sulla funzione visiva della retina e del cervello (Atti R. Accad. Med.* Roma, 1888).

flejarse á guisa de estímulo sobre los elementos de la retina y reaccionar éstos, respondiendo con su energía funcional».

Pues bien; precisamente esto explica el modificarse las imágenes alucinatorias con medios físicos, que hemos comprobado en nuestras experiencias. Cuando hacíamos fijar la imagen alucinatoria sobre un plano, el ojo (abierto) que fué por completo indiferente á su formación, funciona pasivamente produciendo en la imagen, que está reflejada en la retina por estímulo centrífugo, aquellas modificaciones derivadas de los diversos medios (lentes) que se aplican á ella.

Bajo la influencia de una imagen alucinatoria vemos también modificarse los anejos oculares. Así, cuando en Macchia (caso primero) hacíamos avanzar una imagen alucinatoria (mosca) por el espacio,

veíamos modificarse gradualmente la pupila misma al variar la distancia de la imagen alucinatoria, lo mismo que si ésta fuese real.

Confirman plenamente nuestro modo de ver las recientísimas experiencias comunicadas por Sciamanna y Parisotti (1) á la Real Academia médica de Roma acerca del campo visual. Durante el estado hipnótico comprobaron la ampliación del campo visual para un color dado, cuando este color se sugiere como blanco; y, viceversa, la restricción del campo visual para el blanco cuando éste es sugerido como otro color.

Aquí tenemos dos hechos que los experimentadores no han puesto hasta ahora bien de relieve; el predominio de la imagen alucinatoria,

(1) Sciamnnae Parisotti: *Sperienze sull' ipnotismo.* (*Boll. R. Accad. Med.*, Fasc. v. Roma, 1888).

que se forma en los centros, sobre la imagen verdadera; y, lo que más importa, la identidad de acción sobre la sensibilidad retínica, de una imagen coloreada alucinatoria y de una imagen coloreada real. Estos hechos, lejos de confirmar, como creen Sciamanna y Parisotti, la teoría según la cual cada uno de los fenómenos hipnóticos se considera como un fenómeno exclusivamente sugestivo, nos parecen concordar perfectamente con los resultados obtenidos por nuestros experimentos, según los cuales la imagen sugerida se conduce como una imagen real.

CREDULIDAD

La credulidad del hombre es infinita—dice Young (1)—á condición

(1) E. Young: *Le sommeil normal et le sommeil pathologique.* (París, 1883).

de que se haga valer con habilidad. En el hombre normal y despierto es, á veces, posible provocar alucinaciones; en esto consiste el fenómeno de la *credulidad* que, experimentado en 40 individuos, no hipnotizables, ó, por lo menos, que no podían hipnotizarse, se presentó con una frecuencia del 30 por 100.

A menudo veíamos repetirse este fenómeno en la vida habitual. Young, en una experiencia curiosísima, declaraba provocar una sensación especial tocando un papel que hacía la pamema de magnetizar: de 85 personas experimentadas, encontró 53 que acusaban una sensación indeterminada, 23 que la especificaron con exactitud, y sólo nueve permanecieron indiferentes.

El doctor Durand, de Nueva Orleans, suministró una dosis de agua azucarada á 100 personas, y un

cuarto de hora después volvió con gran precipitación diciéndoles que les había dado, por error, un emético: el efecto inmediato fué que 80 de aquellas personas (todas hombres) fueron presa de violentos vómitos; y sólo 20 no sintieron ningún género de influencias, contándose en este último número todas las mujeres en quienes recayó el experimento.

Un ejemplo admirable es el recordado por nosotros, á propósito del primer caso de nuestros hipnotizados. En él tenemos el fenómeno del milagro, reducido al estado elemental; no faltaba más que otra época y también otra ciudad, para que sobreviniese por ello una verdadera epidemia taumatúrgica.

En nuestras experiencias, notamos que el fenómeno de la credulidad se encontró mucho más fácilmente respecto á los objetos que

interesaban con más viveza al experimentado, y, sobre todo, cuando se hallaba éste en un estado de violenta pasión (véase el caso noveno).

Y esto se halla conforme con cuanto se observa en los alucinados por sugestión, los cuales la aceptan mejor si está de acuerdo con sus propias tendencias, y la rechazan si es contraria á ellas.

Este fenómeno de la credulidad sirve admirablemente para las investigaciones psicológicas é históricas; para confirmar la difusión de la credulidad en los pueblos, especialmente en ciertas materias y en ciertos estados de grandes pasiones. Así, en el campo religioso, las apariciones de la Virgen y tantos milagros anejos á ellas; en la historia de las epidemias, la vista de los envenenadores públicos, etc.; y en los usos y costumbres, los célebres

emplazamientos ante el tribunal de Dios.

Muchos de estos hechos, aparentemente extraordinarios, fueron siempre por unos pocos doctos tenidos sólo por supersticiones ó no reales, creídos maravillosos por muchos, considerados como verdaderos por los más.

La ciencia moderna los acepta y explica, despojándolos de todo cuanto tenían de misteriosos, demostrando la sinceridad (y preciso es añadir, la ignorancia) de aquellos que ciegamente los creyeron.

V

Aplicaciones médico-legales.

Que el hipnotismo no sirve para la revelación de los delitos, es cosa ya sabida después de cuanto se ha

escrito por uno de nosotros (1), por Algeri (2) y por otros muchos. Pero en estos casos podemos persuadirnos de que la mentira, fruto de autosugestiones, es enteramente inconsciente en el estado hipnótico. Así, aquellos dos notables tipos de criminales (véase casos 6.° y 7.°), los cuales rara vez fueron interrogados por nosotros acerca de sus delitos, temían tanto el propalarlos que siempre procuraban no quedarse á solas nunca con el hipnotizador. Así, la muchacha (caso 8.°) que dormida no reveló sus secretos, mostrándose, por el contrario, trapalona en tal estado, no podía disimular un gran temor de revelarlos. Y la ladrona (caso 12) que, aun hipnoti-

(1) Lombroso: *L'ipnotismo applicato alla procedura penale. (Arch. di Psich., Sc. Pen é Ant. crim.*, pág. 243, 1887.)

(2) Algeri: *Alcuni casi d' ipnotismo di criminali pazzi. (Ibidem.*, pág. 603, 1887).

zada, nunca se hizo traición á sí misma, temía haber puesto en claro el hurto cometido.

Por el contrario, si observamos el modo cómo en los casos 6.°, 7.° y 11 se aceptaron y realizaron perfectamente las diversas sugestiones según las tendencias propias, nos convenceremos de que la sugestión hipnótica suministra un excelente medio médico-legal para reconocer experimentalmente esas tendencias.

Mucho más importante, para las aplicaciones médico-legales, es el fenómeno de la credulidad. Ante todo, el hecho de que tal fenómeno se encuentra con más facilidad respecto á los objetos que con mayor viveza interesan al experimentado, podría servir para las indagaciones médico-legales, por donde ponerse en claro las particulares tendencias disimuladas de un individuo para su propia disculpa. La gran frecuencia

de la credulidad, puesta de manifiesto por nuestros experimentos, debe, pues, hacer estar en guardia contra la posibilidad de errores inconscientes é ignorantes en el testimonio de personas fáciles de sufrir la influencia ajena (histéricas crédulas, y niños hipnotizables) de lo cual basta citar como ejemplo el famoso proceso Tisla Esler, y el caso del teniente N. N. citado por Legrand du Saulle.

No podemos menos de señalar cuánto debe fijarse en estas circunstancia en ciertas contundentes decla raciones de chicuelas, especialmente en los procesos por delitos contra la honestidad, las cuales refieren á menudo con frases estereotipadas cuanto por muchos les fué dicho, y no es bien sabido por ellas mismas.

Además, el fenómeno de la credulidad, al mismo tiempo que hace inaceptables y dudosos á veces los

testimonios, borra y quita también la responsabilidad por ciertos casos de «falso testimonio» de las histéricas, y de «calumnia grave» en que precisamente se refiere lo falso con la perfecta convicción de que es verdadero.

Nuestras experiencias manifiestan cuáles son los individuos más fácilmente crédulos. Son, en primer término, los hombres rudos (cretinos y cretinosos, etc., véase el caso 11), de corto entendimiento y carácter nulo; después, los hombres apasionados de un modo violentísimo, que pueden llamarse (con Ribot) monodeístas; en fin, los histéricos.

Estos fenómenos nos muestran que cuando los magos de otros tiempos, y Cagliostro no ha mucho, hacían ver á los enamorados la imagen de una persona amada ú odiada, no hacían ninguna cosa milagrosa.

Y, por último, cuando pensamos en la gran difusión de la credulidad, no podemos menos de notar también cuán justo sería que los magistrados estuvieran más vigilantes con aquellos numerosos burladores suyos, que con llamados gabinetes magnéticos minan de continuo la salud pública.—S. OTTOLENGHI Y C. LOMBROSO.

(Comunicación dirigida á la Real Academia de Medicina de Turín en la sesión de 20 de Julio de 1888.—Publicada en el *Giornale*, de dicha Academia, año 1889, núm. 1).

FIN

ÍNDICE

Págs.